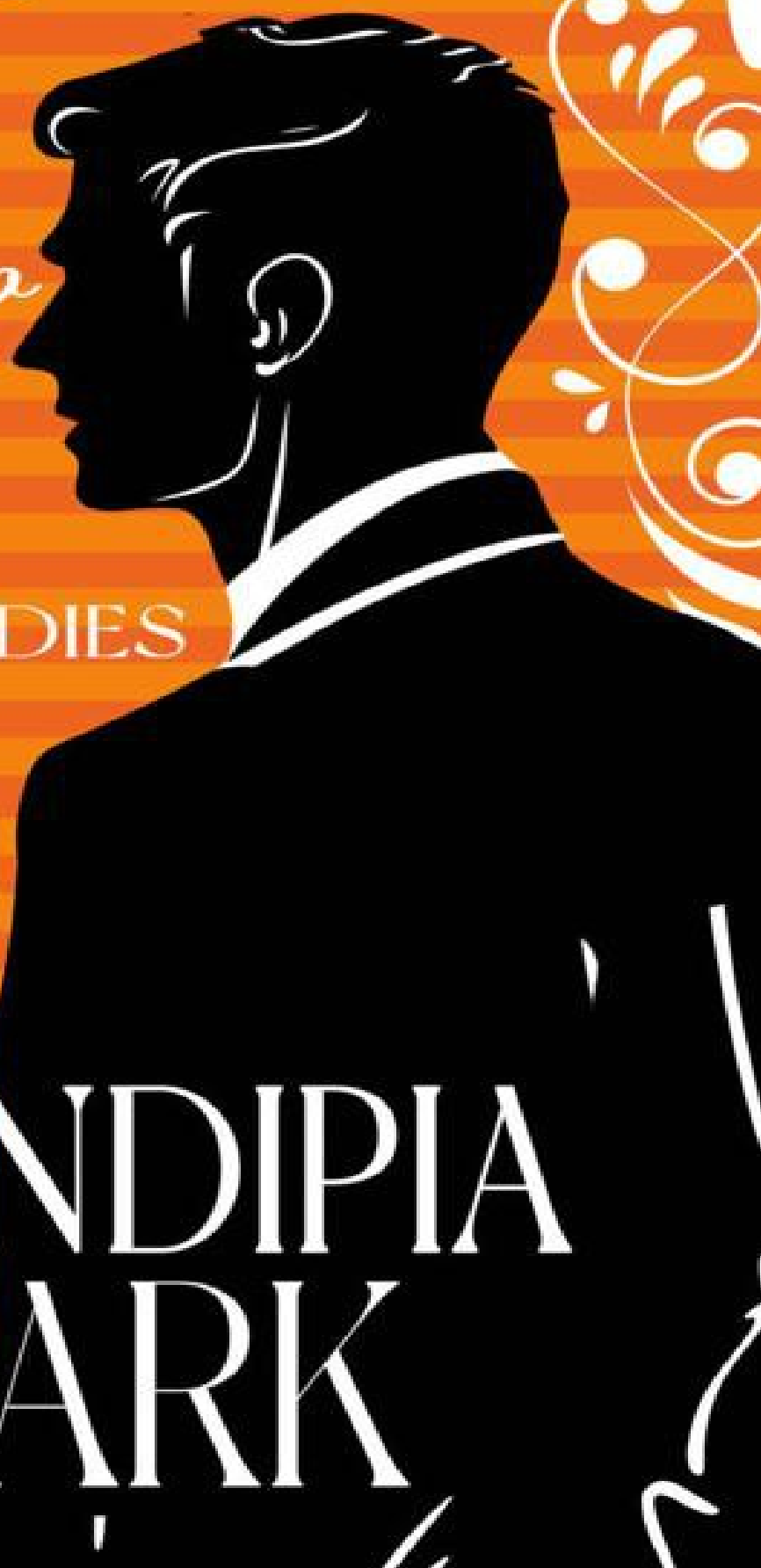


*Jaque
al
Caballero*

Serie
LAS LADIES

SERENDIPIA
STARK



JAQUE AL CABALLERO

SERIE «Las ladies» III

La serie «Las ladies» está compuesta por **6 novelas autoconclusivas**, ambientadas en la Inglaterra de la **Regencia**.

Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2023

Código ASIN: B0CTMN3Z77

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

LONDRES,
1810

*(12 años antes de los sucesos de «El marqués y la
ladrona» y «Un sueño para una dama»)*

1

Otra negativa

Su impecable apariencia de caballero distinguido y su nombre le habían abierto, hasta entonces, todas las puertas. Al parecer, se había acabado la suerte.

Sacó el pañuelo de seda que llevaba escondido en un bolsillo interior, en la levita bajo la capa y, sin pensar, se lo acercó a la nariz para embriagarse con su aroma sutil y femenino, casi apagado. Por un brevísimo instante sus ojos ardieron.

La influencia de aquella mujer manipulando a su antojo el derecho de admisión lo enfurecía, si bien solo era comparable a la enfermiza atracción que ejercía sobre él, robándole la voluntad. El hombre al que apodaban «el duque» podía entrar y salir a placer del club de caballeros, como de otros tantos lugares, pero no visitarla a ella. Disfrutar de la compañía de la misteriosa «sultana» era un honor que no se compraba con dinero y que pocos alcanzaban.

Gail Barton era uno de esos. Tenía que serlo. Su fortuna y poder empresarial era tan inconmensurable como neblinoso el cielo de Londres. Nada se le resistía.

Cierto era que conoció los reveses y penurias, que se había curtido desde joven en el sufrimiento, que las inesperadas penalidades lo endurecieron. No obstante, todo eso quedó atrás cuando reinició su vida, aun con su título perdido para siempre, su fortuna e irreprochable reputación reconquistadas.

Sin abandonar el interior del lujoso carruaje, a través de la ventanilla, su mano

enguantada en piel oscura hizo una seña al fortachón que cubría el acceso, indicándole que se aproximara. El hombre dudó un instante para a continuación, acatar la orden. Un succulento fajo de billetes se le paseó por debajo de la nariz dejándolo estupefacto.

—Excelencia... Ya le he dicho que está ocupada.

—Espero que el incentivo baste para que se desocupe —replicó la grave voz del cliente.

Incluso en la penumbra de la noche, el brillo codicioso en los ojos del guardián fijos en el dinero refulgió como una linterna. Así y todo, tal que si cometiera un pecado alargando la mano, no se atrevió a aceptarlo.

—Señor, yo solo cubro la puerta, no tengo poder alguno sobre las citas que la sultana acepta. Lo siento, señor.

—Seguramente sabrás con quién hay que hablar.

—No más que usted mismo. Le sugiero que lo trate dentro, excelencia...

—No me llames excelencia —lo cortó Gail con más brusquedad de la pretendida.

Pese a su intimidante tamaño, el hombre pareció arrugarse sobre sí mismo.

—Le ruego me disculpe, señor, aquí todo el mundo lo conoce como...

—Eso ya pasó. Coge el dinero de una vez, va a helárseme la mano.

Con una reverencia y bastante torpeza, el hombre que guardaba las puertas miró a uno y otro lado para asegurarse de que nadie lo veía antes de hacerse precipitadamente con el botón y guardarlo en el bolsillo de su chaqueta.

—En el club pueden hacer valer sus influencias ante...

El mango del bastón del caballero golpeó el borde de la ventanilla poniendo fin a la retahíla de protestas.

—No quiero el camino que todo el mundo recorre. Cuento contigo porque sé que os une cierta amistad, quiero que le hables bien de mí, que la animes a recibirme. Eso es todo, no soy un cliente más.

El hombretón exhaló un largo suspiro ronco.

—Hago lo que puedo, señor, tiene mi palabra de que lo intento. Pero la sultana no atiende

a razones, ella recibe a quien quiere cuando quiere. No hay manera de convencerla de lo contrario.

—¿Y puede saberse qué es lo que tiene en mi contra?

—Nada que yo sepa, excel... señor. Todas las señoritas del club arden en deseos de atenderle y agasjarle.

—Pero no la sultana.

—Tengo entendido que ya la ha visitado varias veces.

—No tantas como quisiera. Todavía me debe una revancha.

El hombre alto y fuerte que guardaba la puerta sonrió de medio lado, notando que el caballero hablaba más para sí mismo que para él.

—Es una mujer especial, señor. Con sus manías y preferencias.

—Por eso me gusta. En fin —gruñó hosco—, sigue intentándolo. Yo entraré al club, tomaré una copa y veré lo que se puede hacer... por las vías ordinarias que tanta antipatía me causan.

Gail se adentró en el suntuoso local bastante distraído. Varios empleados revolotearon a su alrededor, se hicieron cargo de su capa, bastón y sombrero, le ofrecieron asiento en los reservados, licores excelentes y de importación. Y a todo dijo que sí sin mirarlos ni reparar realmente en sus frases, hasta que una damisela de largos cabellos oscuros y pronunciado escote apareció en su radio de visión, insinuante y solícita.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? A mi caballero favorito. ¿Qué tal le va, señor? Mucho tiempo sin honrarnos con su presencia, empezábamos a echarlo de menos...

Gail farfulló unas palabras corteses entre dientes que apenas se entendieron.

A la chica no pareció molestarle. Alargó una mano de finos dedos y jugueteó mimosa con su corbatín mientras la muñeca del caballero desaparecía dentro del bolsillo de su carísima levita y apretaba convulsamente el pañuelo.

—¿Le apetece compañía? Tengo un montón de buenas historias que contarle...

—Debo entrevistarme con la sultana.

A la muchacha la sonrisa se le congeló en la cara. Se distanció con rigidez, aunque, muy a su pesar, hipnotizada por el movimiento de las manos masculinas. El señor Barton era popular entre las señoritas del club por muchas y evidentes virtudes, no obstante, algo en lo que casi todas coincidían era la sublime belleza de sus grandes manos.

—Si no le ha recibido ya, estará ocupada con otro cliente.

—Detecto cierta maledicencia en su tono, señorita Florence.

—Acaba de compensarlo demostrando que recuerda mi nombre.

Clavando en ella unas pupilas ardientes, Gail tomó su mano y depositó un delicado beso en sus nudillos.

—¿Cómo podría olvidarla?

—Nunca ha aceptado mi compañía.

—Nunca he aceptado la compañía de ninguna de ustedes más allá de esta sala.

—Pero sí de la sultana.

—A ella la antecede un irresistible halo de misterio. —Sonrió encantador—. No puedo evitarlo.

—Los tiene fascinados. A todos. Si no fuera una buena chica juraría que la envidio y que daría los ahorros de toda una vida porque sufriera alguna desgracia espantosa o simplemente, abandonara el club sin mirar atrás.

—No diga eso, no le hace justicia a su bondadosa condición. ¿Sabe de dónde procede? ¿Cómo es que llegó hasta aquí? ¿Es realmente... lo que parece?

La jovencita coqueteó introduciendo un dedo por uno de sus brillantes bucles con aire distraído.

—¿Me creerá si le digo que el secreto se extiende también hasta nosotras? No se relaciona con nadie, no habla con nadie, no es amiga de nadie. Nadie la echaría de menos si de la noche a la mañana desapareciera. —Pareció recordar algo de repente—. Salvo los clientes, claro está.

—¿Señor Barton?

La llegada de un estirado camarero interrumpió la charla que se animaba por segundos.

—¿Pidió ver a la sultana?

Gail procuró que la ansiedad desbordante que acababa de envolverlo pasara desapercibida, como un dedo helado que te recorre y te hace estremecer, pero es invisible.

—Así es.

—Ha entregado esta nota para usted.

Barton no se había percatado de la bandejilla de plata en las manos enguantadas del hombre y el papel cuidadosamente doblado que reposaba sobre ella.

Lo atrapó con la punta de los dedos.

Como si adivinara que no habría respuesta de la que hacerse cargo, el camarero inclinó la cabeza y se esfumó.

Florence pestañeó deseando, sin conseguirlo, poder leer la escueta línea.

«Otra vez será».

2

Dos hermanas

Diez años antes.

—¡Dámelo! ¡Dámelo! ¡Te he dicho que me lo des!

—Ven a por él si quieres.

—Sabes que no puedo.

Tiffany se encogió de hombros como si la pena espantosa que flotaba en las palabras de su hermanita no le importasen lo más mínimo.

—Entonces me lo quedo.

—Pero es mío. Es mi perrito de peluche, papá me lo regaló. Por favor...

—Pídemelo de rodillas.

—Tiffany, te lo ruego.

—¡De rodillas!

La joven rubia estiró el brazo y levantó el muñeco por encima de su cabeza, poniéndolo aún más lejos del alcance de Amy. Sin embargo, alguien que no esperaba apareció a su espalda y se lo arrebató de un tirón. Giró enfurecida sin imaginar de quién podía tratarse; de ordinario, nadie en aquella casa osaba enfrentársele.

—¿Cómo puede usted ser tan cruel? —le reprochó la desconocida con el perro de trapo

entre las manos—. Se lo ha pedido por favor, ¡le ha rogado! ¿Y usted le exige que se ponga de rodillas? Jamás en toda mi vida vi trato más inhumano.

Los ojos azules de Tiffany la repasaron con disgusto de pies a cabeza. No era una criada, pero tampoco iba vestida como una señorita de buena familia a la que pudiera temer. Su ropa era correcta y limpia, si bien estaba anticuada, un poco deslucida incluso.

—Y tú, ¿quién se supone que eres?

—¡Es su hermana! —insistió la recién llegada con los ojos muy abiertos y tono desaprobador— ¡No puede comportarse así con ella!

Tiffany dio un paso adelante con las manos abiertas como garras, tratando de recuperar el juguete.

—Precisamente porque lo es, puedo tratarla como me venga en gana. ¡Devuélveme ese perro mugriento!

Cuando la tenía muy cerca, Clara esquivó su embestida con un saltito que más pareció un ensayado paso de baile. Tan grácil y elegante que arrancó de Amy una entregada exclamación de júbilo. Todo sin perder ni un instante la compasiva sonrisa instalada en su rostro. Del fondo de la garganta de Tiffany brotó un gruñido feroz.

—¿Quién eres tú y cómo es que nos conoces?

En lugar de responder, la chiquilla avanzó decidida hasta la llorosa Amy y le devolvió el juguete. Desde su silla de ruedas, la niña la miró con devoción y musitó unas entrecortadas palabras de agradecimiento.

—Soy Clara York.

—Qué nombre tan vulgar.

—A mí me parece un nombre precioso —intervino Amy con dulzura—. Clara, qué bonito suena.

—¿De dónde sales? ¿Qué quieres?

—No deseo importunarla, soy la nueva dama de compañía de la señorita Amy. Con ese fin me han traído a esta casa. —Giró para mirarla—. Ya nunca volverá a estar usted sola.

—¡Mi hermana no está sola, muchacha de lengua insolente! Yo vivo aquí, con ella.

—Y por lo que veo, la humilla y la martiriza cuanto puede.

Tiffany estalló de rabia. Su mano abierta se estampó contra la mejilla de Clara y la fuerza del impacto la hizo trastabillar hacia atrás. Su cabello color miel se sacudió ocultando por unos instantes sus preciosos rasgos.

—¡Tiffany! ¿Qué ven mis ojos? ¿Es que has perdido el juicio? ¿Qué clase de comportamiento inaceptable es ese?

La mujer con el pelo entrecano recogido en un moño apretado entró como una tromba en el saloncito. Con mucho más ímpetu del que cabía esperar en alguien de su posición, años y educación.

—¡Tía! ¡Esta niña horrible me ha insultado! ¡Se ha atrevido a pegarme! Solo me estaba defendiendo...

Impactada por la acusación, la dama se llevó la mano a la sien.

—No es cierto, tía, Clara no ha hecho nada malo —respaldó con debilidad Amy, empequeñecida ante la turbia mirada de su hermana.

—Clara York, no puedo creerme que acabes de llegar y ya estés causando problemas. Las monjas me aseguraron que eras una criatura dócil y obediente.

—¡El convento! —exclamó Tiffany como si de repente lo entendiera todo— ¡Una huérfana! ¡Una huérfana salvaje y peligrosa! Tía, no puedes permitir que se quede bajo nuestro mismo techo.

La señora, con las manos enlazadas sobre el regazo, ladeó el cuello persiguiendo los esquivos ojos de Clara.

—¿Lo eres? ¿Eres alguien insensato y asilvestrado, sin educación, en quien no se puede confiar?

—¡No lo es, tía! —irrumpió Amy haciendo uso de toda su escasa energía—. No lo es. Además, Clara estará conmigo, no con Tiffany, yo respondo por ella.

Tiffany puso los ojos en blanco y señaló la silla de ruedas.

—Tú no podrías responder ni por un ratón de campo, hermana.

—Tía, por favor, démosle una oportunidad, todo el mundo se merece una oportunidad, acaba de llegar.

Mientras se desarrollaba la absurda conversación que probablemente decidiría su destino, Clara mantuvo los ojos fijos en la punta de sus zapatos. No es que le preocupara en exceso quedarse en aquella mansión o marcharse de ella, no tenía apegos, no era su hogar ni conocía a nadie que supusiera una razón para querer permanecer allí. Sin embargo, le habían bastado un puñado de minutos para entender la situación de injusticia que sufría la pobre paralítica y la saña de su hermana mayor, que había hecho del abuso y el desprecio su pasatiempo favorito. Algo le gritaba que estaba desamparada, por lo tanto, alguien tenía que protegerla.

En aquella casa, Clara York no tendría amistades, pero sí tenía una misión.

—Sí, por lo que más quiera, señora Times —lloriqueó con fingida desesperación—, no me eche a la calle, no tengo a dónde ir.

—Eso no es problema de esta familia —farfulló Tiffany con desagrado—, no nos dedicamos a recoger vagabundos sin hogar.

—A nosotras nos recogió la tía cuando nos quedamos huérfanas —le recordó Amy sin mala intención—. La tía Cecile es una buena persona.

La mujer suspiró de forma ruidosa. Tanto como las campanas de Saint Paul.

—La tía Cecile hizo lo que entiende que es su deber para con la memoria de su querido hermano. En fin, Clara York, voy a darte esa oportunidad por la que suplicas, Amy necesita alguien que la entretenga aquí, en casa, dado que nuestra adorable Tiffany debe empezar a instruirse para su presentación en sociedad y yo estaré muy ocupada con su educación adicional y los preparativos; es de vital importancia que, llegado el momento, estas niñas se casen bien casadas.

Una risilla impertinente procedente de la boca de Tiffany interrumpió el encendido discurso cuando llegaba a lo más interesante: la amenaza.

—No obstante, espero no tener que repetirte que no consentiré altercados ni faltas de

respeto de ninguna clase bajo mi techo. No eres más que una recogida que actúa como dama de compañía de la señorita Amy y harás lo que ella desee que hagas, sin crear dificultades ni molestar a nadie. ¿Lo has entendido?

—Me queda perfectamente claro, señora Times. No le daré ocasión de berrinche.

—Eso espero. Y ahora, sube a cambiarte. Esas ropas de viaje no son adecuadas para estas horas del día. Tomaremos el té las cuatro juntas.

3

Hija de un duque

Con el paso de las semanas, Clara aprendió que la capacidad de Tiffany de concebir maldades que martirizaran a su desafortunada hermana era proporcional a su nivel de aburrimiento. Fue todo un golpe de suerte que su aprendizaje en las danzas de salón, ante el pianoforte, sus intentos en torno al canto, que debieron ser cancelados con premura, y sus recitales de poesía la mantuvieran tan entretenida. Así ella y Amy pudieron conocerse más a fondo y labrar lo que sería, durante años, una amistad firme y sincera, más cercana a la hermandad que a otra cosa.

Amy no la trataba como a una criada sino como a una igual. Era candorosa y pura, incapaz de una mala acción o idea. Tiffany y ella parecían la cara y la cruz de una misma moneda. Aunque jamás se atreviera a verbalizarlo por temor a ser expulsada de la casa, Clara se preguntaba a menudo cómo la chica de la silla de ruedas la soportaba.

—No siempre es tan fastidiosa —aseguraba Amy con su acostumbrado candor.

Y Clara asentía sin creerla. Y volvían a sus partidas de ajedrez.

—Eres un auténtico genio —la alabó Clara ensimismada por enésima vez aquella tarde— me queda tanto por aprender... ¡En este juego no tienes rival!

Amy dejó ir una risa con sonido de campanillas y poco acostumbrada a los halagos como estaba, sus mejillas se ruborizaron.

—Oh, sí, puedes creer que sí lo tenía. Mi padre, que fue quien me enseñó. Jamás perdió una partida. Y tengo un amigo...

—¿Un amigo? —indagó Clara, curiosa, al ver que su amiga callaba de repente.

—El hijo del duque de Montrose, en realidad viven en Escocia y hace mucho que no lo vemos. Juega muy bien al ajedrez.

—Apuesto que no tan bien como tú.

Amy volvió a reír, alborozada. Clara observaba indecisa sus piezas.

—¿Qué hago con el alfil?

Mirándola con picardía, el pálido dedo de Amy dibujó un recorrido en el aire.

—¡Claro! ¡Claro que sí! ¿Cómo he podido ser tan torpe?

—Menos mal que eres consciente de tus limitaciones, Clara York —repuso con desdén Tiffany, que acababa de entrar en la salita. Traía dos hermosos chales colgados de los brazos— ¿Cuál os parece más ostentoso? Si yo fuera la hija de un duque, ¿cuál elegiría vestir?

—Eres la hija de un conde, tampoco está mal —le recordó su hermana con ternura.

Tiffany arrugó la naricilla.

—Un conde muerto no sirve para nada, la tía Cecile carece de título.

—¿Y qué pasa con vuestro apellido? —preguntó Clara arrepintiéndose en el acto de haber abierto la boca. Procuraba no hacerlo en presencia de Tiffany, era el único modo de evitar trifulcas que lamentablemente, siempre acababan mal.

—No pasa nada, pero no es un título de duque. Por cierto, hablando de duques, tu estimado amigo, el duquesito, viene de camino.

Clara tuvo la impresión de que Amy saltaría de la silla de inválida y echaría a correr empujada por la felicidad.

—¿En serio? ¿Después de tanto tiempo?

—La familia ha enviado una nota anunciando su llegada. Pasará aquí unos cuantos días camino de no sé dónde. Es un chico engreído y detestable, espero que se marche pronto. Bueno, ¿cuál de los dos chales?

—El verde y dorado —señalaron al unísono Clara y Amy.

—Me quedaré con el otro, entonces.

—¿Por qué, hermana? ¿Para qué preguntas nuestra opinión si al final harás justo lo contrario?

—Porque puedo ver la envidia brillando en vuestros ojos, estoy convencida de que me habéis aconsejado el que menos me favorece.

—Cree el ladrón que todos son de su condición —tarareó Clara entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada, que en realidad los dos te sientan de maravilla.

Tiffany la repasó con sospecha.

—¿Qué sabrás tú de moda elegante, zarrapastrosa recogida?

—Dejarse llevar por las apariencias es a menudo un grave error, señorita Tiffany. No soy ninguna harapienta, no lo soy. Aquí donde me ve, mis padres eran duques —soltó afilada.

Las dos hermanas contuvieron el aire en los pulmones y tardaron lo suyo en expulsarlo. Cuando volvieron a hablar, Amy parecía muy emocionada.

—¿En serio, Clarita? ¿Quiénes eran?

—¿Qué dices? —bufó su hermana mayor—. Se lo está inventando, es una burda y sucia mentira.

—No miento, mis padres eran los duques de Pomeroy.

—No me suenan. ¿Y por qué no lo has dicho antes? No lo has mencionado nunca hasta ahora.

—Porque están muertos —respondió con rapidez—. Todos. No queda nadie, ni siquiera el título.

Tiffany se quedó perpleja, medio segundo.

—¿Cómo vas a tener tú sangre noble? ¿Dónde están? ¿Te abandonaron en un orfanato porque no te soportaban?

—Ya lo he dicho, murieron. Los dos. En un accidente de carruaje.

—No me lo creo. ¿Y no te quedaron parientes que se hicieran cargo de tu crianza?

—Nuestros padres también murieron, Tiffany —alegó Amy muy convencida.

—Por eso vivimos con tía Cecile, no hemos ido a parar a un orfanato, en un hospicio solo recalán los que...

—Me dieron por muerta. Era un bebé y nadie supo encontrarme a tiempo. Durante muchos años pensaron que no era nadie.

Tiffany entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Y ahora que ya se sabe que desgraciadamente vives?

Clara se encogió de hombros como si lo que narraba fuera de lo más corriente.

—Bueno, por lo visto no me queda familia. Si nadie me ha reclamado, no estoy interesada en conocerlos. A ninguno. Caso de que existan.

Tras un instante de absoluto desconcierto, Tiffany soltó una carcajada de burla.

—¿Entonces se supone que prefieres hacer de dama de compañía de una inválida rica que vivir como toda una señorita con tu verdadera familia? ¿Quién iba a creerse semejante patraña?

—He dicho que es posible que no tenga parientes.

—Todo el mundo tiene parientes, Clara York, eres una embustera y pienso contárselo a la tía Cecile.

—¡No, Tiffany, por favor! No le digas nada, la castigará —abogó Amy con las manos unidas en actitud de rezo.

Su hermana no le hizo el menor caso y se dirigió resuelta a la puerta, cargando con los dos chales.

—Nadie puede castigarme por decir la verdad —insistió Clara en voz baja.

—Eso que has contado no es cierto, recogida, tú no eres hija de ningún noble. Ya quisieras.

Una vez se quedaron solas, Clara miró a Amy con cariño.

—Sí que prefiero estar contigo que con ninguna otra persona en el mundo.

—¿Lo dices de veras?

—Tienes mi palabra de hija de duque. —Se llevó dramática la mano al corazón—. Es la pura verdad.

Los ojos azules de Amy soltaron un destello de ilusión.

—Te quiero mucho, Clara, tú no necesitas parientes, me tienes a mí que soy como tu hermana. Y estaremos juntas toda la vida.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Toda la vida.

4

El escocés

—Apenas si has desayunado, Clara, tómame un trozo de tarta o a media mañana te abandonarán las fuerzas —la animó Amy alargándole un plato rebosante de merengue.

—No tengo hambre, de verdad.

—Recuerda que tu labor es empujar esa silla de ruedas —apuntó la señora Times con rigor—. Debes alimentarte de forma conveniente o serás una inútil para tu tarea.

Sin embargo, lo que la muchacha tenía era un pellizco insoportable en la boca del estómago. Los nervios estaban acabando con ella, ni siquiera la habían dejado dormir. Qué mal había hecho dando rienda suelta a su fantasía, inventando aquella historia de los Pomeroy, sus padres nobles. Cuando llegara el hijo del duque de Montrose, Tiffany propiciaría que le hiciera cinco mil preguntas acerca de sus presuntos orígenes, de las que no sabría salir airosa. Su embuste no tardaría en quedar en evidencia.

Maldita sea, había sido muy torpe.

Se había dejado llevar por la soberbia y el impulso de derrotar a Tiffany, dejarla sin palabras. Abrumarla, incluso, con la pretensión de una grandeza ficticia. Y lo único que había logrado era meterse en un gran lío.

—Señora, su señoría, el hijo del duque de Montrose está llegando.

Ante el anuncio del criado, la carita de Amy se iluminó de júbilo. Soltó los cubiertos sobre la mesa, retiró la servilleta de su regazo e instó a Clara para que empujara su silla hacia el

recibidor.

—Vamos a la puerta, ¡vamos a esperar que entre! Seremos las primeras en saludarlo.

—Por amor del cielo, Amy, ese no es el comportamiento adecuado en una señorita, no debes mostrar ansia ni anticipación. Ve a la salita con Clara y aguarda con comedimiento...

Pero las chicas ya abandonaban el comedor a toda prisa ante la mueca de contrariedad de la dueña de la casa y el absoluto desprecio de la hermana mayor, que optó por retirarse a sus habitaciones para no parecer que esperaba cuando el duquesito hiciera acto de presencia. Si algo detestaba desde las más íntimas fibras de su ser, eran los aires pomposos de aquel muchacho de sangre azul que le recordaba su esplendor perdido. Haber dejado de ser la hija de un conde la mortificaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Y el heredero de Montrose se lo recordaba con solo sonreír.

Él no tenía motivos para preocuparse por su futuro, mientras que el de ella pendía de un hilo en el aire. Cuánto lo odiaba.

Clara terminó contagiada por la excitación de su amiga. No conocía al visitante, pero ya ardía en deseos de ponerle el ojo encima. Permanecieron juntas en el acceso principal de la casa, donde el servicio y la mismísima tía Cecile aguardaban para rendir pleitesía al ilustre invitado.

—Éramos amigos desde niños, siempre lo fuimos. Me cuidaba, me leía historias cuando se me cansaba la vista, y me llevaba de paseo al campo —explicaba una conmovida Amy, retorciéndose frenética las manitas.

—Te llevaba... ¿de paseo?

Los ojos de Clara volaron sin mala intención hasta la silla de ruedas.

—En realidad, sí, llegábamos hasta donde la silla permitía y a partir de ahí, me cargaba en brazos, es alto y fuerte. Bueno, lo era la última vez que lo vi, ya hace más de dos años. Y disfrutábamos de los pícnicos que nos preparaba la cocinera y...

—Amy, deja de parlotear por un instante, te lo ruego, me estás levantando dolor de cabeza.

—Lo siento, tía Cecile.

—¿Puedo conocer el motivo de esta imprevista visita? No es que me queje, siempre es un honor recibir en casa a un heredero tan bien considerado, no obstante, como anfitriona yo debería saber...

—Fue Tiffany la que recepcionó la nota, señora Times —explicó Clara de buena fe—, desconocemos los detalles. Pero vea qué feliz hace a Amy.

—¡Ahí está! —La chiquilla estiró un dedo apuntando al camino— Mira, Clara, ¡mira! ¡Su carruaje!

Clara aspiró todo el aire que pudo, hasta llenar sus pulmones. Con un poco de suerte, la antipatía que la hermana mayor había mencionado hacia el duquesito sería real y no coincidirían lo suficiente como para ponerla a ella en un aprieto. Cerró los ojos, apretó fuerte los párpados y rezó para que los santos la guardaran. Cuando volvió a abrirlos, el fastuoso coche se había detenido frente a la entrada principal, los lacayos habían saltado al suelo, desplegaban la escalerilla y abrían la portezuela.

El corazón de Clara, apabullado, se saltó un latido.

El joven que descendió del carruaje era el más apuesto que había visto en su corta vida. Alto y fuerte, como adelantara Amy, pero también irreverentemente guapo, de hombros anchos. El cabello cobrizo un poco largo y salvaje. Y en lugar de pantalones vestía el kilt que ella solo había visto en las ilustraciones de los libros. Lejos de relucir lustrosas, las botas altas venían llenas de polvo con algo de barro en las punteras, lo que sumaba a su imagen un detalle de encantador desaliño.

Bajó como una exhalación para dirigirse a Amy con los brazos abiertos.

—¡Mi pequeña! ¡Mi pequeña princesa! ¿Cómo estás?

Se acuclilló ante la silla de ruedas para poder abrazarla. De inmediato, la frágil muchacha desapareció entre sus fornidos brazos. El duquesito la alzó en vilo como si estuviese hecha de aire y giró con ella un par de veces. Con un rápido movimiento, varió la posición de sus brazos para sujetarla de forma segura por debajo de las rodillas y en torno a su cintura. En el escaso segundo en que flotó en el aire, la risa de Amy fue alborozada y alegre como campanillas de

hadas. El joven escocés estampó un sonoro beso en su mejilla, sonrosada por primera vez en semanas.

—Feliz, feliz de verte de nuevo, mi querido Gail. ¿Qué mal hice para que me abandonaras estos últimos años? Se han hecho eternos.

—Tú no podrías hacer nada malo aunque quisieras, princesa, me mandaron a estudiar fuera. Pero estoy de vuelta. —La dejó de nuevo en su silla y besó con rapidez el dorso de sus dos manos; luego se incorporó para saludar a tía Cecile, que se inclinó en una reverencia con el respeto debido a la alcurnia del visitante.

El duquesito miró alrededor como buscando algo y enseguida sus ojos verdosos se detuvieron con un destello de interés en Clara. La muchacha sintió un chasquido, algo que hormigueaba por encima de sus cabezas que no supo explicar.

—¿Nos falta alguien?

—Tiffany está ocupada con los preparativos de su presentación en sociedad —indicó Amy sonriendo.

El hijo del duque arqueó perplejo una ceja.

—¿Tanto como para no venir a recibir a un viejo amigo de la infancia?

—No digas tonterías, querida. No le haga caso a Amy, milord —intervino Cecile Times —, nuestra Tiffany se encuentra algo indispuesta, ha debido de sentarle mal el desayuno. No se preocupe, no tardará en reunirse con ustedes.

Para aquel entonces, no se sabía si atendiendo o no a las explicaciones de la dueña de la casa, el duquesito se había apostado frente a Clara que agachó la cabeza y, sujetando el largo de su vestido, lo deleitó con la más grácil reverencia que el chico había recibido nunca, tratándose de una muchacha tan joven.

—Gail Barton —se presentó con un cabeceo educado—. ¿Y tú eres?

—Clara York, señor.

—Mi dama de compañía —señaló Amy emocionada—, en realidad, mi amiga del alma.

—¿Del alma? ¿Hasta ese punto? Entonces, ¿voy a tener que considerarla una rival,

señorita? ¿Tendremos que batallar a muerte por el afecto de nuestra princesa? —bromeó el noble de modo evidente.

Pese a ello, las orejas de Clara enrojecieron y su mirada se volvió huidiza. Amy se apresuró a negar.

—Nada de batallas, los dos sois por igual mis amigos favoritos.

—Me temo que porque son los únicos que tienes —se oyó una voz que llegaba.

La irrupción de Tiffany con su agrio comentario cortó de cuajo el extraño entendimiento que empezaba a desenvolverse entre Clara y el recién llegado, una suerte de lazo silencioso inexplicable, etéreo, casi mágico, que ella temió no volver a recuperar.

5

Confesiones de amor

—Y dígame, milord, ¿lo han prometido ya con alguien?

Amy estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¡Tiffany! ¿Cómo se te ocurre preguntarle eso?

—No pasa nada, no me incomoda. —Gail se estiró, tomó un puñado de galletas, aprovisionó con varias a Amy y siguió comiendo sin inmutarse—. Pues no, señorita Tiffany, no al menos que yo sepa.

—No sé a qué está esperando su señor padre, si mal no recuerdo, tiene usted ya diecisiete años, va siendo hora.

—Espero de todo corazón que, llegado el momento, el duque me permita elegir a alguien de mi agrado con total libertad.

Tiffany torció la boca.

—¿Siendo heredero de un título como el suyo? Me temo que sueña, milord.

—Permítame soñar, señorita Tiffany, puede que algún día sea lo único maravilloso que nos quede por hacer.

Sin que nadie lo advirtiese, a Clara se le escapó una leve sonrisa de admiración. Aquel escocés de sangre noble, medio caballero medio bárbaro, estaba enseñándole que no todos los ricos tenían hueca la cabeza y muerto el corazón.

—Por cierto, milord, preciso de su valiosa ayuda. —Antes de proseguir, Tiffany dedicó

una mirada emponzoñada a Clara, seguida de una sonrisita perversa—. ¿Podría usted decirme si conoce a los duques de Pomeroy?

Clara dio un respingo en su silla. Ahí estaba. El veneno característico de la mayor de las hermanas, la trampa que acabaría con ella por completo humillándola delante de todos.

Gail pareció desconcertado un instante, aunque fingió hacer memoria. Sus ojos se habían cruzado a toda velocidad con los de Amy, que contenían un ruego mudo. Su amiga y él solían comunicarse a la perfección desde siempre sin necesidad de palabras.

—Es posible, me suena el nombre... Adivino que se trata de una casa inglesa, ¿no es así? —Tiffany asintió seca—. Bueno, mentiría si dijera que los escoceses que aún no desarrollamos vida social adulta conocemos a la totalidad de la nobleza inglesa; ya sabe, nuestro trato puede no ser tan cercano. Ocurre igual al contrario, ellos, en ocasiones, nos desconocen a nosotros.

—La señorita York ha tenido el atrevimiento de afirmar que es, ni más ni menos, que su hija perdida. La hija desaparecida de unos duques muertos de los que nadie podría dar noticia ni razón.

Las curiosas pupilas del joven se deslizaron hasta la muchacha que hizo lo imposible por mantenerle la mirada con total dignidad.

—Muy conveniente, ¿no le parece? —insistió Tiffany con malicia.

—Suena a historia de aventuras de lo más interesante.

—Suena a lo que es, un soberano embuste, milord. ¿Se imagina a esta desharrapada hija de un noble de alcurnia? ¡Santo cielo! Me provoca risa solo pensarlo.

—No esté tan segura, señorita Tiffany. Esas cosas, por inverosímiles que resulten, a menudo suceden.

—Ya. En las novelas que cautivan a Amy.

—Ya se lo he dicho yo, Gail, pero no me hace caso, sigue empecinada en que Clara miente. Clara no ha faltado a la verdad en ningún momento desde que la conozco —replicó la aludida.

—Como si de ser así, fueras tan avispada como para percatarte... —silabeó la mayor de

las Times con las muelas apretadas.

—Además, yo podría considerar a la señorita York cualquier cosa menos una zarrapastrosa, téngalo por seguro —agregó Gail sin apartar de ella la mirada.

—Muy amable de su parte, milord —repuso la muchacha con un hilo estrangulado de voz.

—No me extraña que se lleven tan bien usted y mi hermana, ambos son unos crédulos bondadosos en exceso al que cualquiera embauca. —Lanzó un suspiro que, de momento, ponía fin al asalto—. En cualquier caso, ¿qué más da? Todos están muertos y ella está aquí, es la dama de compañía de mi hermana y nada más. ¿Jugamos a algo? ¡Al escondite! Diga que sí, milord, diga que sí. Al escondite por los jardines, que a esta hora son toda una preciosidad.

—Amy no podría participar —apuntó Clara contrariada—. Toquemos el arpa o juguemos a naipes...

—¡Qué aburrido! —Tiffany bufó.

—¿Y una partida de ajedrez? —sugirió Clara deseando que nadie excluyera a su querida amiga—. Tengo entendido que es usted un maestro en el juego, milord. Nosotras podríamos mirar, anticiparse a las estrategias de otros contendientes resulta de lo más instructivo.

Tiffany se puso en pie de un salto y con un par de manotazos se alisó la falda.

—Le advierto, milord, que si piensa decir que sí, me marcharé en el acto de esta habitación. No soporto ese tipo de entretenimientos tan tediosos.

—Pues mucho me temo que estoy a punto de aceptar, señorita. De todos es conocido mi amor por el baile de figuras en blanco y negro. ¿Cuáles eliges, Amy?

Así fue como se libraron de la presencia de Tiffany hasta la hora de la cena, a la que tampoco acudió alegando una terrible jaqueca, permitiéndoles conversar de mil cosas en libertad. No en pocas ocasiones, se encontraron las miradas de la señorita York y el hijo del duque,

arrancándoles a ambos una escueta sonrisa de placer. Cuando se despidieron para descansar, Clara se preguntaba por la increíble resistencia física del joven, que había aguantado en pie el día completo tras un viaje de pesadilla.

—Es terriblemente atractivo, ¿a que sí? —preguntó Amy, sentada ante su tocador mientras Clara le cepillaba el cabello.

—Muy apuesto. Y ese cabello rojizo, tan llamativo. Hay... ¿hay algo entre vosotros? —se atrevió a indagar por fin.

—¡Cielos, no! Gail es como un hermano para mí. Y no podría concebir que él me viese de otro modo. Casi crecimos juntos antes del accidente de padre y madre, nuestras familias eran vecinas y de todos los niños que conocíamos era el único que no me repudiaba por mi invalidez.

—¿Cómo no quererlo, entonces?

—En efecto, así es él, absolutamente irresistible.

La mano de Clara dejó de peinar. Los matices en el tono de voz de Amy eran para ella como trazos de letras estampados bien definidos en un papel.

—Y sin embargo, te noto triste, ¿a qué se debe?

—No puedo evitar preguntarme... qué nos deparará el futuro. Con los años, todos acabaréis casándoos.

—Te aseguro que no tengo el más mínimo interés por convertirme en esposa. ¿Tú sí?

—Clara, yo no podré casarme nunca, nadie me amará en mis condiciones.

—Pero ¿qué clase de bobada estás diciendo?

—No es ninguna bobada, Tiffany me lo recuerda a menudo.

—Tu hermana es cruel e inhumana. ¡Eso es una monstruosidad!

—Sin embargo, tiene toda la razón. Y conviene que alguien se cuide de que no lo olvide.

—No es algo que puedas decirle a quien quieres. Tú eres bonita y maravillosa, inteligente, dulce, buena conversadora.

—No obstante, no puedo pasear, ni bailar, no sabremos si podré concebir hijos... Mi destino está junto a la tía Cecile, languideciendo hasta morir.

—Pero... —pensó a toda prisa en alguien. Por desgracia, su círculo social era tan incómodamente estrecho—, por ejemplo, Gail. ¡Gail te adora!

—Como a una hermanita pequeña, solo eso. Jamás me pediría en matrimonio y, en cualquier caso, su familia lo desheredaría antes de permitirlo.

De repente Clara tuvo una sensación: caer en la cuenta de lo que ocurría fue como si la arrojaran por un precipicio. La compasión le hizo añicos el corazón.

—Tú lo amas, ¿verdad?

—¿A Gail? —La muchacha se ruborizó—No, no, qué va, ya te he dicho...

—Mírame cuando me hablas, Amy, me esquivas, no me estás diciendo la verdad.

—Tú le has gustado mucho, lo conozco y se le nota. Lo he pillado mirándote varias veces, eso es que le has caído en gracia.

—No soy más que una dama de compañía. Además, si tú...

Amy le puso una mano fatigada por delante de la cara para silenciarla.

—Yo no cuento. No contaré en la vida, lo entiendes, ¿verdad? Nada me haría más feliz que ver a mis dos amigos juntos, queriéndose.

Las lágrimas inundaron los ojos de Clara. Estaba segura de que en la tierra no respiraba otro ser más generoso que Amy Times.

—Oh, querida Amy, no tienes que sacrificarte por nadie, no debes.

—Sería como un regalo —aseguró—. Y ahora, si no te importa, me gustaría irme a la cama. No sé cómo he superado el día sin dormir mi acostumbrada siesta.

—La alegría genera salud. Te brillan los ojos cuando lo miras.

Amy no respondió.

Se limitó a sonreír con aquella dulzura infinita que la caracterizaba, sus rubios mechones cayéndole por la espalda. Clara suspiró y la ayudó a acostarse. Luego se marchó a su habitación, justo al lado, pero vio amanecer sin haber podido cerrar los ojos.

6

Persecución y trampa

Londres, 1810

Tras el champán llegó el madeira y pronto la charla de la señorita Florence se desvaneció en jirones como niebla fina. Seguía oyéndola de fondo mientras los candelabros iniciaban una suerte de parpadeo danzarín y la sala se tiñó con un resplandor etéreo muy sugerente. Cuando miraba a la meretriz, su rostro adquiría las particularidades del de la sultana tal y como él se lo figuraba, todo aderezado con un ligero mareo.

Apuró la copa y se levantó de un salto dispuesto a llevar a cabo la idea que acababa de concebir, mientras Florence le narraba no sé qué historia lacrimógena acerca de su infancia inventada.

—Señorita Florence, le ruego me excuse, debo ausentarme, se hace tarde.

—¿Volverá pronto, señor Barton? Mire que no pierdo la esperanza de que algún día su excelencia me conceda la oportunidad de mostrarle mis virtudes. Le aseguro que desde ese instante...

Conforme hablaba se pegaba a él del modo indecoroso que solo manejan las mujeres de la vida, y Gail se vio dando un paso atrás para refugiarse. Al final, solo las manos de la muchacha acariciaron las solapas de su levita y un explosivo aleteo de pestañas fue la frase de despedida. Quince minutos más tarde, Barton aguardaba cobijado en la oscuridad de su carruaje, apostado en la esquina frente a la salida trasera del club.

La puerta que utilizaban los empleados.

Estaba plenamente decidido a quedarse allí, sin moverse, las horas que hicieran falta hasta ver salir a la sultana. Solo esperaba que su leal cochero no se quedara dormido en el pescante y se desplomara al suelo ocasionándole un quebranto que daría al traste con su fabuloso plan.

Su paciencia, pese a destacar por ser un hombre nada paciente, se vio recompensada bien entrada la madrugada. Precedida por una criada de edad, con una capa con capucha cubriéndole la cabeza, la sultana abandonó el edificio y se metió sin titubeos en el coupé que esperaba. Arrancó y Barton ordenó a su asistente, que hacía las veces de cochero, que le desenganchara un caballo.

—¿Cómo dice, señor?

—Que me desenganches un caballo. Y rápido.

—Pero señor, hace frío y...

—¡Pepper, el caballo! O perderé el coche al que debo seguir.

El diligente joven optó por no seguir discutiendo. Conocía la testarudez de su jefe, cuando algo se le metía en la cabeza, como buen escocés, era imposible hacerle cambiar de opinión. Sin montura, solo con las riendas y su reconocida pericia cabalgando, Gail Barton se lanzó en persecución del escurridizo carruaje.

Si no le permitían ver a la sultana dentro del club la vería fuera de él. Averiguando dónde vivía. Era un plan formidable que por fin lo situaría por encima de aquella mujer terca y arrogante.

Mantuvo una distancia prudencial con el coche para no ser descubierto. Sin embargo, el itinerario en el que se adentraba lo inducía a confusión. Calles cada vez más estrechas y descuidadas que conducían a un mal barrio de la ciudad. No era posible que la sultana viviera por allí. O sí. En realidad, ¿qué sabía de ella? Absolutamente nada. Su inaccesibilidad le había hecho pensar en altas posiciones sociales, en ostentosos niveles de riqueza, cuando lo cierto es que la mujer, de origen desconocido, trabajaba en un club de caballeros. Un club suntuoso, en efecto,

concediéndose el lujo de escoger a sus clientes y rechazar por capricho a potentados como él, pero un club, al fin y al cabo.

¿Estaría una dama prestando sus servicios en un establecimiento de tal categoría si dispusiera de una renta digna con la que cubrir sus gastos?

Bien podía estar pasando necesidades, ser pobre como las ratas del puente, por más que aparentara lo contrario. Aquello podría explicar parte de su extremado orgullo, su tendencia desdeñosa hacia los caballeros que ansiaban ser recibidos. La haría sentir importante ya que fuera del club no lo era.

Todo aquello enredado mascullaba Barton en su mente al tiempo que perseguía al coupé traqueteando por las calles desiertas del peor Londres conocido. Y entonces...

En un abrir y cerrar de ojos estaba rodeado.

De maleantes turbios, de pestilencia. De intenciones criminales. De hojas de cuchillo brillando en la oscuridad. De gruñidos feroces que no parecían humanos. Y aunque su posición en la montura le concedía ventaja, el modo agresivo en que esgrimían las armas lo hizo dudar: por nada del mundo permitiría que hirieran al caballo.

Sus ojos volaron al carruaje que huía. Y a través de la ventanilla, asomado, un rostro cubierto por un velo opaco pareció sonreír burlón. Así que había sido ella. La sultana sabía que la vigilaba y le tendió aquella trampa, conduciéndolo a las entrañas del hogar del crimen al que él había acudido, incauto y ciego como un burro tras una zanahoria.

Le estaba bien empleado por creerse más astuto que una mujer que no mostraba el rostro. No obstante, lo que ahora importaba era salir con bien de aquella.

Metió la mano en el interior de su levita, a la altura de la sobaquera y, con una última y melancólica mirada al carruaje que se perdía a lo lejos, seguramente en pos de barrios más recomendables, limpios y de mejor reputación, sacó la pistola que solía acompañarle en sus correrías. Por lo general, prefería no llevarla cuando visitaba el club, pero justo aquella tarde se había entretenido con ejercicios de tiro en casa de su amigo, el vizconde Bollais. Henr era un maestro de la puntería, nadie mejor para usar de acicate y perfeccionarse. El caso es que la

portaba y aquello iba a salvarle la vida.

La mostró con el brazo en alto, bien visible, aunque sin querer apretar el gatillo. El ruido de un disparo en la madrugada atraería a un sinfín de vecinos, todos del mismo callejón, todos igualmente peligrosos, y lo único que lograría sería multiplicar el número de enemigos.

—¿Cuchillos contra balas? Caballeros, no me importa la diferencia numérica, llevan las de perder —entonó su potente chorro de voz.

En un primer momento, el grupo vaciló a una. Enseguida, los dos más temerarios dieron un paso adelante, sujetando los cuchillos en posición de ataque, apuntando con los ojos a las pantorrillas de Gail, a sus pies sin estribos y al cuello del caballo.

—Si le haces un solo arañazo a mi amigo te vuelo la cabeza —amenazó el escocés con ira.

—¡Adelante! ¡En tropel y al mismo tiempo! ¡No puede matarnos a todos! —azuzó uno de ellos.

Un escalofrío de cruda realidad recorrió la espalda de Barton.

—A todos no, pero varios de vosotros no saldréis de esta. Y a mí poco podéis robarme como no sea el caballo, así que procurad no dañarlo.

Apretó los muslos contra los flancos del animal para no perder el equilibrio y soltó las riendas. Dentro de las botas cargaba otro par de puñales afilados al extremo, silenciosos como la mismísima muerte. Con uno entre los dedos y agitando la pistola para que toda la atención de los agresores se centrara en ella, dejó que el más imprudente se acercara más de lo debido. Y entonces, lo lanzó.

El vizconde podría presumir de puntería, pero Barton no le andaba a la zaga. El puñal atravesó limpiamente la mano armada que en ese momento se alzaba en su contra con solo Dios sabe qué intenciones. El malhechor lanzó un alarido de bestia herida y, con la mano sana taponando la brutal lesión, se precipitó de cabeza contra el suelo.

Sus compañeros no le prestaron ayuda. Estaban más ocupados tratando de adivinar cuál sería el siguiente paso del caballero y si de algún modo supondría peligro para sus integridades

físicas.

—¿Quién es el siguiente? —ironizó Gail, rezando para que no se les ocurriera acometer a todos en grupo como habían anunciado.

Ese fue el momento elegido por su caballo para desbocarse, nervioso, dentro de los límites que el angosto callejón imponía. Gail se vio obligado a agarrar las riendas olvidando la pistola y, por supuesto, hacerse con el segundo puñal que continuó dentro de la bota. El hermoso corcel saltó por encima de dos de los forajidos y puso rumbo a la plazoleta, más amplia y despejada, donde se cruzaron con el fiel Pepper y su berlina.

—¡Señor! Señor, ¿necesita ayuda?

El puñado de bandidos salió despedido pisándole los talones, con los cuchillos en alto, profiriendo gritos salvajes, dispuestos, al parecer, a cualquier disparate.

—¿A ti qué te parece?

Pepper se hizo cargo enseguida de la situación y de lo que se esperaba de él. Animó al caballo que tiraba del carruaje vacío y lo atravesó cortando el paso entre los asaltantes y su patrón. A continuación, saltó al suelo sin ningún temor para enfrentárseles de forma directa con su pequeña pistola, y Gail Barton hizo lo propio.

Solo entonces fueron los atacantes conscientes de la tremenda envergadura de los dos hombres. Especialmente del impresionante pelirrojo que los repasaba furibundo con un puñal en una mano y el pistolón en la otra.

—¿Quién os ha avisado? —rugió Gail— ¿Ha sido la mujer del coupé? ¿Ella os contrató para que me asaltaseis?

No despegaron los labios, ni mostraron los sucios dientes, si es que los tenían. Dieron media vuelta y salieron corriendo como almas perseguidas por los demonios. Pepper hizo ademán de ir tras ellos, pero su patrón lo frenó aferrándole el brazo para que parara.

—No merece la pena. Llévame a alguna taberna popular donde nuestras vidas no corran peligro. Te invito a un trago. O a dos. Creo que nos lo hemos ganado.

Diez años antes

—¿Y se puede preguntar dónde se encuentra hoy nuestro ilustrísimo invitado? ¿Cómo es que no nos acompaña en el desayuno?

Tiffany se sirvió un diminuto trozo de tarta, pareció considerar las consecuencias en el contorno de su cintura y terminó apartándolo para centrarse únicamente en su taza de té. Debía cuidar al máximo su figura si quería deslumbrar con un talle esbelto el día de su presentación.

—Salió bien temprana la mañana a montar a caballo —informó Clara dando un pequeño sorbito al chocolate. Hervía.

—Vaya, qué informada te veo respecto a las actividades del duquesito. Cualquiera pensaría que te interesa, pobretona. Pues con toda su exquisita educación debería saber que abandonar en la mesa a tres damas... disculpad, a dos damas en cuya casa se encuentra alojado, no es precisamente un dechado de cortesía.

—Oh, vamos, Tiffany —sonrió Amy. Olisqueó el aroma del chocolate atenta a las señas de Clara que le indicaba que no se le ocurriera beber de momento—. Gail es como de la familia, goza de confianza para hacer eso y mucho más.

—Ah, ¿sí? ¿Como de la familia? ¿Y por qué entonces te pones tu mejor vestido para bajar al desayuno? ¿A quién quieres deslumbrar?

—No es mi mejor...

—Sí que lo es. ¿Qué crees que diría la tía Cecile si te lo mancharas?

De algún modo que nunca se llegó a explicar, con solo mirarla, como una ráfaga luminosa que la sacudió, Clara adivinó sus intenciones. La taza de chocolate. Demasiado cerca de la mano impulsiva y vengadora de Tiffany. Demasiado caliente. Puede que la intención de la hermana mayor no fuera más allá de mancharle el vestido, pero si se derramaba, la pequeña Amy se abrasaría. Por eso, sin pensarlo dos veces, hizo un brusco movimiento casi a la par del brazo de Tiffany empujando y volcando la taza, para interceptar su trayectoria.

El denso líquido ardiente se vertió por completo sobre su palma. Clara no pudo reprimir un alarido de dolor que atrajo la atención de la señora Times y también de Gail, que acababa de entrar por la puerta con la fusta todavía en la mano.

—¿Qué sucede? ¿Qué clase de torpeza es la tuya, muchacha?

—¡Mi mano! ¡Mi mano! ¡Me quemo!

Por primera vez desde que Clara la conoció, Tiffany parecía asustada. Se quedó muda observando con horror mientras su hermana sollozaba cubriéndose la cara con los temblorosos dedos. La tía Cecile sujetó la manita enrojecida, magullada y trémula.

—¿Alguien me explica cómo ha podido ocurrir un accidente de este calibre?

En menos de un segundo, el espacio desapareció devorado por la formidable silueta del hijo del duque. Con una delicadeza sorprendente en unos miembros tan grandes, se hizo cargo de la mano herida de Clara.

—¿Me permite, señora Times? Avisen a mi ayuda de cámara, rápido. Que venga enseguida y que traiga el ungüento para quemaduras. Él sabe de qué hablo. ¡Vamos! —azuzó a la turbada doncella—, no hay tiempo que perder. No se preocupe, señorita Clara, en las tierras del norte somos muy dados a curar afecciones terribles con plantas e ingredientes naturales. Mi propio ayuda de cámara elabora esa pomada y le aseguro que es milagrosa. No dejará marca.

Sus ojos se encontraron y hablaron por ellos. Los de Clara, del color del oro, bañados en lágrimas, estremecidos de dolor. Los del escocés, verdosos con un ligero tono grisáceo, como un

cielo de tormenta. Si estaba contento, se llenaban de chispitas amarillas. Pero cuando una preocupación lo abrumaba, los matices grises se apoderaban de su mirada.

—¿Duele mucho? —le preguntó con suavidad.

Ella solo acertó a asentir.

—Al menos podrías disculparte, Tiffany —lloriqueó Amy compungida—, todo esto ha sido culpa tuya.

—No ha sido culpa de nadie, los accidentes simplemente ocurren, nadie los desea, ¿verdad, milord? —intervino la tía Cecile.

La ansiedad hacía vibrar sus palabras.

—Desde luego que sí, señorita Times —concedió el joven tras un titubeo.

El muchacho que apareció como una tromba en el pequeño comedor de mañana, tenía aproximadamente la edad de su joven señor. El rostro desencajado por las prisas y una cajita entre las manos, cuyo contenido se apresuró a extender por la piel de Clara. Instintivamente, la muchacha trató de retirar la mano con un gesto de dolor.

—Escuece un poco —la explicó Gail—, pero es solo al principio. Ya verá, es una cura milagrosa, ¿a que sí, Pepper?

—No le quepa duda, señor. Ha funcionado en casos muy graves.

—Desde hoy mismo, nada de chocolate en estos desayunos —decretó acongojada la señorita Times, secándose el sudor de la frente con su pañuelo blanco—. Queda terminantemente prohibido.

Tiffany decidió que era momento de abandonar la mesa. La rabia por su plan torcido y la atención que estaba acaparando la criaducha le quemaba las entrañas. Pasara lo que pasara, no entendía cómo, aquella advenediza lograba convertirse en protagonista y todos terminaban pendientes de ella. No podía soportarlo.

—Me retiro a mi habitación —musitó con voz quebradiza, aparentando estar afectada.

Su tía la miró compasiva.

—En el fondo es muy sensible. Vamos, Amy, salgamos al jardín un rato.

Se colocó tras la silla de ruedas sin atender a las súplicas de su sobrina.

—No, tía, deje que me quede con Clara, permita...

—Tiene que pasársete el susto. Un poco de aire fresco te vendrá bien.

Y sin más explicaciones, empujó la silla fuera de la sala.

—¿Por qué se expone de ese modo?

La pregunta de Gail dejó perpleja a Clara.

—¿Cómo dice?

—¿Es por proteger a Amy? ¿Lo ha hecho por eso?

—Disculpe, milord, no sé a qué se refiere.

—Lo he visto todo, Clara, al llegar, desde la puerta. Y estoy desagradablemente convencido de que la señorita Times también ha presenciado lo mismo, aunque, por alguna razón que solo a ella incumbe, sin sacar las mismas conclusiones.

Avergonzada y ruborizada hasta el nacimiento del pelo, Clara agachó la cabeza. Pepper dio un respetuoso paso atrás concediendo intimidad y espacio a su señor, que parecía muy irritado.

—Le honra el que quiera y le importe tanto Amy. Se lo agradezco en el alma. Bendito sea el ángel que la ha traído hasta ella ahora que no estoy aquí para ampararla.

—No tiene por qué agradecerme, milord. La señorita Amy es un alma de Dios, buena y compasiva como ella sola. Hasta que la conocí no tuve a nadie en el mundo a quien querer...

Su apasionada defensa de aquello que la movía en favor de Amy se vio interrumpida con la sonrisa más radiante que Gail había dedicado en su vida a nadie. El candor de aquella chiquilla de apenas catorce años lo traspasaba, era luminoso como el faro de una costa rocosa. Su generosidad, digna de recompensa. Y los hoyuelos que se formaban en sus mejillas si sonreía, deliciosos como un pan de nuez.

Se llevó sus nudillos a los labios y los besó con fervor.

—Curará —le aseguró sin desclavar de ella los ojos— y volverá a ser tan delicada y sedosa como antes, no se preocupe.

Solo el oportuno carraspeo de Pepper logró arrancarlo de aquel sopor en el que se había perdido por completo. La señorita Times regresaba refunfuñando, empujada por los ruegos de una atribulada Amy que no concebía permanecer en el jardín mientras su amiga sufría.

8

Por más que lo niegues

—Péiname, Clara. Amy insiste en que eres muy talentosa sacando brillo al cabello. Haz que el mío resplandezca, vamos.

Tiffany sostenía en alto el cepillo de plata con un ademán descarado. Clara cruzó una mirada veloz con la hermana menor y Amy la autorizó con un vaivén de cabeza. Mordiendo bien apretado el suspiro de coraje que pugnaba por escapar de su garganta, la dama de compañía tomó el cepillo y desenvolvió la larga cabellera de la muchacha, que cayó en cascada por su espalda.

—No imagináis siquiera lo laboriosa que es la preparación para la primera temporada, la cantidad de cosas ridículas que te obligan a aprender. Agotador.

—Imagino, señorita —repuso Clara, ya que su interlocutora no dejaba de espolearla con las pupilas.

—Pero será un momento inolvidable, hermana, vas a destacar como la joya más brillante —exclamó una emocionada Amy—. ¿Imaginas si la reina te selecciona como diamante y todos los caballeros acaban peleándose por tu mano?

—Eso estaría bien, ya que pienso ser exigente a la hora de escoger, no me conformaré con el primero que aparezca. La tía Cecile dice que con mi clase natural y mi belleza puedo aspirar a un magnífico partido. Un barón, incluso un conde...

Amy suspiró soñadora.

—Deberías ir pensando en tu propia presentación —le aconsejó Tiffany pendiente del modo en que sus mechones centelleaban—, supongo que te tocará algún día, aunque la tía Cecile no tenga demasiada prisa por llevarla a cabo. —Giró sin abandonar el asiento para enfrentar a Amy y Clara se encontró peinando el aire en un segundo—. Aunque francamente, tu puesta de largo será una farsa, nadie va a cortejarte.

Clara sintió una quemazón en la boca del estómago. Amy, por el contrario, no conseguía vencer su expresión de estupor, con la boca abierta sin poder cerrarla.

—¿Por qué la martiriza diciéndole esas cosas tan horribles?

—Porque ni tú ni la tía sois sinceras con mi hermana. Amy tiene derecho a oír la verdad. Así cuando se percate de que nadie muestra interés en pedirla en matrimonio entenderá los motivos y podrá ser más comprensiva. Óyeme, querida, no puedes reprocharles que busquen una esposa sana y fértil con la que compartir futuro. Que les dé muchos hijos y sea la perfecta anfitriona en un montón de bailes de sociedad. —Se encogió de hombros y volvió a encarar el espejo para que Clara prosiguiera con el cepillado—. Entiendo que será decepcionante, por eso, cuanto antes te hagas a la idea, mucho mejor para todos.

Amy estuvo a punto de replicar algo. Sin embargo, su respiración entrecortada no se lo permitió.

—Mejor si encuentras fuera de los salones y reuniones sociales a alguien dispuesto a desposarte. ¿Qué tal el hijo del duque? Siempre fue de tu agrado, me consta, por más que lo niegues.

—No, él no... Yo... —balbuceó la muchacha inquieta.

Cuando sus ojos viajaron sin querer hasta Clara, llenos de angustia, portando un mensaje mudo, el gesto no le pasó inadvertido a su hermana mayor. Tiffany frunció el ceño y las observó alternativamente, a una y a otra, con aire suspicaz.

—Claro que para alguien de su posición no es sencillo cargar con una inválida. Muchos de los actos en los que deberá participar te estarían vedados. Imagina, una dama que ni siquiera baila... Pero ¿me estoy perdiendo algo? Es posible que te estés echando a un lado por... ¿por

respeto a alguien? —Las astutas pupilas de la hermana mayor soltaron un centelleo—. No puede ser. Eso no puede ser...

Sus frases las interrumpió una carcajada burlona. Tiffany agitaba su cabeza incrédula por la soberana estupidez que acababa de pasársele por la mente. Levantó una mano y detuvo el frenesí de Clara con el cepillo.

—Ya basta. Podéis dejarme sola, necesito irme temprano a la cama y descansar. Mañana tengo ensayo de peinados. Van a hacerme todo un repertorio de recogidos maravillosos con los que deslumbrar en las fiestas a las que me inviten.

Sin despegar los labios, Clara posó el cepillo en el tocador y empujó la silla de una cabizbaja Amy en dirección a la puerta.

—Buenas noches, hermana —exclamó Tiffany desde su sillón de terciopelo.

Y sonó a lo que quería que sonara: a sarcasmo y a frío desdén.

—¿Le molesta la mano?

La pregunta, llegada por la espalda, provocó que Clara diera un respingo. Por el caminito empedrado que conducía al templete en el jardín, se acercaba el hijo del duque, con su pantalón de montar ceñido y sus botas altas. Con su andar regio y sus aires de príncipe. El corazón de la muchacha inició un torpe galope a ninguna parte.

—Ha mejorado mucho, gracias a su ayuda y sus cuidados, gracias por preguntar.

—¿Qué hace aquí sola? ¿Y Amy?

—Durmiendo su siesta. Hoy estaba especialmente fatigada, a veces...

Se mordió la lengua antes de acabar. Gail la observó con curiosidad.

—¿A veces?

—No, olvídalo. No soy quién para deducir según qué cosas.

—Clara.

—Se lo suplico, no insista.

El duquesito entró en el templete y tomó asiento a su lado, en el banco de piedra. Indecorosa, inesperada y agradablemente cerca.

—Oiga, señorita. Usted y yo tenemos alguien en común, una personita a la que queremos y por la que seríamos capaces de cometer muchas locuras. De modo que desde ese punto de vista... Todo lo que tenga que ver con Amy es de mi interés.

—Bajo ningún concepto se me ocurriría ponerlo en duda.

—Entonces, téngame confianza, Clara. Es la persona más cercana a Amy, dígame qué le ronda la cabeza, especialmente si afecta a nuestra común amiga.

Clara apretó los labios hasta que desaparecieron entre sus dientes. Cuando reaccionó, Gail la miraba con una ceja arqueada y un simpático gesto en el atractivo rostro.

—¿Me lo cuenta?

—A veces pienso... Discúlpeme si ofendo a alguien...

—Insisto. Siéntase libre de exponer lo que opina. Tal cual.

—A veces temo que los agravios de Tiffany le afecten a la salud. Ella es muy dura con la pobre Amy, le tira a la cara cosas que no deberían ser escuchadas. Yo...

—Admiro su gran corazón, Clara. Es un ejemplo de...

—Deje de halagarme y dígame si podemos hacer algo. Tengo tantas ganas de agarrar a la señorita Tiffany por las greñas cuando suelta esas cosas...

Al hijo del duque se le escapó una alegre carcajada.

—Yo... sé que no debería tener opiniones como esas, no se me está permitido siendo quien soy.

—Se lo he pedido expresamente —le recordó.

—Es... me va a perdonar, milord, es mala.

El semblante de Gail se ensombreció de repente y sus iris se cubrieron de tormenta.

—Lo sé. Así ha sido desde que tengo memoria. Quizá no me atrevería a afirmar que maldad, pero Tiffany —suspiró hondo— es una damita problemática, siempre necesitada de

cariño y atención. Supongo que la prematura muerte de sus padres la marcó de un modo especial.

Clara se revolvió indignada.

—¿Más y peor que a Amy? ¡Santo cielo! ¡Vive postrada en una silla de ruedas! Sin futuros halagüeños, sin esperanza de que un caballero se interese por hacerla su esposa. Ni siquiera tiene la certeza de poder convertirse en madre algún día...

—Me ha malinterpretado. En realidad, no quería decir eso, pero ahí donde la ve, Amy es fuerte. Tiene muy asumida su difícil situación y eso la dota de herramientas con las que gestionar los reveses de la vida. Puede que su cuerpo sea frágil, pero tiene una fortaleza mental digna de encomio. Créame, la conozco desde muy niños. De las dos, Tiffany es la endeble.

Clara cruzó los brazos delante del pecho, muy en desacuerdo con lo que el guapo joven exponía.

—Lo que no la libera de responsabilidad sobre sus actos. Debería ser amable y caritativa con su hermana, dadas las circunstancias, y no lo es. Estoy convencido de que teme que tener a una inválida como pariente más próximo, la denigre a ojos de esa estricta alta sociedad a la que, entre nosotros, se muere por no dejar de pertenecer.

—Son unas razones demasiado turbias —se enrocó ella.

—Estoy de acuerdo. Pero razones, al fin y al cabo. Tiffany es un poco retorcida, aunque estoy seguro de que no sabe hacer mejor las cosas.

—Podría esforzarse un poco por ser afectuosa, no le costaría tanto.

—Tiene sus propios demonios con los que batallar. Y le aseguro que son feroces. Menos mal que Amy —le tomó la mano vendada y la sujetó entre las suyas— la tiene a usted.

—No basta. Tengo demasiadas limitaciones. Algún día..., algún día, milord, perderé la paciencia y le haré pagar juntos todos sus desprecios. Es probable que sea mi última jornada en esta casa, pero merecerá la pena.

De nuevo una carcajada lanzada con ganas al aire que le sonó a música.

—Pero ¿de dónde ha salido usted, Clara York? Porque de algo estoy seguro, no es la hija perdida de los duques de Pomeroy, que ni siquiera existen.

El cuello, las mejillas y las orejas de Clara enrojecieron con violencia.

—Algo que, por otra parte, carece por completo de importancia. Su secreto está a salvo conmigo. Es usted tan increíble. ¿Puedo pedirle algo?

No fue lo que dijo sino el modo en cómo lo dijo. Modulando la voz hasta convertirla en un susurro acariciador, mirándola fijamente a los ojos, con los labios húmedos y el cuerpo peligrosamente próximo.

¿Qué pensaba pedirle?

¿Acaso una caricia?

¿Un osado beso?

Clara boqueó sin lograr que el aire que aspiraba llenase sus pulmones.

9

Un toque de imprudente locura

Los segundos que el hijo del duque empleó en aclarar su petición, Clara tuvo miedo de que su voluptuoso corazón la delatara. Latía tan fuerte y a un ritmo tal que lo oía en sus sienes, bombeando enloquecido.

—Si usted me permitiera escribirle.

—¿Escribirme?

Pom. Pom. ¡Pom! Contra las costillas.

—Sí, sería una licencia que, de concederme, agradecería en el alma. En pocos días abandonaré Londres y sería de gran ayuda saber de Amy a través de usted. No puedo fiarme de nadie más, de que las noticias que me hagan llegar sean veraces, espero que dadas las circunstancias lo comprenda.

¿Sería... «de gran ayuda»? ¿Eso era todo?

Santo cielo, ¿y por esa ridiculez absurda había estado a punto de perecer de un ataque de nervios? Clara sintió crecer la furia contra sí misma como una antorcha. Necia, crédula, boba.

Fantasiosa.

—Por supuesto que puede, milord. Con sumo gusto le informaré de los avances de la señorita, su estado de salud y todo aquello que aspire a conocer.

La sonrisa en el apuesto rostro masculino se amplió. Sus ojos verdes soltaron un destello pintado de amarillo.

—No sabe hasta qué punto calma mi desazón saber que cuento con usted para esta empresa. Sé que sabrá cuidarla con mimo.

—Con mi vida, milord —puntualizó Clara, un poco más huraña, enfadada porque lo pusiera en duda.

Entonces él volvió a tener el atrevimiento de mirarla de aquella forma intensa, devastadora. Una con la que ambicionaba decir mil cosas sin llegar a verbalizarlas, una que Clara no acertaba a entender del todo, pero que la turbaba y ponía en alerta sus sentidos. La manera en la que la miraría un seductor sinvergüenza, algo que, a todas luces, el hijo del conde no era.

«Estás desvariando» se reprendió severa. «Únicamente se preocupa por su amiga. Nada más. No construyas castillos en el aire que el derrumbe puede ser muy doloroso».

—Será un placer servirle de ayuda —añadió incómoda y perdida en aquel silencio, si bien de inmediato se arrepintió de haber usado la palabra «placer».

Él no acusó agitación alguna. De pronto, sus ojos inquietos parecían mirarla sin verla.

—Supongo que deberíamos volver a la casa, milord. En breve servirán el té y puede que Amy ya esté despierta. No quiero ni imaginarme lo que pensaría la señorita Times, las dos señoritas Times, de saber que usted y yo... usted y yo...

—Estamos aquí, solos, sin carabina y departiendo animadamente.

—Digámoslo así.

—Pues tiene usted toda la razón. Somos muy jóvenes, pero aun así podría comprometerla. —Se llevó la mano al corazón—. Le pido mil disculpas por mi imprudencia, ni siquiera lo he pensado.

Clara le dedicó una sonrisa cómplice.

—La vida es a menudo demasiado aburrida, señor. Un toque de imprudente locura viene bien de cuando en cuando, siempre que no nos cacen.

La burla que colgaba de la apetecible comisura se amplió.

—¿Por qué será que una y otra vez vuelve a sorprenderme? Sería tan interesante conocerla si en lugar de ser una simple dama de compañía fuese realmente la hija del duque de Pomery...

La dulce curva se congeló en los labios de Clara, sustituida en el acto por una mueca agria.

—¿Y puedo conocer el motivo de tal capricho? ¿Será porque siendo, como usted dice, una simple criada no tengo derecho a su atención? ¿Gozaría del honor de frecuentarlo de ser su igual? ¿Es eso lo que está intentando decirme?

Gail pareció confuso.

—La verdad, dicho de ese modo suena espantosamente grosero.

—Porque es lo que ha sido, milord. Una descortesía imperdonable.

Lo que era de veras imperdonable es que ella, una donnadie, estuviese pidiéndole cuentas y razones a todo un heredero de ducado. Y más chocante todavía, que, en lugar de ponerla en su sitio con un exabrupto, él tuviera la noble decencia de disculparse.

El mundo al revés, como solía decir su antiguo profesor de esgrima.

—Es hora de que regrese a casa, milord. Si me excusa...

Se puso en pie precipitadamente, marcó una ligerísima reverencia y se esfumó veloz como una brisa de verano. Gail se quedó en el templete, observando su figura alejarse, preguntándose cómo había podido tergiversar y malinterpretar sus frases de aquel modo. Eso, o había sido extremadamente poco habilidoso a la hora de manifestarlas.

Tras el té, al que se excusó para no acudir, vendría la cena en la que no tendría más remedio que participar. Había pasado una buena porción de la tarde recluido en sus aposentos con el pretexto de preparar el equipaje.

Lo cierto es que las cosas ya no eran como antes.

Amy había crecido, él había crecido, ya no eran los críos de antaño que jugaban a piedra,

papel, tijeras y a adivinar la especie de los pájaros por sus trinos. Su amiga era una jovencita que pronto cumpliría los quince, con otros intereses bien diferentes pese a sus limitaciones. Y Gail, como escocés que se preciara, pertenecía a la montaña, a la madre naturaleza, a la salvaje libertad de los campos. Detestaba los salones y fiestas a las que lo obligaban a asistir, en muchas ocasiones sentía que se ahogaba entre toda aquella gente encopetada oliendo a flores.

El error de entendimiento cometido con la señorita York lo había hecho reparar en lo difícil que era comunicarse con una damita guardando las formas, las reglas de cortesía impuestas. Una señorita no era un mozo de cuerdas, ni un lacayo, tampoco su ayuda de cámara. Ni un amigo. No podía ir por la vida expresándose alegremente sin pensar, ofendiendo a las personas.

Eso lo hizo sentir inseguro. Muy inseguro. De su comportamiento, de las consecuencias de sus actos, de las ofensas que sin intención habría cometido y que nadie le había echado en cara debido a su posición.

—¿Le apetece un té, señor?

—No, Pepper, gracias. Creo que puedo esperar hasta la hora de la cena. ¿Repusiste la pomada en las heridas de la señorita York?

—Por descontado, milord. Mejora con mucha rapidez, si bien he de señalar que las lesiones son algo más profundas de lo que en un principio aparentaban. Es probable que quede algo de huella...

—Procura que no sea así.

El ayuda de cámara arqueó ambas cejas con desconcierto. ¿Desde cuándo un señor de su rango se preocupaba por el bienestar de una criada con semejante afán? Su petición había sonado desmedida, casi ansiosa.

—Hare lo posible, señor, cuente con ello.

—Quiero decir, sería una lástima que a resultas de su buena acción, una mano tan fina quedase desfigurada de por vida.

—Lo comprendo, señor. No llegará hasta ese extremo.

—Pepper.

—Dígame, milord.

—Cuando has estado con la señorita York... ¿Me ha mencionado en algún momento?
¿Te ha dado la impresión de que estaba molesta conmigo?

—¿Molesta? No, señor, en absoluto.

—Pero no me ha mencionado.

—No, señor, no lo ha hecho.

Gail recibió la información con un cabeceo seco y un gruñido.

—¿Puedo ayudarle en algo más, señor?

—Tengo la impresión de que de algún modo la he ofendido. No era mi intención, puedes imaginarlo, pero dije algo y ella entendió otra cosa y... Ahora temo enfrentarme a su mirada censuradora.

—¿Puedo saber qué le dijo, exactamente?

—Que me gustaría conocerla siendo la hija de un duque en lugar de una criada corriente.
Sí, lo sé, suena horrible.

—Ligeramente humillante, si me permite decirlo, milord, dado que la señorita es justo eso, una criada.

—Me refería a su verdadera personalidad oculta. Verás, estoy convencido de que la Clara que conocemos no es la Clara real.

—¿Cómo podría, señor?

—Ya sé que si le preguntas a Amy jurará que es transparente y sincera como nadie, pero lo cierto es que está sometida, por debajo en el escalafón. Hace lo que su señorita le pide y no puede rebelarse ante la hermana mayor, aunque quisiera. Si fuese una dama de alta cuna, si pudiera expresarse con total libertad, entonces sabríamos en realidad quién es Clara York. Y es un viaje que se me antoja fascinante.

10

Y cuídese

Un total de cuatro días más pernoctó el hijo del duque en Times House y se los pasó prácticamente completos juzgando al ajedrez con Amy, una partida tras otra. Clara lo agradeció, se sentía un poco violenta en su presencia después de lo ocurrido. No debía sulfurarse, ella no era en aquel momento otra cosa más que una criada, molestarse porque alguien la calificara como tal rayaba lo irracional. Pero... tratándose del hijo del duque, a quien por alguna razón estúpida ella sentía necesidad de agradar, todo se embrollaba muchísimo y parecía menos claro.

De manera que prefería mil y una veces permanecer allí, sentada en un butacón, en segundo plano, observando el juego y aprendiendo de sus tretas, sin tener que hablar más de lo preciso.

Y cuando por fin llegó el día de la marcha y tocó despedirse, tras los abrazos a Amy, los saludos de rigor a la mayor de las hermanas y a su señora tía, y de nuevo una segunda tanda de abrazos a Amy, Gail se detuvo frente a Clara un instante.

—Querría disculparme si de algún modo la he ofendido, señorita York. Sepa que jamás fue mi voluntad. ¿Sigue en pie nuestro acuerdo?

Ella asintió imperceptiblemente con la cabeza al tiempo que lo reverenciaba.

—Me alegra mucho saberlo. —Tomó el sombrero que su ayuda de cámara le tendía—. Señorita Times, vuelvo a expresarle mi más sincero agradecimiento por su hospitalidad, han sido unos días deliciosos.

—Por Dios, milord, si apenas ha salido de la casa.

—Precisamente, señorita, es muestra de lo mucho que me divertía aquí, entre ustedes.

La puerta principal de la mansión estaba abierta y su lujosa berlina aparcada delante, con la portezuela abierta. El duquesito dio un par de pasos en dirección a la salida y, atendiendo a la petición de Amy, Clara avanzó también, dispuesta a empujar su silla para que hasta última hora lo acompañara. Sin embargo, no contaba con el pérfido pie de Tiffany, oportunamente atravesado en su camino, que la hizo tropezar y caer de bruces justo sobre las botas del hijo del duque.

Gail se apresuró a prestarle auxilio, recogéndola del suelo. Pepper hizo otro tanto.

—Lo siento, lo siento, cielos, qué torpe soy...

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Se ha hecho daño?

—No, no, gracias, estoy perfectamente.

Aprovechando la maniobra, Gail acercó su boca al cuello de ella, cerca de la oreja.

—No tardará en recibir noticias mías. Entretanto, cuídese.

Cuídese, había dicho. No cuide de Amy, ni de la casa, ni pórtese como corresponde a una dama de compañía. Cuídese. Como si en verdad ella le importara.

Y antes de cumplirse dos semanas, Clara recibió la primera carta del duquesito. Una misiva corta y amable donde volvía a agradecerle su buena disposición a fin de hacer de correo entre él y su querida amiga Amy sin que esta tuviera conocimiento de ello, e insistía en sus disculpas si de algún modo había llegado a ofenderla. Clara apresuró su respuesta alegando que no había nada que perdonar y que podían recomenzar de cero como dos simples conocidos.

Al principio solo hablaban de Amy y del comportamiento de Tiffany para con ella. De los inexistentes planes de tía Cecile con respecto a una futura presentación en sociedad, algo que inquietaba mucho a Clara por si no llegaba a darse, y de las súbitas aspiraciones de la chiquilla

por curarse de su invalidez. Había empezado a espolearla con preguntas acerca de ilustres médicos extranjeros que habían operado paralíticos con un alto índice de éxitos. Clara había investigado en su nombre todo lo posible, dedicando tardes enteras a la biblioteca nacional y a cualquier establecimiento abierto, imponente o minúsculo, que vendiera libros de medicina. Como había rogado otro tanto a Gail, desde sus tierras escocesas, el joven se dedicó a lo mismo, llegando incluso a interrogar a las viejas curanderas de las aldeas más remotas, por si conocieran algún remedio, por peregrino que pudiera parecer, que lograra que Amy anduviera de nuevo.

Todo fue en vano, pero fue una hazaña que los tuvo entretenidos casi un año completo. Y carta a carta, línea a línea, escalón a escalón, Gail y Clara fueron creando un sólido tapiz de confianza mutua que tardaría en romperse. Ya no solo hablaban de Amy y de su enfermedad, hablaban de ellos, de sus aspiraciones en la vida, de cómo entendían las cosas. Gail le narraba historias del campo, de sus animales, y Clara soñaba con vivir algún día en un entorno tan bucólico.

Él lo llamaba rústico. Ella, silvestre y pastoril.

A medida que llegaban las cartas que, cubierta por la complicidad del servicio Clara recibía a escondidas, el temor a una noticia concreta crecía y se disparaba: ¿en algún momento Gail anunciaría su compromiso con alguna señorita de noble cuna? ¿Cómo reaccionaría ella cuando eso sucediera? Porque hacía ya muchos meses que el recibo de sus cartas se había convertido en su razón para vivir. Ya no se engañaba, sería ridículo y ella no era ninguna necia. El hijo del duque significaba tanto en su pobre y rutinaria existencia como una ventana abierta para un encarcelado. A través de sus ojos veía el mundo que quizá no recorrería nunca, mantenía conversaciones con gente interesante que jamás conocería y viajaba a fascinantes lugares remotos ya que, incluso ausentándose de su hogar, el duquesito no interrumpía su correspondencia.

Por primera vez en la vida desde que Amy la consideró su amiga, Clara se sintió importante para alguien más. La siguiente vez fue el día que descubrió su verdadero vínculo con las señoritas Time.

Amy llevaba varias semanas taciturna y hosca, hablaba poco y cuando su tía se dirigía a ella, siempre terminaban discutiendo. Pese a que Clara le ofreció su apoyo animándola a desahogarse, la muchacha no despegó los labios.

Hasta aquella noche. En mitad de la cena donde todo explotó.

—Tía Cecile, ¿puedes aclararnos los motivos de tus mentiras acerca de Clara?

El tono cortante y afilado no era, en absoluto, propio de la dulce Amy. Su ceño estaba fruncido, su gesto crispado y sujetaba los cubiertos como si con ellos quisiera asesinar a alguien. La mujer le devolvió una mirada confusa.

—Me refiero a por qué nunca desvelaste su verdadera historia.

—Querida, no sé de qué me hablas...

—No le hagas caso, tía —irrumpió Tiffany con autoridad— ¿Es que no ves que conforme se acerca el momento de mi presentación se vuelve más intratable e irritable? Está celosa, se la come la envidia, eso es lo que pasa.

—En una dama de buena casa, el respeto a los parientes es un talento primordial —intervino Clara atrevida—. Debería empezar a cuidar lo que dice y el modo en que se dirige a su hermana menor, ahora que va a convertirse en toda una señorita de sociedad.

—Tú calla, recogida, no te metas en lo que no te importa.

Pero Clara ya había aprendido a no morderse la lengua. Y lo hacía sin perder la expresión serena y melosa que la caracterizaba. Ni los hoyuelos de sus mejillas.

—¿Recogida? —repitió Amy con retintín— ¿En serio es una recogida, tía Cecile? ¿Por qué no nos lo aclaras?

En ese momento, Clara entendió que no sabía qué estaba ocurriendo. Y que Tiffany también lo ignoraba. Lo que estaba a punto de discutirse era algo entre la señorita Times y su sobrina menor. Cecile carraspeó nerviosa.

—Sigue comiendo, querida, se nos ha hecho un poco tarde.

—He encontrado la carta.

Cecile Times quedó petrificada, con el tenedor cargado de pescado asado en el aire,

camino de su boca abierta.

—¿Qué carta? —quiso saber Tiffany. Nadie la miró ni satisfizo su curiosidad.

La dueña de la casa y la jovencita se miraban en un evidente y cruento duelo a punto de estallar. Clara desconocía aquel registro tan hostil en Amy.

—Sí, lo confieso. He entrado en tu dormitorio cuando no estabas y lo he revuelto todo. Así que la encontré. Y por supuesto, la leí.

—Amy.

—Dinos, tía Cecile. Dinos de una vez quién es realmente Clara York.

11

Misteriosa

Londres, 1810

—¿No habéis tenido bastante con todas las veces que os he ganado? ¿Aún deseáis más?

La mujer bajo el velo debió sonreír, era evidente que se reía de él. Pero eso a Gail Barton no le importaba demasiado, estaba ante ella, la sultana por fin había accedido a recibirlo. Eso era todo lo que tendría en cuenta.

—Las revanchas necesarias saben a poco y nunca son suficientes.

—Compruebo que sois altamente competitivo, milord.

—Lo tomaré como un halago.

—Sabed que no siempre lo considero como tal.

—Respeto su opinión, sultana. Por fortuna, tengo la mía propia.

La mujer hablaba en susurros roncos bajo el velo tupido. No era un velo de encaje que dejara traslucir sus rasgos, era una seda oscura con dos aberturas para los ojos, sujeta a la cabeza con una diadema de oro y piedras preciosas.

No. Decididamente, la sultana no pasaba penalidades ni miserias. Había errado al

considerarlo.

—¿Otra partida de ajedrez, entonces? —la hostigó acomodándose en su silla, frente a la mesa y frente a ella.

Sin responder, la sultana sirvió dos copas de licor con sus manos enguantadas.

—Hoy os regalaré algo especial, un obsequio mucho más útil que una arrogancia machacada por séptima vez ante una rival a la que no consigue vencer.

—Dispongo de nuevas estrategias —amenazó él.

—Y tendréis ocasión de ponerlas en práctica. Pero será otro día, no hoy.

Sin concederle oportunidad de réplica, la sultana colocó sobre la mesa unas cartas del tarot de anormal tamaño.

—¿Os gustan?

—No creo en ellas, si es lo que me está preguntando.

La sultana barajaba con parsimonia. Gail quedó hipnotizado por la forma en que las cartas resbalaban entre sus largos dedos.

—Tenéis derecho a no creer. Ellas se adentrarán en vuestro ser, queráis o no.

—Aventuro que es usted tan diestra leyendo el porvenir como moviendo fichas en el tablero.

—Aventuráis bien.

—¿Por qué usa ese tratamiento anticuado cuando se dirige a mi persona?

—Me agrada. Sabed que lo reservo en exclusiva para vos.

—Me hace sentir un príncipe, algo que ya no soy.

—Quizá actúe como compensación por un pasado injustamente perdido. —Se quedó observando los extraños dibujos de las cartas—. Tenéis el corazón dentro de un cofre. Un arcón cerrado.

Aquella voz rasposa y suave, narcótica, el volumen bajo. Podría haber pertenecido a cualquiera.

—No pienso cederlo.

—¿A nadie, milord?

—Al menos no a cualquiera.

—¿Habéis buscado lo suficiente?

—Le confirmo que he rastreado medio mundo.

—Eso significa... —Permitió que fuese él quien acabara la frase.

—Que salto de lecho en lecho y de mujer en mujer, eso tan escandaloso que está pensando, es rigurosamente cierto. No soy, lo que se dice, un caballero honorable.

El rostro de la sultana se contrajo con disgusto bajo el velo.

—Aunque tengo mis reglas y las sigo con fervor.

Colocó otra carta bocarriba. La horca.

—Normas... ¿de seducción?

—De protección. No repito más de dos veces con la misma dama, lo que no es difícil porque me aburro enseguida. Y no me acuesto con vírgenes.

—Vaya.

—Atesoran unas expectativas irreales y fantasiosas respecto a lo que deba pasar a continuación, y me temo que jamás sería capaz de colmarlas.

—Al menos sois sincero.

—Nunca he estado con alguien como usted.

Trató de rozarle la mano extendida sobre la mesa. Sin embargo, ella la retiró en cuanto adivinó sus intenciones.

—¿Qué significa «como yo»?

—Misteriosa.

—Os garantizo que así seguirá siendo.

—Deduzco que no tiene una buena opinión de mí, me juzga por lo que le he confesado que hago.

—No tengo por costumbre juzgar a nadie. Vuestras andanzas no me incumben, señor.

—Lo cierto es que se me ha negado la felicidad. Desde que tengo memoria, por una causa

u otra se me ha escurrido entre los dedos igual que si fuera humo. De modo que solo me queda buscar el placer. Y considero que tengo todo el derecho a conseguirlo, no importa el precio. Y cuando el precio no es impedimento...

Tuvo la sensación de que la sultana no lo atendía. Sus ojos clavados en el críptico mensaje de las cartas por cuya interpretación él se resistía a preguntar.

—Hay alguien de vuestro pasado... Puede que volváis a verla.

—¿Eso cree?

—Es probable que existan deudas pendientes. Y toda deuda debe ser saldada.

—Hasta donde me alcanza la memoria, no debo dinero a nadie.

—En ocasiones las deudas se reducen a una mera explicación. Buscad en vuestros rincones, seguro que halláis alguna caja de Pandora abierta de par en par.

Gail se revolvió inquieto en su asiento. Pese a la comodidad de la butaca, al confort de las fastuosas ropas que vestía, de repente había empezado a picarle todo el cuerpo.

La sultana recogió las cartas y las retiró de la vista con la misma calma que las había repartido y leído.

—¿Hemos terminado?

—Por hoy sí, milord.

—¿Una partida, entonces?

—Acabo de confirmaros que hemos terminado.

El caballero no disfracó su contrariedad de nada amable.

—Ha sido desconsideradamente breve. Sepa que he batallado mucho para conseguir esta audiencia, que ha pecado usted de esquivo. Y ahora, tras unos escasos cuarenta minutos, me despacha sin más.

—No discuto vuestro derecho a enfadaros. Es lo que hay. Quizá debierais buscar otro oponente al ajedrez que no sea tan... ¿voluble y caprichosa?

—Dudo que encuentre uno que esté a mi nivel.

—El mundo es extenso, milord, con cientos de miles de almas correteando por ahí. Tened

por seguro que encontraréis alguna.

El atractivo rostro del caballero se cubrió de sombras. Sus iris se volvieron oscuros y sus mullidos labios se apretaron hasta formar una fina línea apretada.

—Hubo una, hace tiempo. Pero se marchó.

12

La carta

Ocho años antes

—¿Quién soy? —balbuceó la dama de compañía, sintiendo que flotaba en una especie de vapor denso.

—¿Que quién es? Todos sabemos quién es, una huérfana entregada al hospicio —graznó Tiffany empezando a hartarse de no saber de qué iba el asunto.

—¿Por qué desde su llegada se le permite acompañarnos a la mesa como una más? —prosiguió Amy ofuscada— ¿Por qué dispone de una habitación casi idéntica a la mía?

La señorita Times hundió la cabeza en su plato y dejó caer el tenedor.

—Está claro el motivo —rugió Tiffany de nuevo—, porque la tía Cecile tiene un corazón bondadoso en exceso.

—No es por eso, ¿verdad que no, tía? Lo hace porque Clara es, en realidad, hija del tercer hermano Times. Es nuestra prima legítima.

Clara estuvo a punto de desmayarse al oír aquello. La dueña de la casa tragó saliva en un sollozo y Tiffany no conseguía cerrar la boca una vez que la hubo abierto.

—Nunca nos habéis hablado demasiado del tío Roger, el primogénito, que se marchó a la India y nunca regresó.

—De eso hace ya muchos años.

—Sin embargo, tenía una hija. Una hija que era para él lo más preciado. Y al viajar te pidió en esa carta que la cuidaras.

La mano de Cecile Times estrujó la servilleta hasta que sus dedos se pusieron blancos.

—Tía, ¿es cierto lo que está contando Amy? —boqueó Tiffany sin resuello—. Dime que desvaría.

—Si hasta te legó gran parte de su fortuna para sufragar los gastos. ¿O fue toda?

—¡Tía Cecile! ¡Dime que no es verdad! ¿Acaso nuestro dinero le pertenece a esa... harapienta recogida?

La mujer tomó aire. La única que no lograba articular palabra era Clara. Cecile no la miró cuando arrancó a hablar.

—Roger era nuestro hermano, un aventurero insensato que se atrevió a poner en un brete el apellido de la familia teniendo una hija fuera del matrimonio. Estaba prometido con la hija de los marqueses de Dover, un enlace de lo más conveniente. Pero no, Roger no podía simplemente limitarse a cumplir con sus obligaciones. Tuvo que dejarse enredar por a saber Dios quién, arruinar su reputación y de paso, la de todos nosotros.

Las asombradas pupilas de Tiffany se desviaron buscando a Clara que había palidecido de forma preocupante.

—La madre de la niña murió al dar a luz y en los meses que siguieron, Roger dio rienda suelta a su melancolía. No comía, no bebía, no se relacionaba con nadie de la familia. Hasta que decidió partir a la India. Bonito modo de huir de sus responsabilidades. ¿Y a quién cargar con ellas? Era evidente, a la pobre desgraciada hermana solterona, la que por lo visto no tenía otra misión en esta vida que cuidar de los hijos de los demás.

—Pero tía... —balbuceó Tiffany atónita.

—Por aquel entonces vuestros padres acababan de fallecer, yo me había hecho cargo de vuestra crianza, sumar una niña más excedía con mucho de mis capacidades, no podía...

—Así que consideraste mucho más apropiado entregarla a un hospicio.

—¡No fue así! —aulló la mujer con amargura—. Clara dispuso de unos criadores de abolengo, un matrimonio íntimo amigo de Roger aceptó criarla y educarla como a una auténtica señorita. Hasta donde sé, tuvo incluso un profesor de esgrima. Y de piano.

Clara asintió lentamente con la cabeza sin atreverse a nada más.

—Ellos no tenían hijos y la habrían tomado formalmente como pupila de no haber perecido a raíz de una terrible gripe que asoló la ciudad donde vivían. Fue entonces y no antes, que Clara llegó al orfanato.

—Tía, es espantoso haberte desentendido de ella de esa forma —le reprochó Amy—. Y cuando tus remordimientos no te dejaban dormir y decidiste rescatarla, ¿la traes a esta casa como criada?

—¡No me culpes! Tenía que pensar primero cómo ponerlos a corriente de todo lo sucedido, no es sencillo enfrentar una historia así, tan cruda, tan espinosa.

—¡Tía! ¡Han pasado más de dos años! ¿No has tenido tiempo para...?

—¡No! —Se puso en pie de un salto y se volvió a sentar—. Y si me preguntas, todavía no es el momento adecuado para sacar a relucir detalles tan dolorosos, ¡no lo es, ni lo será en la vida!

—Prefieres enterrarlo bien profundo, mirar hacia otro lado y hacer como si no hubiese ocurrido. Si no llego a encontrar esa carta, tú jamás...

Tiffany elevó la voz por encima de la de su hermana.

—¡Ya está bien, Amy! No puedes culpar a la tía Cecile, no ha hecho nada malo. Ni le echas en cara los errores de otros. ¿Por qué habría de ocuparse de una cría estúpida a la que ni siquiera conocía?

—¡Porque se lo pidió su hermano! ¡Porque es nuestra prima!

—¡Es una bastarda! No la compares con nosotras, ni siquiera sabemos qué clase de mujerzuela era su madre. El tío Roger no la quería, la prueba la tienes en que no la reclamó jamás.

—¡Estaba muerto! Murió en la India mucho antes de poder regresar a Inglaterra.

—¡Basta!

El vocerío cesó en un instante. La potencia de la orden de Clara, en pie, con las manos apoyadas sobre la mesa y los ojos anegados en lágrimas pasó por el comedor como un auténtico huracán.

—Basta, se lo ruego, no sigan discutiendo. Están hablando de mí. Y lo hacen como si no estuviera presente.

Cecile Times no pudo retener por más tiempo el torrente de emociones que la asfixiaba. Sacó su pañuelo y rompió a llorar con desconsuelo.

—Agradezco tu buen gesto, Amy, sé que todo esto lo has hecho por mi bien, pero no desearía que nada cambiase. Prefiero que las cosas sigan como hasta ahora.

—¿Qué dices?

—Haré como si nada de esto hubiera sido revelado. Créeme, es lo mejor.

—No obstante, eres una Times —se opuso la chiquilla, con mucha más debilidad ahora que el ímpetu anterior había arrasado con toda su energía.

—¡No lo es! —arremetió Tiffany.

—No lo soy —aceptó Clara desolada—. Soy una bastarda pobretona sin herencia.

—¡Nuestra prima! —insistió Amy dolida por el rechazo.

—Por lo que a mí respecta, soy tu dama de compañía, feliz de serlo y espero que tal hecho no varíe. En absoluto. Y ahora, si me disculpan, desearía retirarme.

Con la respiración entrecortada abandonó la mesa. La vista nublada, torpes los pasos. Cuando ya estaba cerca de la puerta, deseando volar escaleras arriba, oyó un hilillo de voz procedente de la señorita Times.

—Lo siento.

Lloró su confusión durante muchas horas y cuando Amy golpeó su puerta pidiendo entrar, le suplicó que la dejara sola. Había sido trágico enterarse de todo aquello de un modo tan

brutal, tan poco caritativo. Pese a sentir herida hasta la última fibra de su ser, resultaba consolador pensar que nadie la había abandonado, únicamente su padre, y solo porque estaba roto de dolor. Las penas de amor le habían desgarrado el alma y hecho perder la razón. Por eso dejó a su hijita al cuidado de alguien en quien confiaba. En cuanto a los «padres» que durante sus primeros años la acogieron, aquellos que recordaba entre neblinas con tanto afecto, tampoco se habían deshecho de ella como de un trasto viejo. Todo había sido una cadena de penosas casualidades y al menos ahora conocía parte de su origen.

El nombre de su padre.

Su apellido.

Era reconfortante. Era algo.

Tenía que contárselo a Gail, enseguida. Tomó papel y pluma sujetando fuerte una mano que temblaba.

13

A mis espaldas

Fue reparador leer las palabras de Gail animándola a recibir de buen grado su nueva identidad. Ese tipo de sucesos eran habituales en las familias nobles, que se veían forzadas a mostrar de continuo una fachada de irreprochable honorabilidad y perfección. Un mundo estrecho donde los errores no estaban permitidos y se tapaban con mentiras y subterfugios. Su última frase, la de despedida, donde aseguraba que habría querido estar allí, en Londres, a su lado para poder abrazarla, fue lo mejor de todo.

Clara la releyó unas treinta veces.

Dudó si esconder la carta junto con las anteriores o si hacerlas desaparecer todas. Tiffany sospechaba algo y husmeaba el aire como un sabueso a la caza cuando la doncella implicada le hacía llegar las notas. La muchacha tenía miedo de que tarde o temprano descubriera que mantenía correspondencia con el hijo del duque y la odiara todavía más. Aunque eso no era lo peor: tampoco se lo había contado a Amy, lo que la hacía sentirse una especie de traidora imperdonable.

A ratos entendía a la tía Cecile. Ella tampoco sabía cómo desvelarle a su amiga algo quizá no tan trascendente, pero que al rodearse de secreto, crecía oscureciéndose con desmesura.

Y como no podía ser de otro modo, Tiffany terminó cazándola.

Si el contenido de aquella carta en concreto no hubiera sido tan terrorífico... De no haber incluido aquellas cosas horribles, de no haber supuesto un final sin esperanzas, Clara no se

habría quedado helada con el papel en las manos, absorta, ciega y sorda a lo que la rodeaba, en especial, a la mayor de las hermanas, que se acercó sigilosa por la espalda y de un tirón, le arrebató su tesoro máspreciado.

Las noticias de Gail.

—¡Devuélveme eso! ¡Es mío! —Braceó en vano. Tiffany era mucho más alta.

—¿Quién te escribe a ti, zarrapastrosa?

—¡No tienes derecho a leerla! ¡Es privada! ¡Es mía!

—¿Qué ocurre aquí?

Amy acababa de llegar, su silla empujada por una de las doncellas y las sorprendió en plena batalla.

—Tu dama de compañía recibe cartas de amor de un caballero. Y estoy decidida a averiguar quién es.

—¡No son cartas de amor! —chilló Clara furiosa.

—¿Te escribes con alguien? —se extrañó la dulce Amy—. ¿Y cómo es que no me lo has contado?

Ahí estaba el reproche que Clara más temía. El haberlo mantenido oculto, escribir acerca de Amy sin que Amy lo supiera. Se le llenó la boca de un sabor amargo.

—Es un simple intercambio de noticias... sin importancia...

No obstante, las ávidas pupilas de Tiffany ya repasaban los renglones, uno tras otro y sus ojos se abrían como platos.

—Pero ¡mira de quién se trata! ¡Si es el duquesito!

—Gail, ¿te escribe?

Clara evitó enfrentar la mirada de su amiga. No quería leer en ella el desengaño, la decepción y la pena. Tiffany prosiguió hurgando con la uña en la herida.

—Lamento tener que decir que son muy malas noticias, hermanita. Su padre se ha arruinado. Lo han perdido todo, absolutamente todo, y se marchan a vivir al continente. —Quedó un instante pensativa—. Lo que son las cosas, ¿cómo puede una familia tan poderosa quedar en

nada de la noche a la mañana? ¿Qué ha podido ocurrir? —De repente una cruel sonrisa iluminó su rostro—. Mira, prima, si como sospecho en verdad lo amas, ahora podéis casaros, los dos sois pobres.

Dejó caer la carta al suelo como quien tira basura y Clara se abalanzó a recuperarla. Tiffany salió del saloncito dejándolas solas. Con la carta pegada al pecho, Clara no podía soportar su vergüenza.

—¿Desde cuándo os escribís?

—No era nada serio, Amy, solo quería saber de ti, de tus proyectos, tu salud y tu vida, yo era simplemente la recadera ya que no se fiaba de tu hermana o de la tía...

—Ya. Pero no me lo dijiste.

—Creí que te disgustaría que hablásemos de ti a tus espaldas.

—Y me disgusta. Es algo que disgustaría a cualquiera.

Clara se precipitó de rodillas al suelo, junto a la silla de su amiga y le tomó con ansiedad las manos entre las suyas.

—A él le importas, le preocupas. Y a mí también. Es lo único que tenemos en común.

—¿Crees que aparte de inválida soy ciega? Os vi, Clara, os vi cuando estuvo en Times House, el modo en que os mirabais, os entendíais sin hablar. Ese tipo de detalles cómplices que una vez tuve con él. Y te lo dije, que nada me haría más feliz que ver juntas a las personas que más quiero ya que a mí se me está vedado. Pese a ello, lo has hecho a mis espaldas, es ruin.

Clara se mordió los labios al tiempo que hundía la cabeza.

—Tienes razón. No quería herirte, no quería que pensaras...

—¿Que Gail te prefiere a ti? Es natural, Clara, mírame, ¿qué caballero en sus cabales se fijaría en alguien como yo?

—¡No digas tonterías! —se revolvió.

—Sea lo que sea, ya ha pasado y no tiene remedio. Lo importante es que se marcha. Y que no volverá.

—¿Eso crees? —murmuró Clara con ojos llorosos.

—Los que se van al continente nunca vuelven. ¡Dottie! —llamó a la doncella que acudió al instante—. Llévame a mi habitación, por favor.

Clara ni siquiera dispuso de fuerzas para oponerse. Se quedó allí, destrozada, sujetando con fuerza la carta, deseando que nadie la hubiera enviado. Le dolía el corazón, como si una roca puntiaguda lo presionara por todas partes, y le costaba respirar, de repente el aire se había hecho espeso, difícil de manejar. Estaba aturdida, tuvo que leer varias veces las mismas frases para entender el mensaje. Un mal negocio, una inversión ruinosa, un par de naufragios, y la fortuna de su familia volatilizada como por encanto los obligaba a partir en busca de nuevas oportunidades.

Lo terrible era que en ningún momento le prometía seguir escribiendo. Gail le había escrito incluso cuando viajaba, pero claro, aquellos eran viajes de placer, muy distintos al que le esperaba ahora. Estaría demasiado roto como para perder el tiempo con ella. Su padre, su familia lo necesitaba, era el heredero, la cabeza de todo cuando faltase el duque. ¿Iban a perder también el título? No podía imaginar lo que suponía todo aquello para alguien acomodado, nacido entre algodones, acostumbrado a un determinado orden de vida que saltaba en pedazos de un día para otro.

Ahora ella ocupaba su lugar, deseando haber estado cerca para reconfortarlo con un abrazo. Pero si le escribía a la dirección de siempre, nadie recibiría su carta, ya no sabía a dónde dirigirlas.

Se le escapó una exclamación desde el fondo de la garganta cuando de pronto fue consciente de lo que aquello implicaba.

A menos que él decidiera contactarla, a menos que la buscara, no volvería a saber de Gail.

Nunca volvería a verlo.

5 años antes

Desde la carta de despedida del duquesito habían transcurrido casi tres años. Más de medio lustro con todo su montón espantoso de meses que se habían alargado tediosos y lentos en el tiempo. La relación entre Clara y Amy no volvió a ser la misma, un frío trozo de hielo se les había cruzado por medio, el gélido distanciamiento de la decepción y la desconfianza. Las cicatrices de lo que ambas entendían como una traición. Pese a todo, cada una de ellas sentía que la otra era lo único auténtico que poseía y, en el fondo, se necesitaban como al aire que se respira. Cualquiera de las dos habría muerto por su prima de ser necesario.

Lazo de parentesco que la tía Cecile omitía y Tiffany se negaba a aceptar.

Así avanzaban las cosas. Sin prisas, sin grandes sobresaltos. Sin cartas llegadas del continente en la bandeja del mayordomo.

Conforme a los planes previos, la hermana mayor fue presentada en sociedad. No obstante sus expectativas, los pretendientes no hicieron cola frente a Times House. Las declaraciones de amor y las propuestas de matrimonio brillaron por su ausencia, y algún que otro apabullante ramo de flores se hizo de rogar. La cuestión no era falta de belleza, de eso a Tiffany le sobraba. Simplemente, aún no había aparecido el aspirante a esposo lo suficientemente ciego de pasión

como para pasar por alto su carácter. Ese agrio resentimiento de la hermosa joven contra el mundo por lo que consideraba le había arrebatado, por condenarla a una existencia sin títulos, ni excesivos oropeles. Por robarle a sus ilustres padres dejando en su lugar la sombra de una tía mediocre que, desde la revelación del parentesco de Clara, se dejó arrastrar por la melancolía y los cargos de conciencia, desmoronándose como arena seca y jamás volvió a sonreír.

Por estas causas, el imparable avance de las temporadas, los años, la soltería, habían ennegrecido aún más el temperamento de Tiffany. Desde luego, con veintitrés años aún estaba en muy buena disposición para contraer un matrimonio ventajoso. Era no haberlo conseguido a la primera intentona lo que la mortificaba.

Tomaban el té las cuatro en el saloncito de la planta baja, cuando un lacayo acudió a notificar la visita de lord Newest. A Clara y a Amy se les iluminaron los ojos. Justo al contrario de lo que sucedió con la mirada de Tiffany, que se volvió oscura.

—¿Otra vez aquí ese hombre?

—¿Lo hago esperar en la biblioteca, señorita? —quiso saber el criado, al margen de las protestas de la mayor de las Times.

Con un rápido vistazo, Amy solicitó el permiso de tía Cecile. La mujer cabeceó con aire desapasionado.

—Sí, Joseph. Condúzcalo a la biblioteca y ofrézcale algo de beber. Dígale que estaré allí enseguida.

—No olvides acompañarla, Clara —musitó Cecile algo ausente—. No es decente que una señorita soltera y un caballero...

—Lo sabemos, tía, lo sabemos —la cortó Tiffany de mal humor—. No es necesario que repita la misma cantinela en cada una de las visitas.

—Es cuestión de tiempo que lord Newest le pida matrimonio a nuestra Amy, ¿a que sí? —canturreó alegremente Clara— ¿Tú también lo crees?

Las mejillas de Amy se pusieron como hogueras. Turbada y tímida, esquivó las interesadas miradas de las tres mujeres.

—No me explico cómo ha podido pasar esto. Solo la vio un rato durante una fiesta. No bailó, apenas hablaron, está en una silla de ruedas... —farfulló Tiffany arrugando la minúscula servilleta, dispuesta a abandonar la reunión.

—El amor es así, vuela solo y decide por sí mismo. Seguro que en cuanto la vio ya no pudo olvidarla —prosiguió Clara feliz como un pajarillo en primavera—. Es un caballero educado y cortés. Culto, distinguido, su conversación es altamente interesante.

—Espero que no acapares su atención con tu incesante parloteo, señorita York, o no quedará nada para mi pobre hermanita.

Lo que soltó desde la puerta fue tan venenoso y con tan mala intención, que Clara se sintió empequeñecer, aplastada por el pie de un gigante. Aunque con los años su temperamento frente a los atropellos de Tiffany se había endurecido, seguía siendo una joven sensible incapaz de una mala acción y el fruto de un cerebro retorcido como el de su prima mayor siempre lograba abrumarla.

Sacudió la cabeza para despejarse de tanta nube tormentosa y empujó la silla de Amy hasta la biblioteca. Lord Newest aguardaba impaciente, de pie junto a una de las estanterías, con un pequeño ramito de flores silvestres entre las manos. Al ver a Amy, sus ojos se encendieron y su sonrisa se desbocó.

—Señorita Times, señorita York.

—Sea bienvenido, milord —saludó Amy recibiendo el presente con sumo agrado.

—Son para usted. Espero que le gusten, no son gran cosa, pero...

—Son maravillosas, milord. Por favor, tome asiento.

Sin despegar los labios, Clara acomodó la silla frente al sofá que correspondía al caballero y se retiró con toda discreción hasta la butaca más alejada de la inmensa sala, con su bastidor y sus hilos. Concentrada en el bordado, invisible como le gustaba ser, tan solo oía el rumor de los susurros y las risas de los enamorados. Inevitablemente, participar como carabina en estos encuentros le traía a la memoria la imagen del duquesito. Su apostura, su ancha y poderosa espalda, sus largas piernas a caballo, su desordenado cabello cobrizo, sus ojos del color

de la hierba junto al río. El modo en que la miraba y se le colaba dentro, acariciando su espíritu.

Su sonrisa inolvidable.

Bien sabía Clara que mientras Amy no se desposara, ella no sería libre para abandonar Times House. En cualquier caso, ¿a qué otro lugar podría ir? No disponía de fortuna para viajar al continente y buscar a Gail, que es lo que habría querido. Tampoco era de recibo que una dama persiguiera a un caballero, se dijo. Al contrario, muy inaceptable.

Las doncellas sirvieron el té y ella les marcó con una indicación muda que dispusieran un servicio individual en una pequeña mesa auxiliar para no importunar a la pareja. Siguió bordando y degustando sorbitos de té en discreto tercer plano hasta que el caballero se decidió a irse.

Besó con suavidad los nudillos de su amada y tras una inclinación de cabeza y una segunda dirigida a Clara, enfiló hacia la puerta. La señorita York regresó al mundo de los vivos atraída por el largo suspiro de Amy.

—¿Lo amas, querida?

—No sabes cuánto.

Clara dejó el bordado sobre el asiento y corrió a acomodarse en el mismo sitio que Newest había dejado libre. Tomó las manos de su prima y las acarició con cariño.

—Me alegro tanto, por ti, por él, por los dos... Adivino que en breve dará un paso importante.

—¿Eso piensas? Creo que es muy pronto todavía, apenas si nos conocemos, han sido unas cuantas visitas y aquel baile donde nos vimos por primera vez.

—Francamente, sucederá. Aunque no tenemos prisa. —Recolocó un largo mechón rubio sobre el hombro de la muchacha—. Y eso es bueno.

—¿El qué? ¿No tener prisa?

—La desesperación es algo que los caballeros son capaces de oler —susurró en tono confidencial. Amy se tapó la boca sonriente con una mano—. Mira si no a Tiffany. Tiene tantas ansias por casarse que los espanta a todos.

—A su edad, ella debería ser ya una dama desposada, con familia y casa propias.

—Debería, pero por algún motivo que tú y yo conocemos, tal desenlace se demora.

—¿Has recibido carta de Gail?

El súbito cambio de rumbo en la charla sorprendió a Clara. Un nudo de pesar tiró de la boca de su estómago y sintió un espantoso vacío interior. Negó con la cabeza sin hablar.

—El duquesito debe de haber rehecho su vida muy lejos de aquí, en algún país bonito del continente, con una dama de cegadora belleza y aguda inteligencia que es lo que él merece, ni más ni menos.

—Eso no lo sabemos —la consoló Amy pensativa—. Me preocupa la situación en la que quedó su familia. No hemos vuelto a saber nada.

—Él lo ha querido así. Podría habernos escrito, nosotras seguimos en la misma dirección, pero no lo ha hecho.

—¿Estás resentida... con él?

—No, ¿por qué iba a estarlo? —respondió Clara demasiado rápido—. Tan solo éramos amigos, si nos escribíamos era por ti, Gail quería asegurarse de que eras feliz, todo iba bien y tu hermana no te hacía la vida del todo imposible. Y ¿a quién preguntar si no a tu dama de compañía?

—No digas bobadas, Clara, estaba interesado, tú lo sabes.

La joven soltó las manos de su prima y jugueteó distraídamente con las borlas de un cojín.

—Estoy convencida de que ves cosas que solo ocurrieron en tu imaginación.

—Puede que pareciera que me lo tomaba mal, pero solo me dolió que no me lo contaras. Jamás pondría cortapisas a una relación romántica entre vosotros dos. Sería..., sería como un sueño para mí.

—Amy —la interrumpió—, Gail abandonó Inglaterra y no hemos vuelto a saber de él. Esa es toda la verdad. Puede que viva al otro lado del océano, el caso es que no parece acordarse de nosotras y eso podría significar que le va bien. Ojalá él y su familia se hayan recuperado de la ruina y algún día...

Dejó la frase en el aire porque le daba miedo exteriorizar sus más íntimos deseos: verlo de nuevo. Reencontrarse ahora que eran un poco mayores, ahora que ella tenía algo más de rango social que antes. Una quimera que sus manos no alcanzarían, con toda seguridad.

—¿Puedo pasar, hermana?

—Claro que sí, Tiffany, pasa y siéntate. ¿Quieres un bombón?

La joven, vestida con un sencillo vestido de algodón azul con bordados, atravesó el gabinete y fue a sentarse frente a la chimenea. Observó sin interés la cajita de chocolates abierta sobre la mesa.

—Es sumamente difícil hablar contigo a solas, siempre tienes detrás a ese perro guardián mirando mal a todo el que se te acerca.

—Ese perro guardián, como tú le llamas, es nuestra querida prima.

—Déjalo en prima a secas. Tengo que hablar contigo, Amy, es muy importante. Y no quiero que haya nadie presente porque es un asunto...

—¿Confidencial?

—Delicado. E incómodo. Verás, se trata de lord Newtest.

Los ojos azules de Amy se abrieron con asombro.

—¿Acerca de Thomas? ¿Incómodo? Tiene... ¿algún problema de salud?

Tiffany jugueteó con una arruga de su falda azul cielo y fingió suspirar con abatimiento.

—Más bien diría de conciencia.

—¿De conciencia? ¿Con respecto a...?

—Con respecto a ti.

La pequeña de las Times pestañeó confusa. Su débil corazón empezaba a acelerarse de un modo peligroso.

—Sé clara, Tiffany, te lo ruego, no te andes con rodeos.

—El otro día coincidimos en una reunión informal en casa del barón Sthendal. Un recital de piano dado por su sobrina nieta que fue de todo menos interesante.

—No me comentó nada.

—Es posible que no advirtiera mi presencia.

—Tampoco tú lo mencionaste en ningún momento.

—Sí, Amy, lo cierto es que lo consideré una ocasión propicia para observar a ese hombre que se presenta como pretendiente, sin que él se supiera observado. El modo como se desenvolvía con otras damas, si era prudente o descarado, si se parecía en algo al caballero comedido que te visita. Y cuando descubrí lo que descubrí... En fin, no sabía cómo contártelo. Por eso no lo referí siquiera.

Amy entornó angustiada los ojos, reteniendo a duras penas las lágrimas. Su instinto le decía que lo que iba a escuchar la heriría en lo más hondo.

—El caso es que sorprendí por casualidad una conversación suya con un amigo al que no conozco, un hombre más o menos de su misma edad al que le decía...

La pausa dramática de Tiffany estuvo a punto de ahogar de congoja a Amy.

—Que se casaría contigo por pura compasión. Y por interés, dada la cuantía de tu dote, algo que al parecer, sus famélicas arcas precisan con urgencia. Pero sobre todo, que le inspirabas lástima, mucha lástima.

—Y... ¿nada de amor? —La voz de Amy se quebró tras cada palabra.

—Esa palabra no salió de su boca en ningún momento. ¿Lo entiendes, querida? Me ofusqué de tal forma al oírlo que no razonaba con claridad. Primero quise enfrentarlo, echarle en cara su desfachatez, su falsedad y sus mentiras. Luego pensé que tú debías saberlo, que tenías derecho a... No podemos permitir que ese petimetre se ría de ti, de la casa Times. Solo busca tu

dinero y lo que exterioriza cada vez que viene a verte no es más que un miserable teatro.

—Pero ¡eso no es cierto! ¡No puede serlo! Tiene sus negocios en el exterior, me ha hablado de ellos. Y aunque estuviera en la miseria, ninguno de los dos aspira a una vida de lujo y boato, lo hemos hablado, queremos vivir en el campo, una existencia sencilla que no exige grandes caudales...

Tiffany cambió a toda velocidad la dirección de su estrategia.

—Entonces, o no dice toda la verdad o solo nos queda que lo mueva la misericordia debido a tu estado. Te haré una pregunta que debes responder con total sinceridad. ¿Tú lo amas, hermana?

—Con todo mi corazón.

—Entonces no deberías ser tan egoísta, vas a atarlo de por vida a una inválida, una mujer que dependerá de él para todo y que será incapaz de darle hijos. ¿Es razonable? ¿Lo consideras justo para un buen hombre de corazón generoso?

Llegados a ese punto, el llanto no permitía que Amy hablara. A las lágrimas se sumaron temblores que segundos más tarde ya eran convulsiones. Tiffany saltó de su asiento y se inclinó sobre su hermana, sujetándola por los brazos para que parara.

—Amy, cálmate. ¡Que te tranquilices, te digo!

—Llama a... llama... llama a Clara.

—Primero tienes que relajarte. Respira hondo.

—Dile... dile que venga.

—No puedo avisarla y que te encuentre en este estado. Pensaré que es culpa mía, como siempre, vendrá el médico y se armará un escándalo.

Amy tragaba saliva a empujones, como si estuviera a punto de ahogarse.

—¿Quieres un vaso de agua? ¿Abro las ventanas?

La muchacha negó trabajosamente con la cabeza y haciendo un esfuerzo sobrehumano consiguió controlar su pulso. Tiffany no se separó de su lado en ningún momento, la sujetaba y la alentaba con voz sedante.

—Así, así, mucho mejor. —Le acarició el cabello— ¿Ves como puedes? Tienes que empezar a comportarte como lo que eres, una mujer de casi veinte años, Amy, ya no eres ninguna niña indefensa.

Gruesas lágrimas caían por sus mejillas, si bien la joven no emitía ningún sonido.

—Quiero que venga Clara —susurró sin fuerzas.

—Ahora después, en un rato. Cuando hayas asimilado las cosas y tomado una decisión. Escucha, hermana, sé que no es sencillo ni agradable. Sin embargo, el amor supone sacrificios. Y si lo amas, si de verdad lo amas, deberías liberarlo de esta terrible carga.

Los ojitos azules de Amy la buscaron sin verla entre la densa cortina del llanto.

—¿Yo soy la carga?

—Es evidente que desposar a alguien en tus condiciones no es plato de gusto para nadie. Y que comprometerá su futuro para siempre. Tendrá que dedicarse a cuidarte, renunciar a ser padre, asumir que en cualquier momento podría convertirse en viudo...

—¡Ya basta, te lo ruego!

—Prueba a ponerte en su lugar. Te llevaré a tu habitación y mandaré que te preparen una infusión para los nervios. Tienes que descansar un poco, te garantizo que después de unas horas lo verás todo desde otro punto de vista más amable.

—Dudo que eso sea posible —balbuceó buscando a tientas el consuelo de su mano.

Tiffany empujó la silla a toda prisa hasta la habitación de su hermana y la ayudó a cambiarse y meterse en la cama, tarea que de costumbre cedía a Clara o a las doncellas. Incluso la arropó y le acarició la frente.

—Voy a buscarte esa infusión. Enseguida estoy de vuelta.

—Busca a Clara.

—La llamaré para que venga, no te preocupes, procura calmarte.

Azuzó a la cocinera para que preparase aquel té a toda velocidad y por un golpe de fortuna, se cruzó con Clara cuando se aproximaba a la puerta del dormitorio de Amy.

—No pensarás entrar, ¿verdad?

—Bueno, sí, llevo mucho tiempo sin verla...

—Está dormida —explicó con premura—. Hemos pasado la tarde juntas, tomando té en el saloncito y estaba agotada, me ha pedido acostarse.

—¿Tú la has acostado?

—Es mi hermana, no sé de qué te extrañas. Incluso le preparé esta infusión de valeriana y lavanda para que descansara mejor, pero me la he encontrado durmiendo. No la despiertes. Le dejaré la taza en la mesita, por si el sueño fuera corto y le apeteciera beberla.

—Pero...

—¿Tan complicado es ceder a lo que te pido? Solo que la dejes reposar un par de horas, antes de la cena, nada más. Está un poco agitada, las emociones del día, supongo.

Clara terminó por encogerse de hombros rindiéndose ante la insistencia de Tiffany que, por primera vez desde que la conocía, parecía verdaderamente preocupada por Amy.

—Llámame si necesita algo.

La joven no respondió. Abrió apenas una rendija en la puerta del dormitorio y desapareció dentro.

—Mira lo que te traigo, está calentita, te sentará de perlas.

—¿Has avisado a Clara?

—Sí, pero está ocupada, de momento no puede venir. No sé qué anda haciendo, parecía un poco misteriosa. Me ha dicho que en cuanto le sea posible pasará a verte. Anda, bébete esto y cálmate.

Se acomodó en el borde de la cama y la ayudó con la taza. Las manos de Amy todavía temblaban con violencia y no cesaba el llanto. Tiffany le secó los ojos con su propio pañuelo.

—Me duele verte así. Se te pasará, las heridas acaban cerrando. Uno cree que el dolor no parará nunca, pero un día te levantas y ya no está.

Amy no respondió. Le fallaban las fuerzas. Todo su cuerpo se rebelaba contra aquella nueva realidad tan dolorosa y horrible, paralizándose. Apenas acertaba a respirar lo justo para no desfallecer. Llenar sus pulmones se le antojaba una labor inalcanzable.

—Duerme un rato. Vendremos a recogerte para la cena.

—Hermana.

Tiffany giró sobre sus talones camino de la salida.

—Dime.

—¿Me juras que todo lo que me has contado es cierto?

—Como que estoy aquí ahora mismo, lo escuché con mis propios oídos y me habría gustado que no fuera así, tienes mi palabra.

Por más que Tiffany espío la marcha de los relojes y la llamada de los criados para la cena, no pudo evitar que la diligente Clara se le adelantase.

Cuando la señorita York entró en el dormitorio de Amy, las cortinas estaban corridas y la oscuridad era absoluta. Caminó a tientas hasta los ventanales sin llegar a tropezar con nada.

—Vamos, dormilona, hay que levantarse. La señora Pomfry te ha preparado alcachofas al limón para la cena y luego podemos jugar una partida de ajedrez si te apetece. Veo que tienes mucho sueño. Yo...

Un grito se congeló en su garganta. La sangre dentro de sus venas. Ante sus ojos, atenuada por las penumbras, la más dantesca escena que su pupila recordaría el resto de su vida: Amy desmadejada sobre la cama, su largo cabello rubio desordenado y salvaje sobre los almohadones, las sábanas blancas empapadas de carmesí. Los ojos desencajados mirando al vacío en una despedida tan inminente como eterna y dos gruesas líneas rojizas en sus muñecas abiertas.

—¡Ayuda, ayuda! ¡Amy, por amor del cielo, dime algo! ¡Auxilio!

La primera que acudió a sus gritos fue la propia Tiffany. Sus ojos de halcón barrieron el espacio en un recorrido analítico que la llevó a reparar en un librito de tapas color camello, tirado en el suelo, manchado de sangre y con las páginas revueltas. Conforme se acercaba a la cama

asumiendo lo que acababa de pasar, lo recogió y a toda prisa, lo escondió en el bolsillo interior de su vestido.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le pasa a mi hermana? ¿Qué le has hecho?

Clara la miró con odio contenido.

—¡Avisa a la tía Cecile! ¡Prudy, Dottie! ¡Un médico! ¡Avisen a un médico, rápido!

Las dos doncellas acudieron, pero no avanzaron más allá de la puerta. Se quedaron petrificadas, muertas de espanto, con las manos cubriendo sus caras y un gemido de terror que no parecía tener fin, entre los dientes.

—¡No os quedéis ahí como dos pasmarotes! —aulló Clara fuera de sí— ¡Necesitamos a un médico!

Las mozas salieron de estampida, aturdidas por lo que acababan de ver.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es toda esta sangre? —gimoteó Tiffany angustiada.

—¿Es que no lo ves? Amy se ha quitado la vida.

Ningún recurso médico pudo retardar el final de Amy. Su precaria salud no soportó la brutal pérdida de sangre y los cielos se la llevaron consigo aquella misma madrugada, antes de que en los campos cantasen los gallos.

La sepultura de la querida muchacha dejó una cicatriz profunda e imborrable, el recuerdo más doloroso que Clara retendría en su memoria de por vida. Pese a su estado catatónico, la señorita Times logró reunir la fortaleza y dignidad mínima requeridas para ordenar los preparativos y trasladar el cuerpo al cementerio de la pequeña parroquia, junto a la antigua mansión familiar, aquella en donde las niñas vivieron cuando eran hijas de un conde y que ahora, al igual que el preciado título, había volado a manos ajenas de las que ningún interés tenían por saber.

Clara desconocía aquellos parajes, sin embargo, al contemplar el majestuoso edificio de piedra, aun a lo lejos, pudo entender siquiera unos segundos, la amargura de una Tiffany que jamás se había resignado con la forzosa bajada de peldaños sociales.

Y pensar que todo aquello correspondía a su padre..., le provocaba vértigo.

Nadie despegó los labios durante el viaje de ida y vuelta, tampoco durante el oficio. Solo lloraban su pena en el discreto y elegante silencio de las familias nobles. Clara arrastró su insoportable dolor incrustado en el pecho, como una piedra que empujaba y empujaba hasta romperla por dentro. Había perdido a su única amiga, a su confidente, su hermana, la persona más dulce y angelical que hubiera pisado la tierra.

«¿Por qué lo hiciste, cariño? ¿Por qué? Eras feliz como nunca, tenías un brillante y amoroso futuro por delante, ¿por qué decidiste marcharte?»

Vueltas y vueltas a unas preguntas que nadie iba a responder, ni siquiera contaba con el

consuelo de Gail al otro lado de una carta que, para sus ansias, siempre llegaba demasiado tarde. Su pasado se había convertido de repente en un borrón difuso y estaba sola. Sus raíces se quebraron, ya no quedaba soporte al que sujetarse.

Y eso que todavía no sabía lo que llegaría a continuación.

El funeral consumió una mañana de lluvia fina, con gotas como pequeños alfileres helados y en el camposanto olía a lilas, melancolía e infinita tristeza. Clara siempre cargó con el remordimiento de que Amy se quedaba allí, junto a sus padres, pero demasiado lejos.

De regreso a Times House, Cecile enfermó de gravedad. Una altísima fiebre a la que los médicos no sabían poner razón ni nombre la postraron en cama durante días y cuando se recuperó mínimamente, dejó de hablar. Se le pasaba el tiempo sentada frente a la ventana mirando al exterior como si esperase, de un momento a otro, ver aparecer a Amy en pie y sonriendo. A menudo, Clara la sorprendía llorando y con un pañuelo secaba sus lágrimas sin atosigarla, sin presionar, sin exigirle contestaciones que Cecile no daría.

«—Qué buen día tenemos hoy, ¿no le parece, tía?»

«—Sospecho que la cocinera piensa sorprendernos con una nueva tarta. Tengo entendido que le ha tomado prestada la receta a la cocinera de los Baldwin, ya sabe, esa con fama de manos de maga. Qué suerte tenemos de que vivan tan cerca y de que nuestra señora Pomfry sea tan avispada».

«—He mandado que cambien las sábanas de su cama, las han perfumado con gotas de lavanda, tía, esta noche descansará mejor que nunca».

Ni una palabra. Ni una mirada o un gesto que diera muestra de que al menos la oía. Cecile Times se iba apagando con el correr de los días como una vela que ha alumbrado demasiado tiempo. Y la impotencia que Clara sintió aquella aciaga noche ante el cuerpo inerte y ensangrentado de Amy solo creció desmesurada hasta desbordarse. No había misión ya en aquella casa para ella. No había espacio ni amor alguno.

Por dicha causa, cuando a la hora del té de un día cualquiera Tiffany la enfrentó con descortesía, Clara logró no mover un solo músculo de su bonita cara.

—Va siendo hora de que te marches —espetó la mayor de las Times, sin dirigirle la mirada, dando un sorbito a su taza de porcelana—. No tiene sentido ser dama de compañía de nadie.

—Lo entiendo.

Los atónitos ojos de Tiffany buscaron a su prima con las cejas arqueadas. La respuesta de Clara había llegado en forma de eco sin que ella apartase su atención de la novela que leía.

—Francamente, no esperaba que lo aceptaras tan de buen grado.

—Podría haber replicado que hace mucho que no estoy aquí en calidad de dama de compañía, sino de pariente.

—Por ejemplo.

—Podría alegar que la tía Cecile necesita más que nunca alguien que la cuide.

—Eso también sería una excusa plausible para castigarnos con tu presencia en esta casa.

—Pero no te lo diré. No diré nada de eso para quedarme por la fuerza donde no me quieren.

—¡Vaya! ¿Puedo decir que estoy sintiendo la tentación de aplaudir tu aguda inteligencia?

—Puedes decir lo que te plazca, Tiffany. A estas alturas no creo que me afecte.

—¿Entonces, prima...? ¿Cuándo?

—Si nada se interpone en tu camino, en una semana estaré lista para decirte adiós, querida Tiffany. Puede que para siempre.

El rostro de la joven se estiró en una tensa sonrisa de satisfacción mientras los finos dedos de Clara se aferraban a las cubiertas de piel del libro en un complicado intento porque no se notase que temblaba. Antes muerta y enterrada que perder la compostura delante de aquella muchacha sin corazón.

Alma de piedra. No la echaría de menos, si bien la mortificaba no saber quién, con excepción del servicio, atendería a la tía Cecile.

—¿Sería mucho preguntar qué piensas hacer con tu vida, señorita York?

—Me extraña que te interese.

—No te emociones, es simple afán de chismorreo.

—Habida cuenta que no dispongo de dote ni fortuna y sí de dos manos y, como tú misma dices, una sagaz inteligencia, aventuro que buscaré un trabajo decente con el que mantenerme.

—¿Institutriz o algo parecido?

—O algo parecido.

—Una advertencia, Clara. Es importante.

—Tú dirás.

—Procura no airear que eres nuestra prima bastarda. Que ciertos detalles llegasen a la opinión pública te dejaría en pésimo lugar y de paso, correrías el peligro de ennegrecer mi futuro como diamante de la temporada.

A Clara le costó un mundo aguantar las carcajadas.

—¿De qué temporada hablas, querida? Consuélate con encontrar marido del modo que sea antes de convertirte en un vejestorio.

Se puso en pie de un salto, abandonó una novela que no le interesaba nada sobre la mesita, y salió del salón dejando a su pariente mascullando tropelías. El pulso acelerado entrecortaba su respiración y el calor acumulado en sus mejillas y cuello, bajo la ropa, era insoportable. Lo cierto era que no tenía la menor idea de lo que sería de ella ni de su destino en el momento en que dejara atrás Times House.

«Gail, ¿dónde estás?»

Cuando Clara dispuso su equipaje, regaló la mayor parte de sus pertenencias a las estupefactas doncellas. No tenía muchas posesiones, pero eran cosas preciosas a las que las muchachas no podrían aspirar por más que ahorrasen.

—Pero señorita... Señorita Clara, esto es demasiado —balbuceaban aturridas por una generosidad a la que las Times no las tenían acostumbradas.

—Así os acordaréis un poco de mí, incluidme cada noche en vuestras oraciones. Y dadme vuestra palabra de que atenderéis a la señorita Cecile como si yo siguiera en la casa.

—Eso no tiene ni que dudarlo, señorita. La atenderemos como si de nuestra propia madre se tratase.

—¿A dónde piensa dirigirse la señorita, si no es indiscreción?

Clara sonrió con tristeza. El escaso color de su rostro, apagado y mate.

—Marcho a un paraje encantador cerca de Bath, a cuidar de un pequeño enfermo. Apenas si se ha levantado del lecho desde que nació. Necesita masajes, buena comida, cuidados especiales y de ser posible, un poco de alegría.

—Pero ¿usted no debería...? Quiero decir, es parte de la familia, le corresponde cierta cantidad de dinero, parte de esta mansión...

La doncella calló bruscamente cuando su compañera le arreó un soberano codazo en las costillas.

—¡No te metas en las cosas de los señores, enredadora! —cuchicheó.

—¡Es que no me parece justo que la dejen ir con los bolsillos vacíos! —protestó con afán la moza.

—No pasa nada, imaginé que no serviría de mucho mantenerlo en secreto, el servicio siempre acaba enterándose de todo —las calmó Clara enternecida—. Prefiero irme del mismo modo en que llegué, no quiero deudas con las Times.

A la doncella más joven se le humedecieron los ojos.

—Ay, señorita, es usted un alma del cielo, ¿cómo se puede ser tan buena?

Clara levantó una mano y acarició con suavidad el pelo de la compungida Dottie. Trabajar en aquella casa bajo la consideración de dama de compañía durante tanto tiempo la colocó, por decisión propia, al mismo nivel del resto de los sirvientes. Había comido y reído con ellos, había celebrado sus cumpleaños y los acompañó en sus duelos. Los empleados domésticos formaban una pequeña familia y aunque ella estuviese por encima en categoría incluso antes de descubrir quién era en realidad, Clara había elegido formar parte de esa piña reconfortadora para

no sentirse tan sola.

—Solo ocupaos de que a la tía Cecile no le falte de nada. Os escribiré y cuando tengáis mis señas, debéis mandarme noticias de la casa.

—Sobre todo si por fin la señorita Tiffany consiguiera cazar a algún incauto...

—¡Dottie!

No pudieron evitar reírse. Aquella chiquilla llena de vida y ocurrencias había sido un bálsamo para sus penas en muchas ocasiones. Con franqueza, la echaría de menos.

Clara se incorporó lanzando un vistazo evaluador al escaso equipaje.

—Bueno, creo que está todo listo. Ya me despedí de la tía Cecile esta mañana, no quiero abrumarla con más visitas.

—Llamaré a los lacayos para que bajen los baúles, señorita.

Conforme abandonaban el dormitorio, en la puerta se cruzaron con una estirada Tiffany con las manos entrelazadas, visiblemente tensa. Las doncellas se inclinaron en una reverencia y desaparecieron a toda prisa.

—¿Ya te vas?

—Llegó el momento. Puedes respirar a gusto.

—Sabes que Amy habría querido que tuvieras una vida propia —musitó atragantada tras una larga pausa.

—Es posible. Sin embargo, a mí no me habría importado renunciar a ella con tal de conservarla a mi lado. Cuídate mucho, Tiffany, que seas feliz y el destino te conceda todo aquello a lo que aspiras.

—Te agradezco los buenos deseos. Tú también...

—Y no te olvides de la señorita Times. Necesita paciencia y compañía.

—Bueno, para eso ya están las doncellas. Yo me casaré pronto, recuérdalo.

Londres, 1810

La distinguió a lo lejos y ya no pudo pensar en nada más.

Verla y reconocerla tras convencerse a sí mismo de que no era un delirio, fue como recibir un cañonazo en mitad del esternón. Una sacudida devastadora que lo dejó sin habla.

En un momento en que la música de la espléndida orquesta lo envolvía como un abrazo, el perfume de las damas lo empujaba a pensar que caminaba a través de un jardín florido, los susurros de las conversaciones a media voz, moduladas, alegres, canturreaban y el brillo de los candelabros resplandecía cegador, todo quedó reducido a una mancha difusa cuando divisó al fondo del salón la conocida silueta de Clara York.

No había cambiado demasiado. Lo bastante como para convertirse en una jovencita deliciosa a la que, sin duda, elegiría seducir. Gail Barton percibió el golpeteo acelerado de su corazón contra las costillas. Recordaba aquella vez, cerca de Bath, en un mercado, donde le pareció verla. Quiso llamar su atención, aunque las letras de su nombre se le engancharon en la punta de la lengua y se negaron a salir. Resultaba en exceso vergonzoso saludarla estando tan reciente el fallecimiento de la pobre Amy, no habiendo hecho él grandes esfuerzos para localizarla.

Una carta. Tan solo una carta en todo aquel tiempo. Se había portado con ella de un modo

abhorrecible. De saber que iba a echarla tantísimo de menos, que el lugar que a través de su alma desnuda en escritos, Clara se había procurado en su ser no desaparecería con el paso de los años, habría movido montañas con tal de encontrarla.

De modo que, empujado por el arrepentimiento, la dejó ir. Entre la gente, con su ramillete de flores moradas sobre los brazos y su angelical sonrisa como una rosa en los labios. ¿Qué hacía allí tan lejos de Londres? ¿Se habría casado? Seguramente, era demasiado bonita para no haberlo hecho. ¿Tendría familia? Gail pensó en esos pequeños que podrían parecerse a él, con pelo rojo, hoyuelos en las mejillas y toscas maneras del norte. No una vez ni dos, muchas más, había fantaseado con la posibilidad de convertir a Clara York en su esposa. La mujer que con sus cartas se le había metido dentro hasta la fibra. No obstante, nadie aceptaría un esposo que se ha olvidado de ti durante siete años.

Vagabundó por la sala con aire ausente, sin perderla de vista, batallando consigo mismo, lidiando con decidir si también en aquella ocasión sería el hombre cobarde que se esconde, o el valeroso capaz de dar un paso adelante.

Y entonces sucedió.

Seguramente no fue voluntad de ninguno de los dos, pero sus pupilas se encontraron en la distancia, por entre el mar de cabezas. Y soltaron un destello. Comprobó que Clara se había petrificado con una copa en la mano, incapaz de mover un solo músculo, de manera que aspiró hondo, llenó de aire sus pulmones y ordenó a sus pies y a sus botas que caminaran. Al obedecer, se cobraron el precio de un esfuerzo sobrehumano.

Se plantó delante de ella y durante muchos segundos se limitaron a mirarse, sin poder hablar, embargados por una emoción a la que no sabían poner nombre.

—Señorita York, qué feliz casualidad reencontrarla después de tanto tiempo.

«¡Y qué energía descomunal invierto en que la voz no me tire!»

Ella levantó con elegancia una mano vestida con guante largo de seda. Gail la tomó con la punta de los dedos y le besó los nudillos un segundo más de lo conveniente.

—Mi estimado señor Barton. Veo que ha regresado a Londres tras surcar mares y

océanos. Apuesto a que tiene mil y una historias fascinantes con la que entretener a la audiencia más exigente.

—Es probable, si bien no creo que sea el motivo de que me hayan invitado a esta fiesta —repuso con un guiño cómplice.

Ella rio como solía hacer y de repente todo se volvió naturalidad. Parecía que los años no habían transcurrido, que no había rencores ni cicatrices, ni esperas infinitas. Que uno no había defraudado al otro, que eran los mismos jovencitos que se conocieron en Times House a través de una hermosa llave común: Amy.

Fundamentalmente porque la risa de Clara era especial, balsámica, única.

—Le escribí en cuanto tuve noticia acerca del terrible infortunio de Amy —explicó Gail algo más sereno—. Lamentablemente no me era posible viajar. Pero usted ya no se encontraba en la casa. Tiffany me respondió informándome de que se había marchado para vivir una existencia nueva en libertad.

«Así que Tiffany conocía el paradero de Gail Barton y jamás de los jamases lo había mencionado. Sucia perra envidiosa».

—No me quedaba mucho por hacer en aquella casa tras desaparecer mi angelito. Cada rincón de cada cuarto, cada mueble, el color de la luz que se colaba por los ventanales, todo era un doloroso recuerdo de nuestras vivencias comunes. La tía Cecile apenas si me reconocía, en cuanto a Tiffany...

No siguió hablando por temor a decir algo de lo que más tarde tuviera que arrepentirse. Ignoraba si en aquel intervalo el hijo del duque escocés había fraguado algún tipo de relación amistosa con su prima mayor.

—Está usted tan bonita como la recuerdo. Más aún. Quizá mi memoria conserva una imagen algo más sonriente. En realidad, señorita York —inclinó la cabeza—, la recuerdo sonriendo todo el tiempo. ¿O debería decir señorita Times?

Clara se agitó con escándalo.

—No, cielos, no, señor Barton, nunca fui oficialmente una Times. Soy feliz bajo el

nombre de York, no tiene de qué preocuparse.

—¿No se ha casado?

Clara pestañeó sorprendida por lo directo de la pregunta.

—La verdad es que no. ¿Debería?

Ahora fue el pulso de Gail el que se desbocó como un caballo en estampida.

—Asistiendo a estas reuniones y teniendo en cuenta que reluce como el sol entre todas estas damas, entiendo que no le sería difícil encontrar un marido próspero e interesante.

—Bueno, señor Barton, no pertenezco a la alta sociedad, este tipo de fiestas no son eventos a los que suelen invitarme —mintió.

Él arqueó las cejas en un ademán interrogativo. ¿Qué hacía allí, entonces?

—Oh, a veces, mi querida prima mueve sus hilos y utiliza su influencia de dama bien relacionada para degradarme recordándome lo humilde de mi posición. Y yo acepto con tal de verla rabiar.

—No diga eso, Tiffany no es así, es su prima y le tiene aprecio.

«¿Cómo podía ser tan ingenuo? O tan ciego» se preguntó Clara perpleja. «¿Qué clase de Tiffany guardaba Barton en la memoria?»

—Seguramente, será que está mucho más centrada en la tarea de encontrar marido que en entablar relaciones familiares con una pariente que ha vivido lejos varios años.

—Entonces, ¿ha vuelto a Londres?

—Así es. ¿Recuerda cuando le hablé de la familia que me acogió a la muerte de mi padre? —Gail asintió interesado—. No tenían hijos y al parecer, me legaron toda su fortuna. El caso es que alguien del servicio, jamás se supo quién, fue el encargado de dejarme en el orfanato cuando la mansión se cerró y los abogados de la familia pasaron siglos tratando de localizarme.

—Suen a historia novelesca de esas que tanto gustaba de contar.

Un remolino de suaves plumas ascendió desde el estómago de Clara hacia su pecho. Que Gail recordara ese tipo de detalles la conmovía.

—Finalmente todo encajó y aquí me tiene, señor Barton, no es que sea una dama en

extremo adinerada, pero la renta de mi capital me permite vivir con holgura, decencia y dignidad. Y, sobre todo, ser libre en mis decisiones respecto a si deseo o no un matrimonio.

Para desventura de Gail, su tono se había endurecido de modo considerable al llegar a aquella última frase.

—¿Y lo desea? ¿Quiere casarse?

La joven se encogió graciosamente de hombros.

—Supongo que todavía no ha llegado el caballero adecuado.

—Yo aún sigo soltero... —dejó caer insinuante.

Ella le dirigió una mirada pícara que le recordó con viveza a la Clara de apenas quince años.

—¿Es una proposición, señor Barton?

—Es una consideración a tener en cuenta.

«Vaya, vaya, vaya» suspiró Clara. «Esto se está poniendo de lo más candente».

«Qué enorme alivio haberme desprendido de miedos y temores. Vuelvo a ser capaz de dirigirme a ella sin trabas» caviló él.

Iba a ofrecerse a traerle una copa y, quién sabe, quizá salir juntos a dar una vuelta por los jardines, cuando Tiffany Times los abordó por el costado. Ataviada con el traje más recargado y caro de la fiesta y un tocado de plumas de avestruz que le impedía acercarse demasiado a ningún ser viviente sin dejarlo tuerto.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí! ¡Si es nuestro querido duque de Montrose, nuestro amigo de la infancia!

—Señorita Times, como ya debe saber, en la actualidad carezco de título —la informó paciente mientras hacía amago de besarle la mano.

—Bobadas. La corona no se lo ha entregado a nadie más y ahora dispone usted de fortuna suficiente como para recuperarlo. ¿Por qué no lo hace?

—Tiene mi palabra de que lo pensaré con detenimiento.

—Sería espantoso ver sus propiedades en manos ajenas. Hoy día cualquiera puede tener

un golpe de suerte inesperado y llegar a rico de la noche a la mañana. Es ofensivo.

—¿Por qué será que me miras a mí, querida prima? —intervino Clara divertida.

Tiffany no se tomó la molestia de responder a su pregunta.

—No sabe cuánto me alegra volver a verlo. Tengo mucho que contarle. ¿Sería tan amable de traerme una copa de ponche? Estoy sofocada, en los salones de baile siempre hace demasiado calor. ¿Un paseo por los jardines?

19

Desde cero

La impostada jovialidad de Tiffany Times cortó de cuajo el intento de acercamiento de Gail a Clara. Tras su irrupción se había dedicado a acapararlo haciendo uso de todos los ardides y mecanismos posibles derivados de la cortesía y la buena educación. Ella y todas sus intenciones absurdas de llamar la atención terminaron aburriendo a la señorita York, que pidió disculpas y desapareció de su vista.

Fue como si le clavasen un puñal en mitad del pecho. Estuvo distraído el resto de la velada hasta que pudo esfumarse alegando mil compromisos para no resultar excesivamente grosero, y aquella noche no concilió el sueño. Acabó viendo amanecer en la biblioteca, sentado frente al ventanal con una copa de buen whisky de la tierra en la mano, sus largas piernas estiradas, cruzadas a la altura de los tobillos.

Así lo sorprendió Pepper, ataviado con su mandil de trabajo, medio loco buscando sus botas para enlucirlas.

—¡Todavía las lleva puestas, señor! —observó con desconcierto— ¿Ha pasado aquí la noche?

—Llegué tarde —Gail restó importancia al asunto.

—Tiene mala cara. Ojeras. Necesita hidratarse...

—Ya basta, Pepper, no empieces con tus interminables retahílas de cuidados, te lo ruego.

El lacayo se agachó y acometió la tarea de librarlo del calzado.

—Le duele la cabeza.

No era una pregunta, sino una afirmación. Barton no encontró motivos para llevarle la contraria y soltó un gruñido con el que al mismo tiempo pedía disculpas por su tosquedad.

—¿Se entrevistó con la señorita York?

En ese punto drástico, Gail sufrió un sobresalto y el vaso estuvo a punto de resbalar hasta el suelo.

—¿Cómo sabes que estuvo en la fiesta?

—La vi salir corriendo a la calle, señor. Al parecer, el carruaje que la esperaba era el que teníamos aparcado justo delante.

Gail Barton lo repasó con ansiedad extrema.

—Por casualidad no sabrás a dónde se dirigía, ¿verdad que no?

Pepper sacó la bota derecha de un tirón final.

—Por desgracia, no puedo ayudarle con eso, señor, permanecí en mi puesto sin ausentarme, como se espera de un buen lacayo. Pero parte de la noche estuve departiendo amigablemente con su cochero y, de coincidir en la taberna donde muchos de nosotros solemos reunirnos, creo que lo reconocería sin ninguna dificultad.

Los ojos verdes del escocés se llenaron de esperanza.

—¿Me harías ese favor?

Pepper se puso en pie de un ágil salto, con ambas botas sujetas como un auténtico trofeo.

—Por descontado, señor. Concédame un par de días.

—Pepper.

El lacayo se giró desde la puerta por la que ya se disponía a salir.

—Dígame, señor.

—Respóndeme a esto: ¿tan a fondo me conoces o tan transparente soy?

El joven sonrió de medio lado.

—Bueno, lo conozco con bastante profundidad, no en vano llevamos juntos toda la vida.

Pero si quiere saber y me permite señalarlo, en lo que respecta a la señorita York, sí, es usted endiabladamente transparente.

Gail cabeceó abrumado.

—Me consta el aprecio que le tiene, señor, por eso siempre me pregunté por qué no la ha buscado en todos estos años.

Día y medio más tarde, Pepper era tan sagaz como eficiente, Gail Barton se estiraba los bajos del chaleco frente a la puerta de la casa de la señorita York. Después de trasnochar por culpa de unos ridículos nervios y de desechar hasta cinco ramos de flores por no considerarlos convenientes, o discretos, o elegantes, optó por un ramillete silvestre, fresco y desenfadado como la misma Clara. Golpeó la aldaba de la puerta y entregó su tarjeta de visita al mayordomo que lo recibió. A continuación, fue conducido a un delicioso saloncito de visitas situado a la derecha del recibidor, aunque la inquietud no le permitió tomar asiento.

La decoración de la casa tenía un toque juvenil en colores claros, luminosos, poco habituales en aquellos solemnes edificios. Seguramente se trataba de la propiedad heredada de la familia que la tuteló en su día. Una doncella hizo su aparición para ofrecerle una taza de té que aceptó por mera cortesía, sin interés alguno.

Solo cuando Clara, ataviada con un informal vestido de día en tonos rosa y vainilla, entró en el saloncito con expresión sorprendida, rodeada por lo que a Gail le pareció un halo de radiante santidad, pudo soltar el aire que retenía en los pulmones.

—Señor Barton, ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo es que ha encontrado mi casa?

En lugar de responder, el escocés le alargó el ramillete. Ella lo aceptó algo confusa.

—Un hombre de las tierras del norte siempre encuentra lo que busca si lo mueve el anhelo.

—¿Quiere sentarse? ¿Le han ofrecido ya algo de beber?

—Creo que me han ofrecido té —admitió tomando asiento.

—Cree —se burló Clara adivinando su desazón.

En ese momento entraron dos doncellas con las bandejas del servicio. Colocaron todo en la mesita frente a ellos, se hicieron cargo de las flores y desaparecieron dejando la puerta abierta.

—Clara, yo...

—Bébase esto caliente —lo interrumpió ella tendiéndole una taza—, le sentará muy bien y templará sus ánimos.

—Clara, la otra noche apenas si pudimos conversar, tenía tanto que decirle, pero encontrarla fue tan inesperado, y toda aquella gente alrededor, y las exigentes demandas de su prima Tiffany, yo...

Clara observó cómo la taza con su platillo desaparecía entre los grandes dedos de Gail. Parecía un adulto sosteniendo un juguete infantil.

—Llevamos demasiado tiempo sin saber el uno del otro —replicó calmada—, casi toda una vida. ¿Qué desea decirme con tanto afán?

—Yo, mi silencio de todos estos años... Clara, tengo mucho por lo que pedir disculpas.

—Ciertamente, no estoy conforme.

—Puede o no estarlo, es decisión suya. No obstante, tengo una conciencia que me dicta lo que debo o no permitir en mi conducta. Cuando todo aquello sucedió y la desgracia se cebó en mi familia, creo que no supe concentrarme en otra cosa que no fuera la supervivencia. Mi madre enfermó tras el disgusto, mi padre no disponía de fondos para participar en los negocios que le proponían, la familia tuvo que hospedarse durante largo tiempo en una diminuta casita en el campo...

—Algo a lo que sin duda no estaban acostumbrados.

—No mi madre, ni mis hermanas. Todo fue demasiado duro y horrible para ellas. Permití que el infortunio me bloqueara. Debí escribirle, debí tenerla al tanto de cada hogar en el que íbamos asentándonos, que fueron varios. Debí contar con sus buenos consejos y su encantadora manera de dar ánimos. Sus letras me reconfortaban, Clara. Pero estuve tan perdido que ni

siquiera por algo que me hacía tanto bien supe luchar.

Clara se mordió los labios emocionada. No esperaba que de buenas a primeras el escocés abriera su alma de aquel modo tan sincero.

—Lo eché de menos —confesó con un hilo de voz—. Su amistad en la distancia me hizo falta muchas veces.

—Dejé de escribir y de mandar cartas, pero no dejé de recordarla.

—Ocho años, señor Barton, casi ocho años sin saber si estaba vivo o muerto. Es cruel.

—Cuando la pobre Amy nos abandonó... Todavía lo pienso y no soy capaz de creerlo. Aquellos días que pasé en Times House, cuando nos conocimos, usted fue mi soplo de aire fresco. Tenía tantas ganas de reunirme con mi amiga y, sin embargo, cuando llegué descubrí que ya no sabía cómo comunicarme con ella, que dejamos de ser esos críos que jugaban juntos todo el rato y se entendían con solo mirarse. Me temo que a nuestras edades solo nos quedaba el ajedrez y el inmenso cariño que nos profesábamos. A cambio de tamaña decepción, la suerte la trajo a usted de la mano.

Clara se removi6 inquieta en su asiento. Aquello estaba llegando demasiado lejos, el ambiente se tornaba íntimo en exceso, los sentimientos tanto tiempo reprimidos se abrían paso a codazos y aquello por lo que debía velar corría serio peligro. Si Gail Barton le pedía la virtud, ella se la concedería allí mismo, sobre la alfombra, sin dudar un instante.

Y por descontado, una indecencia de esa categoría no se podía permitir.

—Señor Barton, soy una mujer soltera que vive sola. Entienda que no puede presentarse aquí y visitarme sin compañía, no puede.

Él parpadeó confundido por el súbito giro en la charla.

—Compromete mi reputación.

—¿Y si fuese... su pretendiente? ¿Su prometido?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Acaso quiere serlo?

—Clara, yo...

La muchacha abandonó la butaca que ocupaba y se alejó unos pasos. Por desgracia, conocía bien el talante y la fama del «hijo del duque»: despreocupado en exceso, libertino, jugador, un tanto degenerado. Aunque sus dulces ojos verdes le recordaran al niño que fue, había ciertas cosas del presente que suponían obstáculos insalvables.

Pese a ello, por encima de todas las barreras que pudieran surgir, de las trabas que ella misma se había autoimpuesto, lo que no podía remediar era que el corazón se le esponjara al mirarlo. Que el calor en su piel y en su sangre se disparase hasta aturdirlo.

—Tiene que marcharse, Gail. Si por algún medio o desventurada casualidad Tiffany se entera de que ha puesto un pie en esta casa, se encargará de destrozarme y entonces..., entonces tendré que esconderme bajo el suelo.

El hombre se puso en pie, inmenso como era, y proyectó su sombra hacia Clara hasta envolverla como un abrazo.

—¿Podemos vernos mañana? ¿En algún sitio que se considere decoroso?

—¿Por qué ese empeño?

—¿Querer pasar tiempo con una vieja amiga es un empeño fútil? Clara, tengo cosas importantes de las que hablarle. Y perdone si le parezco algo perdido, me temo que he pasado demasiado tiempo en el extranjero. No sé cómo abordarlas.

Ella se dio por vencida, aunque algo le decía que su corazón hacía rato que se había rendido, encantado y feliz por su insistencia.

—Mañana, a eso de las once, daré un largo paseo por Hyde Park. Queda advertido.

20

Un planteamiento disparatado

Gail Barton se hizo el contradicho de una manera encantadoramente torpe. Tanto que hasta Dottie, la doncella que acompañaba a Clara contuvo la risa con un discreto gesto de mano sobre la boca. El escocés inclinó la cabeza al tiempo que se tocaba el ala del sombrero y sin más preámbulos, se sumó al paseo.

—Sospecho que ha sido usted demasiado directo, señor Barton —cuchicheó la joven York divertida, echando una ojeada alrededor.

—Detesto perder el tiempo —farfulló él mientras pensaba otra cosa bien distinta.

¿Y qué pensaba? Pues le ponía nombre a la voz de Clara. Siempre, desde que la conoció, había tenido la impresión de que era una voz peculiar, burbujeante, limpia, envolvente y dulce a la vez que poderosa. Si las estrellas hablaran, tendrían una voz como la de ella. Estaba convencido.

—Bien, ¿y qué es eso tan urgente de lo que precisa hablarme?

—Le va a sonar extraño...

—Créame, señor Barton, a estas alturas de mi vida me sorprenden pocas cosas.

—Se expresa usted como una mujer experimentada, curtida por los avatares del destino.

—Podría decirse que soy algo así.

—¿A dónde fue tras dejar Times House?

Por un breve instante, Clara se preguntó si no sería adecuado sacarlo de su error aclarándole que no abandonó la casa familiar por decisión propia, sino que Tiffany la echó sin contemplaciones a la calle y fue su orgullo el que le impidió aferrarse a una propiedad de la que legalmente, era en parte dueña. Sin embargo, la decisión final fue una enorme negativa. Mejor no implicar al escocés en reyertas familiares que no dejaban en buen lugar a nadie. Bastante tenía con haberle hecho partícipe de su verdadero origen y su parentesco con las hermanas Time.

—Se me daba bastante bien la tarea de cuidar y acompañar niños enfermos, me hacía sentir útil, ridículamente imprescindible. Así que me dediqué en cuerpo y alma a un chiquillo de buena familia en un idílico pueblito cerca de Bath.

—Radicalmente distinto de Londres con su bullicio, supongo.

—Todo paz y concordia, si quiere saberlo.

—Y, ¿nada más?

Clara esquivó su suspicaz mirada.

—Fui feliz allí, me gusta la vida tranquila, no puede culparme por eso.

—Entonces me cuesta deducir de dónde procede su resistencia al asombro.

—No sea persistente, señor Barton, cada humano madura a su modo. ¿Quiere hacer el favor de soltar de una vez esa cuestión que parece quemarle en la lengua?

Gail suspiró lento y profundo. Y siguiendo las instrucciones de Clara, lanzó la pregunta como un cañonazo.

—Amy..., ¿está realmente muerta?

Si bien había jurado que no se extrañaría, lo cierto es que al oír aquello, los pies de Clara dejaron de moverse y su doncella, que caminaba un par de metros a su espalda estuvo a punto de atropellarla.

—¿Cómo dice?

—Que si nuestra querida común amiga murió o hay alguna posibilidad, por ínfima que esta sea, de que sobreviviera.

—¡Estuve presente en el funeral!

—Pero no sabe si el ataúd estaba ocupado.

Los ojos de Clara se desorbitaron de terror.

—Señor Barton, ¿está usted hablando en serio? Porque como broma, supone un extremado mal gusto.

—No es ninguna broma.

—Convendrá conmigo en que al menos es un tema de conversación disparatado a más no poder.

—¿A quién si no a usted puedo transmitirle mis sospechas? Usted y yo teníamos en común a Amy, nuestro cariño y preocupación por ella. La primera explicación que obtuve fue que se la había llevado un mal resfriado. Poco a poco, hurgando a través de los criados, logré enterarme de la espantosa verdad.

Su voz, ronca y áspera, se había oscurecido mucho más conforme acababa.

—¿Y si de algún modo lograron curar sus heridas? ¿Y si la trasladaron, suponga, a una casa de reposo de la que nada sabemos y hoy sigue viva? —agregó súbitamente enérgico.

—¿Quién se supone que la trasladaría? ¿Mi tía Cecile que ha perdido la razón y no habla, ni siente, ni padece? ¿Mi prima Tiffany, que no piensa más que en sí misma? ¿El mayordomo de Times House? Nadie, ¿me oye? nadie se ausentó de la casa durante aquellos días. Además, ¡qué absurdo! ¿Por qué fingir una muerte? ¿Con qué objeto?

Gail se mesó con ansiedad el abundante cabello cobrizo.

—No lo sé, no lo sé. Pudo hacerlo alguien vinculado a la casa que no fuera parte del servicio.

—Qué extravagante teoría, señor.

—Tengo esa idea metida aquí —se señaló la frente— de una forma obsesiva, es como una voz de alerta que me grita desde dentro, un aviso.

Clara retomó el paseo notando que sus rodillas temblaban.

—Pues debería buscar el modo de sacar ese despropósito de su mente. Puedo asegurarle que, por desgracia, no tiene ni pies ni cabeza.

—No crea que no me lo repito de forma continua. Pero hay pensamientos con vida propia, señorita York, a los que no podemos dominar.

—¿Qué le ha hecho concebir una esperanza como esa?

—Esperanza. Qué bien acaba de definirlo. Quizá sea eso, tan solo eso, una esperanza irracional que mejor haría en desterrar.

—Entiendo que el afecto que siempre ha sentido por Amy lo empuje a forjar falsas ilusiones. Sería tan bonito imaginar que ella aún vive.

—¿Y si de repente conociera usted a alguien...? —Negó con una sacudida de cabeza y su pelo rojo bailó con él—. Bueno, dejémoslo, seguramente tenga razón y la mía sea una ofuscación digna de un demente.

Clara estuvo tentada de preguntar, pero no lo hizo. La sola sombra de lo que Barton aventuraba le provocaba escalofríos que bajaban por su espalda y la sacudían de pies a cabeza. Él debió notar su malestar.

—Lo siento, creo que la he hecho pasar un mal rato.

—No se lo negaré. Tengo hasta el estómago revuelto.

—¿Quiere que paremos en alguna parte y tomemos un té?

—Se lo agradecería, pero quizá sea exhibirnos en exceso.

—Para un primer día —remató él con intención.

—¿Es que piensa insistir en sus invitaciones? Ya me ha zarandeado con su peregrina historia, no creo que quede pendiente nada más.

—Oh, sí queda, Clara, quedan muchas cosas. Queda usted y quedo yo.

—¿Eso qué significa?

—Que, aunque suene a frase de petimetre, la he echado de menos de un modo terrible todos estos años y estoy dispuesto a poner remedio. Ilumíneme, ¿cómo se cura un mal de esa naturaleza?

Clara esbozó una sonrisa de complacencia. Todo el vello de su cuerpo acababa de erizarse bajo la seda de sus ropas.

—Supongo que viéndonos más a menudo.

—Eso suena endemoniadamente bien.

—¡Señor Barton! ¡Cuide ese lenguaje!

—Soy escocés, estoy convencido de que sabrá tenerlo en cuenta.

—Hombre del norte, pero no necesariamente rudo.

—En el norte, o eres rudo o no sobrevives.

—Y ahora cuénteme, llegó su turno. ¿A dónde se marcharon usted y su familia al abandonar Inglaterra?

Clara acababa de soslayar con elegante delicadeza sus avances. Se sentía atraída, era cierto. Podía hasta soñar con un idilio entre ambos. Sin embargo, ahí quedaría todo. No iba a alimentar sus expectativas. No por el momento, hasta que tuviera despejadas algunas incógnitas. Ajeno a su torbellino de emociones, Gail se embarcó en su apasionada narración, sintiéndose, al caminar por aquellos hermosos parajes con la mujer que le había robado los sueños, el hombre más feliz de la tierra.

Ninguno de los dos se percató del par de ojos malévolos que los espiaban por entre los arbustos, a no demasiada distancia.

21

El berrinche

—¿Estás segura?

—Completamente segura, señorita, los vi con mis propios ojos. Paseando juntos, conversando todo el tiempo, como una pareja de enamorados.

Tiffany apretó las mandíbulas con furia y masculló una maldición por lo bajo. Advirtiéndolo agitada que estaba su señora, la doncella espía se apresuró a colmar su taza de té. No obstante su buena voluntad, la respuesta a su dedicación fue un manotazo que volcó la porcelana derramando el líquido por toda la mesa.

—¡No quiero más té!

—Señorita, cálmese. No se besaron, ni nada parecido.

—Están dando los primeros pasos de un acercamiento que no puede tener lugar. ¡Dichosas casualidades! Que él y ella regresen a Londres casi a la par, ya es mala suerte. ¿Y cómo se las ha arreglado el hijo del duque para localizarla tan pronto?

—A lo mejor solo se encontraron en el parque por casualidad...

Tiffany la fulminó con la mirada.

—¿Olvidas que ya sé que fue a visitarla? ¡A su casa! ¡Y con un ramo de flores, nada menos! No eres la única del servicio a mi cargo que me está ayudando a vigilarlos.

Saltó de su asiento y recorrió la estancia en frenéticos círculos. La doncella, precavida, se apartó de su camino tras limpiar el desaguisado de la mesita.

—¿Por qué tenía que volver precisamente ahora? ¿Y por qué no se quedó Clara en el maldito pueblucho? La culpa es mía, por invitarla a la fiesta. No cabe duda de que he sido una inconsciente. Ese tipo de mujeres arpías saben aprovechar a la perfección cualquier circunstancia para arrimarse a la ascua que más calienta. ¡Y un duque en potencia calienta muchos inviernos!

La doncella la observó de reojo. Su señorita le había encomendado rondar a la señorita York y la muchacha se había plantado en la puerta del edificio frente a su casa cuando aún no había salido el sol. Se mantuvo allí, como un pasmarote, sin atreverse a apartar los ojos de la salida no fuera a escapársele. Y al verla salir acompañada de su doncella, tuvo que caminar a la carrera tras ellas hasta alcanzar el parque.

Ojalá hubiera sido más avispada, de adivinar siquiera la reacción de su señorita, no habría mencionado la presencia del caballero. Por nada del mundo. Cuando la señorita se pillaba una de sus rabietas le provocaba mucho miedo, no parecía ni la misma persona serena y educada de costumbre.

—No permitiré que esa estúpida pobretona recogida se convierta en duquesa —rugió enfurecida—. ¡No lo permitiré! ¡Antes muerta!

Aunque cuando estaba en Londres solía vestir a la inglesa, en ciertas ocasiones, Gail Barton sacaba brillo a su vena más rebelde o patriótica y se calzaba el kilt con sumo orgullo. Especialmente cuando visitaba el club de caballeros por su puerta lateral, la del aldabón con las dos figuras copulando. Le sorprendió que resultara tan sencillo fijar una cita con la sultana después de los obstáculos a los que ya se había acostumbrado. O quizá fuera una simple apreciación subjetiva, puesto que el recuerdo de Clara York ocupaba por completo su mente, día y noche, sus ganas de verla, de que se ablandara un poco hasta permitirle cortejarla. La joven era una auténtica delicia y había logrado desplazar otras obsesiones recientes, como la de pasar tiempo con la sultana en el club.

Sí, puede que hubieran pasado semanas, muchas semanas desde la última vez que se vieron y sin embargo, él no las hubiera sufrido.

Cruzó la sala principal del local bajo la atenta mirada de las señoritas, embelesadas por su regio porte, sus fuertes piernas bajo el kilt y el lujurioso deseo de todas de descubrir qué escondía bajo el tejido a cuadros. No saludó a nadie, no desvió los ojos hacia ningún rincón, se dirigió con paso firme a la escalera y alcanzó el primer piso, la puerta de los aposentos más codiciados, separados y lejos del resto.

La sultana lo esperaba, como de costumbre, cubierta de pies a cabeza, tras la mesa de palisandro, a la luz de las velas, jugueteando con sus cartas del destino.

—No, nuevamente un vaticinio, no, se lo ruego.

—Mi señor de Escocia, qué placer volver a veros por aquí.

Gail saludó con una escueta reverencia, se desabrochó la levita para mayor confort y tomó asiento en silencio frente a ella.

—¿Jugamos?

—Si queréis conocer una vez más el amargo sabor de la derrota —se burló ella con aquella voz áspera, irreconocible—, no tengo inconveniente alguno.

—¿Se ha planteado en alguna ocasión si no la he dejado ganar en todas estas partidas que llevamos disputadas?

La cabeza cubierta con el tupido velo oscuro respingó sorprendida.

—No.

—Haría bien en planteárselo.

—Seríais un necio de haber sido así.

—O alguien al que no le duele demasiado resquebrajar su orgullo con tal de salirse con la suya.

—¿Y ese propósito vuestro tan significativo es...?

—Volver a verla. Con la perfecta excusa de una revancha que, por otro lado, es cierto que me debe.

La mujer embozada pareció considerar la posibilidad. No precisamente contenta.

—Usted juega muy bien al ajedrez, pero yo no me quedo atrás, se lo aseguro —la espoleó el escocés con sorna.

—Si no fuerais diestro en el juego, tened por cierto que no habría aceptado veros con tanta asiduidad.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Adelante.

—Con el resto de visitantes... ¿juegan ustedes en esta misma mesa?

—¿Qué es exactamente lo que pretendéis preguntarme? ¿Si soy una meretriz?

Sin previo aviso, Gail se puso en pie y se abalanzó sobre ella tratando de arrebatarse el velo que cubría sus facciones. Sin embargo, como si hubiera adivinado sus intenciones, ella fue más rápida y se apartó de su trayectoria haciendo retroceder su silla. Los largos dedos de Gail Barton se encontraron arañando el aire.

La sultana se puso en pie y reuló hasta un rincón.

—Necesito saber quién eres, quién se esconde tras ese disfraz —masculló el hombre con la respiración agitada.

—No oséis acercaros o llamaré a la seguridad del club —amenazó ella.

Gail gruñó manteniendo intacta la distancia de pocos metros que los separaba.

—Por favor...

—Sois un degenerado, un libertino que ha falseado sus planes todo este tiempo. El ajedrez era un pretexto para conseguir algo más, ¿no es cierto? Algo carnal y prohibido.

—No deseo yacer contigo, sultana. ¡Solo quiero verte la cara!

—No deis un paso más, os lo advierto.

—¡Necesito descubrir tu identidad! ¿Tan terrible es?

—¡Marchaos! Abandonad estas habitaciones y también el club.

—Sultana. —Dio una zancada adelante.

Ella saltó para ponerse a salvo y su mano enguantada se aferró al llamador de servicio.

—He dicho que salgáis. Voy a encargarme de que no os permitan nunca más la entrada a este establecimiento. El acceso lateral os queda vedado a partir de ahora.

—Llevo mucho tiempo pagando por verla sin otro pago que unas cuantas partidas de ajedrez, tengo derecho a...

—¡Soñáis! No tenéis derecho absolutamente a nada sobre mi persona. ¡Salid ya! Salid o tiraré de este llamador y os echarán a patadas, aunque para lograrlo hagan falta seis hombres con brazos como troncos de árbol.

Gail apretó furioso los puños al tiempo que hundía la cabeza. Había pecado de precipitado y torpe, maldijo contra sí mismo. Como en todo, su falta de paciencia era, de lejos, su peor enemigo. Se inclinó en una seca reverencia, agarró al vuelo su levita y salió de la estancia con un portazo a sus espaldas.

Tres invitaciones. Tres.

Y ninguna de ellas había sido aceptada. Disculpa tras evasiva y finalmente, en un cuarto y desesperado día, a modo de favor milagroso, Clara había aceptado un breve encuentro para tomar el té en el salón más concurrido de la ciudad, rodeados de gente y escoltados por Dottie, su doncella.

No era suficiente. Cuanto más lo esquivaba la muchacha, más crecía el deseo de Gail por poseerla. Su facilidad para obcecarse en un objetivo fijo y su indomable impaciencia eran los dos rasgos de su temperamento que más problemas le causaban desde niño.

«Impetuoso como el mar del norte» solía decir su padre.

Tratar en vano de encauzar el frenético torbellino de ideas que le rondaba la cabeza, generaba el desolador resultado de estar y no estar, al mismo tiempo, presente. Clara, detallista y observadora como pocas, no lo pasó por alto.

—¿Por qué será que lo noto nervioso?

La pregunta fue educada y en tono cortés, si bien, a oídos de Barton sonó como un «¿para qué diantres me ha invitado si tiene la mente a cientos de millas de aquí?».

—Ligeramente inquieto, señorita York. Nada por lo que preocuparse.

Ella lo vigiló por encima del borde de su taza de té.

—Espero no ofenderlo si resalto que ha insistido mucho para que este encuentro tenga

lugar. Sin embargo, ahora... Tengo la sensación de que está... ¿ausente?

Gail pareció robar del mismo aire perfumado del salón de té el puñado de valentía que necesitaba. Con un gesto un poco brusco recolocó su imponente cuerpo sobre la silla, enfrentándola cara a cara, tan de frente que Clara se sintió invadida y se echó ligeramente hacia atrás.

—Usted sabe lo que pretendo desde hace semanas.

Ella abrió los ojos con sorpresa y se mantuvo en silencio.

—No lo niegue, lo sabe. Como tampoco dejará de admitir que no me lo está poniendo nada fácil.

—Me arriesgaría a señalar cualquier dato, señor Barton, pero estaría perdida —aventuró ella con aire inocente.

—Intento abrirme paso hacia su corazón.

Fue mencionarlo y el pulso de la muchacha se disparó de forma demencial. No obstante, era experta en mantenerse fría en los peores momentos, los años de vida junto a Tiffany habían resultado una práctica de insuperable valor.

—Los territorios se conquistan poco a poco, señor mío —repuso con dulzura.

Los ojos verdes del escocés se concentraron en el movimiento de sus labios y el deseo que lo dominó fue tan evidente que las mejillas de la dama enrojecieron con violencia.

—Además, ¿cómo puede estar tan seguro de eso que *dice* que siente?

—¿Que *digo* que siento? No soy ningún necio que se deslumbra con espejismos, Clara. La conozco tan profundamente a través de esas cartas...

—Conoce a la Clara de quince a diecisiete años que hace mucho, por razones obvias, dejó de existir —rectificó ella afilada.

—Sospecho que no ha cambiado usted demasiado, al menos en lo esencial.

Clara tomó aire por la nariz.

—De acuerdo, le seré franca, señor Barton. Y le ruego no me juzgue desvergonzada u osada en exceso por decirle abiertamente lo que pienso. No me es usted indiferente, reconozco

que ese intercambio de correspondencia fue el instrumento que forjó nuestra confianza mutua. Permitió que ahondáramos en el alma del otro y nos tomásemos sincero aprecio. Con menos de la cuarta parte de eso, la gente traba matrimonios duraderos.

—¿Pero...?

—No me fío de su reputación, señor Barton. Lo que he oído acerca de usted no es halagüeño, ni tranquilizador tampoco. No quiero ser una más en su vasta colección de amantes.

Algo se puso muy duro en la entrepierna del escocés al arrullo de la palabra «amantes». Carraspeó para aclararse la garganta y los pensamientos.

—Admito que he disfrutado de la vida, que ha habido mujeres, ¿cómo no habría de haberlas? Lo sospechoso sería que me hubiera mantenido célibe y escondido en el fondo de un cajón. Lo que no implica que mis sentimientos ahora vayan en otra dirección, genuinos y poderosos. Antes moriría que tratarla como a una más.

Clara se refugió en otro sorbito de té y hasta pensó entretenerse mordisqueando un pastelillo.

—De acuerdo. Hagámoslo poco a poco. Concédame tiempo para ir acostumbrándome a esta nueva situación entre... entre nosotros dos.

Una inmensa sonrisa de complacencia iluminó la cara del escocés. Sus pupilas dilatadas soltaron un destello de felicidad.

—«Nosotros dos» suena extremadamente bien, ¿no le parece?

Clara le devolvió la sonrisa, comedida y prudente.

—¿Puedo entender que a partir de este instante me permite cortejarla?

—Poco a poco, señor Barton, poco a poco —le recordó ella con mimo.

El hijo del duque ya tenía lo que quería, una rendija abierta en la puerta del compromiso, una brisa de esperanza que olía a aceptación. Ya podía cerrar los ojos y perderse en el sonido de las sábanas alrededor de sus cuerpos desnudos amándose. De repente, el ambiente del coqueto salón de té fue encantador, delicioso. Nadie tendría agallas suficientes como para robarle su inconmensurable dicha.

Y pidió a la jovencita uniformada que servía, otra «ronda» de té y pastelillos.

Semiescondida, amparada por una gruesa cortina bastante molesta, fingiendo estar buscando a su señora sin hallarla, la doncella de Tiffany Times espiaba a través del mar de cabezas. Y la complicidad desplegada entre aquellos dos cristianos le fue tan incuestionable, que hasta dudó si poner o no al tanto a la señorita. Podían volar platos por los aires y los aullidos se escucharían al otro lado de la calle.

Decidió no contarlo. O contarlo muy suavizado. Un té, una conversación amena, un cuadro ni desmedido ni exagerado, nada de lo que preocuparse más de lo que ya se preocupaba. Total, si su señorita había trazado un plan que seguiría al dedillo hasta salirse con la suya, ¿para qué calentarle más la sangre?

23

Descubre la horrible verdad

—¿Me permite su capa y su sombrero, señor?

Gail entregó sus pertenencias al mayordomo que lo condujo al saloncito de visitas, a la izquierda y relativamente cerca del amplio recibidor, como bien recordaba. Tiffany, convertida ahora en señora de Times House, lo había redecorado en tonos púrpura y dorado y para las dimensiones del cuarto, le resultó un tanto abrumador.

—Disculpe —llamó la atención del mayordomo antes de que desapareciera—. ¿Cómo se encuentra la señorita Times? Cecile Times.

Una triste sonrisa afloró al rostro del hombre.

—Recluida en sus aposentos, como de costumbre, señor. Hace muchos años que se niega a salir.

—Pero ¿su salud?

—Puede decirse que bien.

—¡Querido señor Barton! —Tiffany hizo su aparición estelar en aquel momento, ataviada con un vestido algo más lujoso de lo normal para estar en casa a aquellas horas de la tarde—. Veo que por fin ha aceptado mi invitación al té. ¿De qué hablaban?

—De la salud de su señora tía. —Tras saludar con cortesía a la dama, ambos tomaron asiento, el mayordomo se esfumó sin hacer ruido y dos doncellas cargadas con bandejas lo

sustituyeron—. ¿Recibe visitas?

—Más bien no. No ha pronunciado una sola palabra desde que Amy... Bueno, ya sabe...

—Sacó a toda prisa un pañuelito y secó la esquina del ojo—. Fue una desgracia terrible que nos cambió a todos la vida. Especialmente a ella. Cuidar de esa niña y entregarle su amor se había convertido en su razón de existir. Es lógico que al desaparecer de ese modo tan trágico...

Gail no se sentía a gusto hablando de aquel horror, de manera que paseó la mirada por la habitación y fingió admirarse.

—Aunque haya realizado usted cambios en la decoración, el espíritu de esta casa sigue siendo el mismo. Me recuerda a nuestra infancia. Y a las interminables partidas de ajedrez junto a una ávida señorita York, deseosa de aprender. Por cierto, ¿qué sabe de ella?

Las facciones de Tiffany se contrajeron de modo perceptible.

—¿Además de que sigue viva y en perfecto estado de lozanía, se refiere?

—Sí, al margen de su reunión el otro día, en el baile, ¿suelen verse a menudo? ¿Mantienen una relación estrecha?

La joven invirtió un buen puñado de minutos en tomar su taza, acomodarla entre las manos, llevársela a los labios, degustar y alabar el sabor del té, para depositarla de nuevo con un movimiento muy elegante sobre la mesa.

—Es complicado, señor Barton. Sé que no lo parece porque soy una persona tolerante y bondadosa, pero he de confesar que cada día se me hace más cuesta arriba.

—Disculpe si no la entiendo...

—Es un mérito que la salude en público cuando debería haberla repudiado, asegurándome de que nadie honorable y digno le dirigiera la palabra.

—¿Y eso por qué, señorita Tiffany?

—Parece usted muy alterado. Y eso que aún no conoce la historia.

—Bueno, claro que me... me afecta. Les tengo a ustedes un cariño muy especial.

—Pues yo en su lugar iría reconsiderando el que pueda haber guardado para esa arpía, señor, ándese con cuidado.

—Me permitirá que le ruegue algo más de claridad en cuanto al asunto.

Tiffany aspiró aire por la nariz, se libró de la tacita de porcelana y lo miró largamente con ojos vidriosos. Sus largos dedos retorcieron el pañuelo blanco que sostenía en el regazo.

—Fue la dama de compañía de mi hermana, con su maldad y sus palabras venenosas, sus celos y su envidia, la que condujo a mi querida Amy al suicidio.

Gail pestañeó perplejo.

—Cuando se refiere a ella como dama de compañía... —Sacudió la cabeza, desconcertado—. ¿Hablamos de la misma señorita York?

—Desde luego.

—¿Su prima? ¿Esa joven dulce, sincera y entregada? Juraría que la conocía bien, que su afecto por Amy estaba fuera de toda duda.

La boca de finos labios de Tiffany trató de curvarse sin conseguir más que un rictus amargo.

—Veo que a usted también consiguió engañarlo. No piense que no me cuesta horrores reconocer esto, de algún modo esa..., esa mujer es pariente, parte de esta familia, aunque fuese una vulgar bastarda, lo que convierte su crimen en un acto aún más atroz.

El hijo del duque parecía haber recibido un mazazo en la cabeza. Su mirada estaba perdida y sus labios entreabiertos no conseguían cerrarse del todo.

—Se me hace tan difícil admitir que la chica que conocí...

—Creció y por fin dejó salir toda la oscuridad que tenía dentro. Señor Barton, usted llevaba un tiempo sin saber de ella...

—En realidad, la interrupción fue exclusivamente culpa mía. Desde que mi familia cayó en desgracia me encerré en mí mismo... No fui cortés, lo siento mucho.

—Es comprensible, Gail, ¿me permite llamarle Gail en privado? Tenía usted muchas preocupaciones rondándole, como para entretenerse en escribir cartitas insulsas a quien no merecía su dedicación ni su tiempo.

Gail no respondió. Estaba tan confuso como si lo hubieran arrojado en medio del mar

dentro de un saco atado. Hasta su respiración se descompasó. Había acudido a la cita en Times House con una suerte de algarabía, un remolino de emoción en las tripas por visitar a la única familia conocida de la mujer que deseaba convertir en su esposa. Pensó que hablarían de sus bondades y talentos, quizá podía insinuar sus intenciones a la señorita Tiffany, incluso a la señorita Cecile si se encontraba en condiciones de recibirlo. Pero aquello... Aquello no se lo habría esperado por nada del mundo.

—Lamento muchísimo haber sido yo quien le abriera los ojos, Gail. Sé que tenía una idea equivocada y romántica acerca de Clara. Yo me esfuerzo mucho por olvidar lo que hizo, atendiendo a las reglas de la buena urbanidad y a que somos familia. En memoria de nuestra añorada Amy que, pese a todo, la tenía en alta estima.

—No puede ser... —sacudió de nuevo la cabeza en una negativa infinita.

Tiffany se concentró en su té, permitiendo que Barton hirviera en su propia sopa. Francamente, no esperaba verlo tan afectado, que su turbación fuese tan notoria. Ello implicaba que sus sentimientos por la bastarda tenían mayor calado de lo supuesto; y que supondría un mayor esfuerzo girar su atención hacia su persona.

—Es una mujer de moral escasa y deleznable. Imagine si ha caído bajo que hasta se atrevió a robarme la doncella...

—Podría... ¿podría visitar a la señorita Cecile, aunque solo sea unos minutos? —la interrumpió el escocés con cierta ansia.

—No va a poder ser, hoy no se encuentra especialmente receptiva. Quizá en otra ocasión, ya que espero que nos visite con mayor asiduidad.

Gail se puso en pie. Su metro noventa de cobrizo esplendor hizo que la sangre de Tiffany se caldeara y bullera.

—Tengo que marcharme.

—¿Acaba de recordar alguna cita importante que había olvidado?

Gail la miró sin entender.

—No, nada de eso. Acabo de descubrir que alguien a quien conocía de la infancia no

resulta ser quien creí, sino un ser retorcido y perverso capaz de empujar a alguien muy querido a acabar con su vida. Me va a costar asimilarlo.

—Lo comprendo. En cualquier caso, su relación con Clara no entiendo que fuera tan cercana. ¿Unos años de correspondencia bastaron...?

—Las almas de las personas se desnudan sobre el papel, señorita Times. No imagina hasta qué punto.

24

A puñetazo limpio

Barton trastabilló dos veces antes de lograr meterse en su berlina. El entrecejo fruncido y su expresión de profunda angustia no pasaron desapercibidas al observador Pepper, que sujetaba la portezuela del coche para que su señor accediera y lo vio cruzar el espacio como una exhalación.

—¿Todo bien, señor?

—No, Pepper —respondió en un gutural gruñido—. Nada está bien, todo está condenadamente embrollado, vuelto del revés.

—¿Querría...?

—Llévame al club Martín's.

El atractivo rostro del asistente palideció. Miró al cielo ya oscurecido, y a continuación, a la punta de sus botas.

—Señor, ya sabe lo que ocurrió la última vez. ¿No preferiría pasar un rato agradable en White's?

—He dicho a Martín's. —Terminó de colarse en el interior del carruaje y cerró él mismo con una fuerza inusitada—. Rápido.

Pepper regresó al pescante dispuesto a cumplir órdenes sin discutir. Conocía la célebre testarudez de su jefe. Igual tenía suerte y en el club le franqueaban la entrada, cosa que dudaba. De otro modo, la noche podía terminar pero que muy mal.

—¡Pepper!

—¿Señor?

—¿Dónde demonios está la petaca de whisky? No consigo encontrarla...

Uy, uy, uy. El enfado parecía ser de órdago. La botellita de plata escondida entre los almohadones del carruaje se reservaba en exclusiva a momentos feroces.

—¡Ya la tengo! Vamos, ¿a qué esperas? ¡Muévete! —oyó rugir justo cuando acababa de posar un pie en el suelo.

Cargado de paciencia volvió a encaramarse, tomó las riendas e inició el trayecto de lo que consideraba una mala, malísima idea. Tras un recorrido más lento de lo habitual, detuvo el coche frente a la entrada lateral del club. El enorme escocés descendió tambaleante antes de que él tuviera tiempo de abrirle la portezuela.

—Señor...

Gail no le hizo el menor caso. Con paso firme y decidido se enfrentó al portón clausurado, agarró la aldaba y golpeó con fuerza. Cinco segundos más tarde, el estrecho panel corredero que cerraba la mirilla cuadrangular se descorrió con delicadeza y un par de ojos rodeados de piel curtida escudriñaron la oscuridad. De haberle preguntado, Barton podría haber señalado el momento exacto en que lo reconocieron.

—¡Váyanse! ¡Estamos cerrados! —aulló una voz cascada al tiempo que la mirilla se cerraba de un golpe seco.

El puño de Gail Barton se descargó un par de veces contra la puerta.

—Señor... —Pepper sonaba atribulado.

—¡Abran esta condenada puerta! ¡Ya!

—¡Márchese, excelencia! ¡Está cerr...!

—¡Maldita mujer! —Barton propinó un puntapié a la gruesa madera— ¡Maldita sea!

Desoyendo las advertencias de su hombre de confianza, el escocés perdió los estribos. El que en el trayecto hubiera apurado las reservas de la petaca, no ayudaba precisamente a conservarse sereno. Todos los intentos de Pepper de apaciguarlo fueron en vano hasta que vieron

llegar a la infantería pesada.

¡Pardiez!

La sultana no se había marcado un farol cuando amenazó con enviar seis hombres en su contra. De hecho, fueron ocho los que aparecieron, con ojos violentos y enrojecidos, dientes apretados, dispuestos a separarlo de la entrada por la fuerza. La irritación porque la sultana hubiera cumplido con su palabra y pese a su condición se le negara el paso al club, lo empujó a perder la cordura. Antes de que los mastodontes se le hubieran arrimado lo bastante como para tocarlo, Gail Barton ya estaba repartiendo puñetazos y patadas a diestro y siniestro.

—¡Señor, señor! —se oyó a lo lejos, como un eco distante, la voz compungida de Pepper — ¡Ay, señor!

Los fortachones lo rodearon en un círculo perfecto, pero el escocés era un hombre como una montaña, diestro en el combate cuerpo a cuerpo, ágil como una anguila, que les dio mucho trabajo. Como cabía esperar, la superioridad numérica acabó imponiéndose y aunque más de tres salieron escaldados y más magullados que el propio Barton, a tirones lograron distanciarlo de la entrada al club.

Desde su posición en el pescante, Pepper había jaleado a su jefe en un primer momento, saltado al suelo y tratado con torpeza de colarse en el tumulto después, y tras llevarse una buena tunda de empujones y codazos que estuvieron a punto de arrebatarle la nariz, había estado a punto de aplaudir muchos de los cañonazos de su señor y ese momento glorioso en el que Gail se había lanzado al suelo con una habilidad felina, escurriéndose entre las piernas de su oponentes para reaparecer en el lado contrario sorprendiéndolos con una buena somanta de palos.

Finalmente, solo le quedo pendiente recoger a su aturdido, borracho y machacado señor, pedir disculpas innumerables veces y meterlo a empellones en el carruaje.

—¡Pepper!

—¿Señor?

Otra vez lo llamaba Barton cuando él ya había trepado a su lugar frente a las riendas. En esta ocasión se aventuró a no bajar hasta saber qué se le ofrecía.

—¿Te dejarán a ti entrar en el club? —La voz del escocés sonaba pastosa, sobre su lengua las palabras se enredaban.

—Lo dudo mucho, señor. ¿Desea acaso transmitir algún mensaje?

—¡*Noop!*

Pepper suspiró atribulado.

—¿Entonces, señor?

—Rellenar la petaca de licor del bueno.

El abnegado asistente prefirió detenerse ante la puerta de otro local menos problemático para colmar los deseos de su señor. Con la botella de nuevo repleta, Gail se consoló curando la memoria de tanto golpe. N

o perdonaría a la sultana por aquella reacción desmedida. Después de la indecente cantidad de dinero que llevaba invertida en aquel cochambroso club, el que lo expulsaran con deshonor rozaba la ignominia.

—Un escocés nunca perdona, sultana. —Alzó la petaca en el aire como si brindara a la salud de la mujer ausente—. Nunca. Ya verás.

Sin embargo, a pesar y por encima de sus reniegos y murmuraciones, aquella noche se durmió pensando en ella.

25

Algo está pasando

—Dottie, ¿algún mensaje del señor Barton?

—No, señorita, nada.

—¿Una nota?

La muchacha negó con la cabeza mientras con las dos manos sostenía el plumero. Clara devolvió la mirada al libro que sujetaba en el regazo, si bien en pocos segundos volvió a levantarla.

—¿Flores? ¿Chocolate?

—Nada de nada.

—Qué raro. ¿Cuántos días han pasado desde la última vez que nos vimos?

—Pronto hará semana y media, señorita.

Clara arrugó la nariz con desconcierto.

—¿Se habrá ofendido porque le pedí tiempo?

—Yo diría que todo iba divinamente bien encaminado, señorita —opinó Dottie con su acostumbrado desparpajo.

Clara se puso en pie y caminó hasta el largo ventanal. La vivienda que había adquirido en Londres no era muy grande pero sí preciosa. Perfecta para sus necesidades y el reducido cuerpo de servicio que la acompañaba. De hecho, su estatus de mujer acaudalada la obligaba a tener más

criados de los que en realidad precisaba. Con una moza para la limpieza, su fiel Dottie y una cocinera le habría bastado.

—¿No será, señorita, que el señor se ha visto obligado a salir de viaje?

—De ausentarse lo habría notificado, es lo natural. Y lo correcto.

La chiquilla volvió a sus tareas meneando con gracia el plumero.

—Pues entonces no sé cómo ayudarla.

—No pienso quedarme esperando. Trae papel y pluma. Le escribiré yo.

La doncella abrió dos ojos como platos.

—¿Cree que es... decoroso?

—¿Quién tengo alrededor para que me lo censure? Solo lo sabremos él y yo.

—Y yo, señorita —sonrió traviesa. De repente se puso muy seria—. Pero ya me conoce, soy una tumba.

Una vez la escueta nota estuvo enviada al domicilio del señor Barton, la respuesta tardó casi un día completo en llegar. Habían despachado al mensajero sin contestación alegando que un criado de la casa Barton haría llegar la réplica, si la había, algo que Clara juzgó grosero en extremo. Aunque estaba enfadada y no iba a negarlo, sus dedos desplegaron ilusionados el papel doblado.

El alma se le cayó a los pies. Gail declinaba su invitación pretextando estar muy ocupado con sus negocios. Bien. Definitivamente, algo estaba pasando. O el señor escocés había cambiado de opinión respecto a cortejarla, circunstancia de la que Clara no pensaba sentirse culpable, aunque se sentía, u otra dama había aparecido en su horizonte, lo que la conducía al mismo y espantoso resultado.

Eliminada del tablero.

—Dottie, prepara mis cosas. Salgo de viaje un par de días.

Sus pies volvieron a pisar la tierna hojarasca vencida en el camposanto y los mechones de

sus cabellos a alborotarse con la brisa cercana al mar. Clara le rogó a Dottie su cuota de intimidad y, mientras la muchacha obedecía permaneciendo junto al carruaje de animado parloteo con el cochero, la señorita York caminó despacio hasta la lápida de su amiga. Depositó en ella las flores que le llevaba y se enjugó una lágrima rebelde al tiempo que intentaba sonreír.

—Mi queridísima Amy. Tengo que contarte un secreto. Y pedirte disculpas, todo a un tiempo, porque me temo que he utilizado la excusa de venir a verte para atraer al señor Barton. Un intento vano, dicho sea de paso. Bueno, tampoco es del todo cierto lo que te cuento, puesto que yo pensaba venir, en cualquier caso. Apostaba que le habría agradado acompañarme. Te queremos tanto y te añoramos de un modo idéntico y paralelo... Francamente, me ha extrañado que rehusara. ¿Sabes, Amy? Creo que me evita. Aseguró que quería cortejarme y sin embargo parece haber reulado. Te confesaré algo que no he contado a nadie. Igual tú, al estar ahora como el señor, en todas partes, ya lo has adivinado. Pero lo amo, Amy. Lo amo con todo mi corazón. Se fue metiendo dentro de mi alma con cada una de aquellas cartas y a estas alturas no soy capaz de imaginarme viviendo junto a otro hombre que no sea Gail Barton. El caso es que ya no parece interesado en mí, ha sido algo extraño, ha sucedido de repente. Estoy segura de no haber dicho o hecho nada grave que sirva para desmotivarlo... Los hombres, ya se sabe, son tan raros. Nos tachan de volubles a nosotras mientras que ellos, con esa dificultad innata que tienen para expresar sus sentimientos, se vuelven opacos, ¿qué digo opacos? Oscuros como boca de cueva y no hay quien les entienda. En fin, ¿qué tal estás Amy? ¿Eres feliz, ahí donde los ángeles te hayan llevado?

Desde la distancia, parapetado por un grueso tronco de árbol viejo, Gail Barton vigilaba los movimientos de Clara ante la tumba de su prima y los ojos se le empañaron por culpa del llanto. Casi sin darse cuenta había llegado a amar a aquella mujer con una fuerza sobrehumana, respirando únicamente por ese día bendito en que ella lo aceptara como pretendiente, y más tarde como esposo. Y ahora...

¿Cómo podía ser tan cínica? Allí estaba, fingiendo que sentía la pérdida, solo porque sabía que una visita a Amy tendría el suficiente atractivo como para subyugarlo. Aventuraba que

Clara no había esperado que su treta fracasara con una negativa por su parte.

Suspiró hondo. Puede que su amor hubiese encontrado trabas, pero el deseo... El deseo continuaba imparable su camino. La deseaba, el cielo con todos sus santos sabían lo mucho que la deseaba. Su cuerpo al completo reaccionaba a la presencia de Clara con un encono que no podía controlar. Se le calentaba la sangre, su pulso se aceleraba, cerraba los párpados y solo podía verse desnudo en el lecho con ella entre sus brazos, amorosa, entregada, mirándolo, derriéndolo con aquellos ojos del color del ámbar tan especiales.

El nudo de pensamientos alborotado jugó en su contra, lo distrajo. Por eso no previó sus movimientos ni fue lo suficientemente rápido como para huir antes de que ella girase la cara y casi lo divisara.

—¿Señor Barton?

Gail dio media vuelta y de unas cuantas zancadas desapareció de la vista. Clara pestañeó perpleja. ¿Era él? ¿Él realmente? El tono de su cabello, su altura, su porte aristocrático lo delataba. Entonces, ¿qué hacía allí? ¿Por qué huía? ¿Cuál era la razón de que hubiese rechazado viajar con ella si al final iban a encontrarse en el mismo destino?

Se mordió los labios, atormentada. Por mucho que anhelara pensar que se trataba de otra persona, que estaba en un error y no era Gail quien huía, que él jamás se comportaría de esa ingrata y bochornosa manera, lo cierto era que su fuero interno le gritaba que abriese los ojos de una buena vez y enfrentara la verdad con valentía. Por la causa que fuese, los objetivos del escocés habían variado y puede que ya no la incluyesen a ella. ¿Y si su familia había regresado a Londres y le aconsejaban un matrimonio más provechoso con alguna dama de alta cuna? ¿Y si por algún motivo que ella no acertaba a comprender, él había despertado del ensimismamiento propio del amor de juventud y reparado en que ella no merecía el honor de aquella unión? ¿Y si el hecho de ser una bastarda lo había desanimado?

Un duque y una bastarda. La verdad, sonaba como algo irrealizable.

Había tantas posibilidades como estrellas en el cielo. Y si se comportaba de manera sensata, tenía que aceptarlo, por mucho que la hiriera. Lo que más le dolía, sin embargo, era la

falta de explicación, de arrojo en un hombre que consideraba valiente, para enfrentarla como correspondía y excusarse con una despedida digna.

Aquel comportamiento cobarde y mezquino no era propio del Gail que ella conocía, pero..., tal y como había espetado en una ocasión, no conocía al Gail adulto, solo al muchacho que le escribía con fervor hermosas cartas. Puede que el hombre hubiera mutado la bondad de su alma y endurecido el corazón.

Aquella noche, una Clara inusualmente muda cenaba con su doncella en una posada en el camino de vuelta a Londres. Honrando la confianza que le tenía, le había relatado la triste incidencia y a continuación, perdió el habla. Sin embargo, para estupor de Dottie, cuando estaba a punto de llevarse un trozo de pechuga de pavo horneado a la boca, a su señorita se le iluminó la cara.

—¿Y si hay un dato oculto que desconozco, me perjudica y el señor Barton únicamente me protege? ¿Y si me aparta de algo secreto porque con ello me está salvaguardando...?

—Señorita.

Cortado de cuajo su arrebató de inspiración, Clara centró su mirada en la nariz pecosa de Dottie y su expresión sesuda.

—Dime, Dottie.

—Me va a permitir... Usted lee demasiadas novelas. Deje de hacerlo.

—¡Señorita! ¡Señorita, por fin!

La muchacha frenó con la lengua fuera y el papel en la mano. Clara observó sus mejillas arreboladas con la taza de té cerca de los labios.

—Dottie, te tengo dicho que no debes correr dentro de la casa. Es de un pésimo mal gusto, si hay invitados, me comprometes.

—Le pido perdón, señorita. —Una apresurada reverencia, un brazo estirado—. Por fin, noticias del señor Barton.

Eso lo cambiaba todo. Que corriera como un gamo, si gustaba. Clara no disimuló su impaciencia al soltar la taza, tomar la nota, desdoblarla y leerla. De inmediato, la sonrisa se borró de su rostro.

—¿Malas noticias? —Dottie se retorció las manitas—. ¿Lo han llamado para la guerra?

—Nada de orden a filas. Se marcha de viaje al continente, ahora sí. También dice que no sabe bien cuándo volverá.

—Vaya por Dios, señorita. Esto va de mal en peor.

Clara arrugó el papel con fuerza y lo dejó caer como si de verdad no le importara.

—Pues no pienso quedarme esperando que regrese o que cambie de opinión en cuanto a halagarme con sus favores; se acabó su tiempo, no voy a rogarle a nadie una migaja de atención,

ni siquiera a un gigante escocés. ¿Tienes localizada la invitación del recital de poesía en casa de los marqueses de Flore?

—¿Esa a la que dijo que no acudiría?

—Envía nota urgente aceptando. Y vuelve rauda, tengo que elegir con cuidado mi indumentaria de esta noche para lucir espectacular.

El ambiente en casa de los marqueses de Flore le fue grato. Lo suficiente como para no arrepentirse de haber ido, pese a su primer impulso. Todo el mundo era amable con ella, la incluían en sus conversaciones y le dirigían sonrisas corteses. En parte, seguramente debido a los inmejorables comentarios vertidos en torno a su persona por los condes de Somersethill, a cuyo hijo enfermo había cuidado Clara con esmero y total dedicación. Ellos, sus formidables relaciones sociales y su agradecimiento eran el mejor pasaporte para que los salones de Londres se abrieran a su paso.

Por otra parte, que Tiffany Times considerara el tener una bastarda como pariente cercano una mancha imperdonable en su legado familiar, resultaba muy conveniente. Solo por ese motivo sus labios permanecían sellados con respecto al origen real de Clara y, para la alta sociedad entre la que se movían, ella era únicamente una rica heredera. Sin más. De no haberle salpicado el perjuicio de vilipendiarla, Tiffany habría arrastrado sin dudar su nombre por el barro, asegurándose de que hasta el último ratón de las alcantarillas en la ciudad le diera la espalda. Pero claro, no estaba en sus manos hacerlo sin resultar afectada.

Sonrió y asintió una vez más a lo que las ancianas damas que la rodeaban afirmaban, sin haberse enterado de nada en absoluto, para ser sinceros, no es que estuviera muy concentrada. A una señal de los anfitriones, se repartieron las sillas dispuestas para disfrutar del recital que daría comienzo en breve. Entonces lo vio entrar.

Alto e imponente. Sobresaliendo por encima de los demás caballeros, de casi todos.

Imposible no divisarlo.

El rictus de Clara se congeló, su corazón se lanzó a un galope desenfrenado y sufrió un ligero mareo. Los ojos del escocés se clavaron en ella y durante unos instantes, no hubo nadie más en aquella sala. Nadie más que ellos dos comunicándose en silencio a través de la distancia, encerrados en la burbuja de una ensoñación.

La joven desplegó su abanico, retiró la mirada y se cubrió parcialmente el rostro simulando hacerse fresco. Qué desagradable haber coincidido en aquella reunión, qué innecesaria su mentira. ¿De viaje? ¡Ja! Podía haber mantenido la tosca táctica del ignorarla, no hacía falta empeorar la situación con un embuste de patas cortas. Trató de centrarse en los dibujos de la costosa alfombra. Se sentía humillada, podía percibir la irritación desprendiéndose de todo su cuerpo como un halo vivo.

Cuando enfocó de nuevo, sufrió un sobresalto, dejó de respirar. Tenía a Gail Barton sentado justo detrás, saludándola con una larga inclinación de cabeza sin el menor atisbo de sonrisa o simpatía.

¿Acaso estaba enfadado con ella? Actuaba como si lo estuviera. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, siendo él quien se estaba comportando de un modo reprochable. ¿Qué había hecho para molestarlo hasta aquel punto?

Su serenidad voló lejos y el abanico la delató con su bailoteo histérico, abriéndose y cerrándose de continuo. El peso de la presencia del hombre a su espalda la mantenía tensa y en pocos minutos, la voz musical que recitaba las poesías se le antojó un cacareo. ¿Por qué, en el nombre del cielo, se sentía culpable? ¿Por qué su mente no dejaba de hurgar en los recuerdos buscando la llave de aquel resentimiento en Gail?

Daba igual. No pensaba seguir degradándose.

El caso es que cada vez queladeaba intencionadamente el cuello, el rabillo de su ojo lo cazaba mirándola. Entonces ella dibujaba una inclinación de cabeza y él no dudaba en corresponderle de idéntica manera. Aquello no ayudaba. ¿Qué significaba? ¿Simple educación? ¿Un débil intento de acercamiento? ¿La deseaba y al tiempo la condenaba?

La audiencia reunida estalló en aplausos y los marqueses anunciaron una pausa y un refrigerio. Clara se puso en pie decidiendo con torpeza si entablar o no conversación con Gail. No sabía mitigar su desconcierto. Sin embargo, cuando se insufló el valor necesario y giró graciosa sobre sus talones, encontró la silla vacía.

Jaque mate.

Lo divisó algo más allá, junto a unos ventanales que le servían de marco. Desde su posición, el escocés y la cristalera semejaban el retrato de un rey. Conversando con una pareja anciana, la dama profusamente enjoyada, le lanzaba a ella vistazos desesperados. Podía deambular un rato por la enorme sala y hacerse la encontradiza antes de que el recital prosiguiera.

Un buen modo, quizá la única oportunidad.

Le sonrió sin moverse de su sitio y los ojos verdes del caballero soltaron un destello. No obstante, sus deseables labios permanecieron apretados. De repente, el anhelo de conocer la razón de su disgusto le urgía, la oprimía como un nudo en la boca del estómago, como una piedra en medio del pecho. Permaneció allí, endurecida y majestuosa, como una invitación sin palabras a que él se acercara. La pareja de conversadores no se alejaba, pero los ojos de Gail volaban a devorarla cada pocos segundos. Y cuando por fin se despidieron con sendas reverencias y lo liberaron, el escocés dio un paso en su dirección.

El corazón de Clara respondió con un salto mortal.

Dos pasos. Cada vez más cerca. Sin librarla del cepo de su mirada.

—Damas y caballeros, les rogamos tomen de nuevo asiento. La segunda parte del recital dará comienzo en unos instantes.

Barton ordenó a sus pies que frenaran. Allí estaba Clara, tan cerca y a la vez tan inalcanzable. Sentía una quemazón insoportable en las venas, una pena que no le cabía en el pecho. La obligación de interrogarla, pedirle explicaciones, entender de una vez por todas el error que seguramente lo había llevado a creerla culpable de la muerte de Amy.

Porque tenía que ser un error.

Sin embargo, de pronto todo el mundo se estaba sentando y él no podía forzar las cosas en una sala abarrotada de ojos curiosos. Respiró hondo y se mantuvo erguido al fondo de la estancia, renunciando a su silla anterior porque desde allí podía olerla y su aroma lo enloquecía.

No sería dueño de sus actos si continuaba teniéndola tan cerca.

Los versos declamados se le antojaron eternos. El aplauso que puso fin al martirio le supo a milagro. Entonces se preparó para abordarla. Debía excusarse por su engaño. Qué vergüenza terrible haber coincidido allí cuando él le había asegurado que estaba en el continente. Le hablaría de un retraso, sí, el viaje se había postpuesto unos días debido a una serie de contrariedades y así...

—Mi queridísimo señor Barton.

Una mujer vestida de seda azul se interpuso en su camino con la mano extendida, lista para ser besada. Gail despejó su mente con un cabeceo.

—Señorita Times. No la había visto hasta ahora.

Tiffany arrugó la cara en un gesto que pretendía ser coqueto.

—Me temo que acabo de llegar y me he perdido todo el recital. Vengo con el tiempo justo para no desairar a mis anfitriones y disfrutar de una copa y un poco de buena compañía. — Lo miró insinuante desde detrás de las pestañas—. ¿Me escolta?

No había terminado de decirlo y ya estaba colgada del fuerte brazo masculino, instándolo a avanzar en dirección contraria a donde se encontraba Clara. Comprobó que no estaba sola, sino en compañía de la dueña de la casa, que charlaba animada dándole palmaditas afectuosas en la mano enguantada.

Qué terrible dilema, qué cruzada sin fin contra sí mismo y sus deseos más ocultos. Cómo echaba de menos su risa cantarina, sus ojos dulces y brillantes fijos en él, los hoyuelos que se marcaban pícaros en sus mejillas. Cuanto más se repetía que debía apartarla de su mente, más se adueñaba ella de todo lo que respiraba.

Con una última ojeada de desaliento, Gail se dio por vencido aquella noche.

—Así que ese es su pérfido plan, bruja malévola, robármelo solo porque sabe que lo amo.

—Descorazonador, señorita. Y debo añadir que muy propio de la señorita Times.

Clara mordió con rabia la tostada. Luego se concentró en el té. Dottie se mantenía de pie junto a la mesa, conversando en susurros, casi tan furiosa como ella.

—Ahora que el señor Barton se aleja de mí, ella dispone de una oportunidad inmejorable para acercársele. Y a la vista está que no piensa desaprovecharla.

—Siempre dijo que lo detestaba —le recordó la doncella—. Cierro los ojos y la recuerdo diciendo eso. Muchas veces.

—Por supuesto que lo decía, yo también me acuerdo. Seguramente no era verdad. Es complicado saber cuándo Tiffany no miente, lo hace con frialdad, mirándote a la cara, sin sufrir un solo temblor. Una la escucha y la cree.

—¡Qué gran talento el suyo!

A la nariz de Clara llegó el inconfundible olor del azufre.

—Sobrecogedor y terrible, diría yo.

—Ay, señorita, ¿y qué piensa hacer?

—Seducirlo.

A Dottie le faltó el canto de una moneda para caer redonda al suelo.

—¿Cómo... ha dicho?

—Lo que has oído. Si mi desleal prima piensa usar sus armas de mujer para arrebatármelo, yo haré otro tanto. Y cuando haya recuperado posiciones descubriré qué es eso que ha provocado su drástico cambio de actitud.

—Pero señorita, usted no debería ponerse en evidencia...

—Y no tengo planeado hacerlo. Seguiré siendo la cándida, recatada e inocente señorita York. No obstante, cuando estemos a solas...

Dottie se cubrió escandalizada el rostro con las manos.

—¡No me lo cuente! ¡No me lo cuente! ¡No quiero saberlo!

—Dottie, eres tú quien debería enseñarme. Gozas de mayor libertad, puedes comportarte de un modo menos encorsetado, más libre y espontáneo. Es de suponer que accedes a un mayor conocimiento acerca de las relaciones carnales.

La muchacha se puso roja como una cereza.

—Pero no conozco varón, señorita.

—No pretendía llegar tan lejos, la verdad. —Bebió un sorbito de té con ademán pensativo —. ¿Qué podría hacer? ¿Dónde podría encontrar al señor Barton caso de buscarlo?

—¿En el parque?

—Tremendamente aburrido y simple, pero sí. Casi todo el mundo se encuentra en el parque. Y en los eventos sociales a los que nos inviten.

—Estudiaré la última moda en peinados para hacerla destacar —exclamó la moza, contagiada de entusiasmo.

—Debo averiguar a qué hora cabalga. A qué hora pasea. Si va a la biblioteca, de compras. No, los caballeros no visitan las tiendas...

—Difícil lo veo, señorita. ¿Cómo lo haremos?

—¿Tienes alguna amistad entre el servicio de su casa?

—Tengo una amiga de una amiga que es conocida de una ayudante de cocina. Temo que sirva de poco.

—Es lo único que tenemos, así que mueve tus hilos y a reunir información lo antes posible. El señor Barton caerá en mis redes o dejo de llamarme Clara.

Un duelo entre ella y Tiffany. En aquello había terminado convirtiéndose el enredo. Y no era que sus sentimientos por Gail se hubiesen esfumado, todo lo contrario. Más bien, su prima tenía la dudosa virtud de provocar su parte más oscura, despertarla del letargo. La que movía el instinto de supervivencia, el orgullo herido por tantos ultrajes, la ira. Clara era dulce y comedida hasta que alguien como Tiffany metía la zarpa en sus entrañas y la desgarraba. Entonces se revolvía como la fiera herida que en realidad era, y mordía.

Pese a sus esfuerzos, la información que pudo reunir Dottie resultó insuficiente. O el hijo del duque no era hombre de costumbres fijas, o el sirviente interrogado tenía escasa idea de por dónde se movía su señor. Al día siguiente del recital de poesía en casa de los marqueses de Flore, Gail había enviado una nota donde se justificaba por estar presente cuando se supone que debía estar viajando. Alegaba que una serie de imprevistos habían retrasado la marcha una jornada más.

No mencionaba el no haber saludado como Dios manda. Ni haber declinado conversar con ella con la naturalidad de siempre, o lo incomprensible de su extraño comportamiento. Silencio. Mudez absoluta. Ausencia de disculpas.

Clara había salido a cabalgar por el parque muchas mañanas, atenta a todo caballero con el que se cruzaba y no creía haberlo visto. Había paseado por la calle, junto con su doncella, simulando ir de compras, ojo avizor cuando rondaban la zona de su domicilio, por si lo reconocía. Habían tomado más té que nunca en los salones de moda y había aceptado toda invitación recibida, por soporífero que fuera el programa. En un par de ocasiones lo había divisado de lejos, siempre envuelto en la estela de Tiffany, de la que últimamente no parecía separarse, y él la había ignorado sutilmente, con una discreta inclinación de cabeza, pero sin

acercarse. Lo cual no impedía que cada vez que lo observaba de soslayo, lo encontrase mirándola con un inexplicable aire de melancolía.

Clara estaba a punto de rendirse. No había nada que pudiera hacer para atraer de nuevo la atención de Gail. Si él insistía en evitarla, ella no iba a caer aún más bajo. Si había un ingrediente de toda aquella farsa que realmente la desquiciaba, era la malévola sonrisa de su prima al verla sumida en la miseria del desprecio.

Algo que debía ir superando, o la cólera y el rencor le amargarían la existencia. Por nada del mundo se convertiría en un ser despiadado, cruel y resentido como Tiffany Times.

Todo cambió una tarde soleada en que salió a pasear para ver florecer los setos. Infinidad de noches pasadas en vela, entre lágrimas de incompreensión y tristeza, habían ido curando sus heridas y, si bien continuaban abiertas, ya no escocían como al principio. No deseaba darse por vencida, permitir que Tiffany se proclamara vencedora, pero las reglas del recato y la compostura para una dama eran tan rígidas en la ciudad, que su margen de maniobra quedaba reducido a casi nada.

¿Seducirlo? Qué estúpida pretensión.

Sujetaba distraída la varilla de su parasol, gozando del roce del sol en la cara. Dottie se quedó un poco rezagada frente a un matorral de florecitas púrpura, aspirando su intenso aroma. Y entonces, a unos treinta pasos de distancia, se topó con él.

Algún día tenía que ser, la casualidad tenía que funcionar a su favor. Y funcionó.

Ambos se convirtieron ipso-facto en piedra. Inmóviles, mirándose con una mezcla de excitación y temor difícil de describir. Al parecer, encantados y horrorizados por el encuentro. Gail dudó si continuar el avance por el mismo sendero o cometer un absurdo pecado de grosería, desandar lo andado y desaparecer tras la espesa cortina de árboles.

Clara fue más rápida.

Se desmayó.

Antes de que Dottie se percatara siquiera de que su señorita sufría un vahído, el noble escocés ya estaba arrodillado a su lado, evitando con su carrera que la dama llegase al suelo empedrado y se descalabrara.

—¡Señorita!

La muchacha dejó caer las florecillas que había recolectado y voló hacia donde Gail ayudaba a una Clara medio ida, a incorporarse.

—Traiga agua, vamos, consiga un poco de agua fresca y tráigasela —ordenó él.

La doncella, angustiada, asintió sin moverse del sitio, miró a su señorita y para su total pasmo, vio que le guiñaba un ojo pícaro antes de simular perder de nuevo el conocimiento. Instintivamente, los fornidos brazos del señor Barton rodearon a Clara con un estremecimiento de preocupación.

—¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Vaya a buscar esa agua, rápido!

—Sí, señor, sí. Cuide de mi señorita.

Dottie se esfumó aguantando la risa y fue a esconderse tras unos arbustos. Luego pensó que cumpliría mejor buscando algo refrescante para su ama que chismorreando, convencida de que ella misma le contaría todo más tarde, con pelos y señales.

—¿Estás bien? —Gail apoyó su manaza en la frente de Clara.

Ella fingió tratar de abrir los ojos sin conseguirlo.

—Estoy... muy mareada...

—¿Puedes verme? Ven, deja que te acomode aquí, en este banco bajo los árboles. Demasiado sol, Clara, demasiado ejercicio.

Ella esbozó una sonrisa de disculpa y durante unos segundos, se limitó a disfrutar de la calidez de su abrazo. De la ansiedad con la que Gail buscaba su abanico para hacerle aire, del modo en que sus manos agitadas recorrían su cuerpo. Finalmente lo encontró, aunque al desplegarlo se perdió entre sus dedos. Así y todo, hizo lo posible por abanicarla mientras ella se recomponía el cabello con una mano posada dramáticamente sobre el pecho.

—Sentí... —aceptó el abanico que él le tendía—, por un instante sentí que me moría.

—Por amor del cielo, qué cosa tan terrible, no digas eso.

La estaba tuteando. Qué maravilloso, mágico y tierno momento que los hacía retroceder a sus años de complicidad absoluta. Que no acabase, por favor, que no acabase.

Sin embargo, estaban en mitad de Hyde Park, con gente caminando por todas partes, ojos tan peligrosos como vigilantes. Ya el hecho de que la doncella la hubiese dejado sola con un caballero era criticable. Gail pareció reparar en eso y se movió sin abandonar el banco, distanciándose un par de palmos.

—¿Estás mejor? —Miró alrededor agobiado— ¿Dónde diablos se ha metido esa muchacha?

—No te preocupes, no tardará demasiado, mi Dottie es muy eficiente. Ya me voy recuperando. —Suspiró aliviada y lo premió con una radiante sonrisa que lo desarmó—. Tienes razón, ha debido ser el exceso de sol, en esta ciudad no estamos acostumbrados a que haga tan buen tiempo, a diferencia de algunas zonas del continente. Por cierto, no he tenido oportunidad de preguntar, ¿qué tal tu viaje?

—Productivo —informó en tono cortante y hosco.

Toda sombra de preocupación por ella, afecto y amabilidad se había esfumado. Clara comprobó con desencanto que su ceño se fruncía y el gesto de su varonil rostro se crispaba.

—¿No vas a decirme nada?

—¿Ya ha recobrado del todo el vigor? ¡Qué empuje el suyo!

—Ya que la coincidencia nos ha reunido y tan amablemente has impedido que me lastime, deberías contarme...

—¿De qué exactamente quiere usted hablar, señorita York?

Clara tragó saliva con esfuerzo. Sonaría tremendamente osado por su parte, pero iba a hacerlo. Se lanzaría con preguntas incómodas que una dama jamás debería plantear.

—¿Qué ha pasado entre nosotros?

Los ojos de Gail, del color de las hojas de los árboles en verano, se oscureció.

—¿Nosotros? ¿Acaso había un nosotros?

—Al menos tú deseabas que lo hubiera.

—¿Usted no?

—También, aunque quizá con algo menos de ímpetu.

—Pues puede quedarse tranquila. Ya no pienso presionarla con más impertinencias.

—Gail...

La mano de Clara se levantó sola buscando su mejilla. Y él retrocedió como si aquello, en lugar de dedos, fuese una víbora dispuesta a atacar.

—No puedo perdonarte —escupió de golpe—, no te perdonaré por más años que pasen, no voy a hacerlo.

—¿El qué no puedes perdonarme? —reclamó con ansia— ¿Qué es lo que he hecho?

—Lo siento. Esta conversación es de todo punto absurda e inconveniente.

Hizo amago de levantarse para desaparecer, pero los ojos húmedos de ella, la devoción con la que lo miraba y el ruego que desprendía su halo, lo impulsaron a quedarse. En contra de su voluntad, sus pies no se movieron.

—Gail, por favor, tengo que saber qué ocurre. Dame eso, al menos.

—¿De verdad no lo imaginas?

Ella negó desolada.

—Amy.

—¿Amy?

—Tus palabras llenas de veneno la indujeron a quitarse la vida. ¿Cómo pudiste hacer algo tan desalmado?

—Mis... ¿palabras? ¿Qué palabras?

—Ella confiaba en ti, siempre lo había hecho, te quería más que a su propia hermana y sin embargo, tras tantos años de apoyo y afecto, le pagaste haciéndola sentir miserable, indigna de la felicidad que le entregaba la vida.

A Clara se le secó la boca.

—¿Yo...?

—Eso solo lo haría una mujer con el alma negra, señorita York. ¿Cómo podría imaginar, ni siquiera por un segundo, que yo uniría mi futuro al de alguien de esa calaña?

—¿Quién...?

Las palabras se le atragantaron en la garganta. Gail movía desquiciado la cabeza a un lado y otro, en una eterna negativa, con más dolor del que podía expresar reflejado en los ojos.

—¿Quién ha podido acusarme de algo tan horrible?

Él se puso en pie de un salto.

—Por ahí vuelve su doncella, creo que no cometo ninguna incorrección retirándome, la dejo en buenas manos.

—Gail, te lo ruego, ¿quién...? —Bajó la cabeza súbitamente iluminada—. Ah, claro, Tiffany. No sé cómo no lo he sospechado antes.

El escocés no despejó su duda. Inclino la cabeza y simplemente, se marchó. Dottie la miró, llorosa, deshecha, y se apresuró a entregarle el vaso de agua fresca. Clara aceptó un par de sorbos.

—¿Qué ha sucedido? Todo iba tan bien, ha sido usted tan astuta... ¿Han hablado?

Clara asintió.

—¿Sabe ya qué es lo que lo tiene tan contrariado?

La joven dama asintió por segunda vez. Con aquella zarpa espantosa aprisionándole el

corazón, los pulmones, estrujándolo todo sin compasión alguna.

—Debería...

—¿Debería?

—Debería matar a mi prima.

Clara no era ninguna asesina, de manera que el impulso exterminador que la empujó a tomar al vuelo su sombrilla, avisar al cochero e introducirse en el carruaje como si fuera a apagar un incendio, se mitigó pasadas dos calles.

Eso sí, la sangre le bullía hirviendo dentro de las venas. ¿Cómo? ¿Cómo había podido ser tan miserable, vil, rastrera? Desde siempre sabía del aborrecimiento de Tiffany en su contra, pero hasta ese punto... ¿No le dolía lo más mínimo pisotear la memoria de su hermana? ¿Ni siquiera por los muertos mostraba respeto?

Se adentró en Times House como una exhalación. El servicio la adoraba, si la veían se les iluminaban los ojos recordando a aquella dulce chiquilla cantarina que cuidaba con tanto amor de la desdichada señorita Times. Preguntó por su prima al tiempo que sus ojos detectaban la presencia de la tía Cecile en el saloncito de visitas. Inmóvil, las manos en el regazo, el moño de cabello cano apretado en la nuca, la mirada perdida a través de la ventana. Lentamente, Clara se despojó de la capa, la entregó a la doncella junto con la sombrilla, y se aproximó.

—¿Señorita Times?

La mujer no se inmutó. Cualquiera diría que ni la escuchaba.

—¿Tía? ¿Tía Cecile?

Entonces sí giró el cuello, la miró un instante y le dedicó una esplendorosa sonrisa.

—¡Clara!

La joven corrió a su encuentro, se acucilló a su lado y le tomó las manos con cariño. Pese a que la temperatura en la estancia era confortable, las tenía heladas. La dama acarició el cabello color miel de su sobrina.

—¿Estás mejor? ¿Te cuidan bien? ¿Te aburres mucho?

—Estoy bien, querida. Mi vida se reduce a esto ahora que ni Amy ni tú estáis en casa.

Hablaba despacio, como si le costara un esfuerzo inaudito. Pero al menos se comunicaba, algo que durante años había bloqueado por completo.

—¿Sabes? No vivo demasiado lejos de aquí, podrías pedirle a Prudy que te acompañase y venir a tomar el té, digamos, ¿todos los miércoles? Después podría tocar el pianoforte para ti, ¿recuerdas cuánto te gustaba? Decías que te ayudaba a dormir por las noches. O puedo leerte novelas. Tengo algunas en marcha que te agradarían...

—Mi tía está demasiado delicada como para andar exponiéndose al frío de las calles.

La voz tajante de Tiffany cortó la bondad del ambiente con la eficacia de un hacha de leñador. Clara se irguió y la retó con ojos de fuego.

—¿Frío? Es la mejor época del año. Le vendrá bien cambiar de aires y distraerse.

—He dicho que no. Mientras yo viva en esta casa soy la responsable de su cuidado. Cuando me despose, puedes llevártela a vivir contigo si te apetece. Por lo visto, las obras de caridad son lo tuyo. No creas que con ellas conseguirás expiar tus pecados del pasado.

El estómago de Clara dio un vuelco feroz.

—¿Podemos hablar en privado?

—¿Tienes algo que contarme que tía Cecile no pueda escuchar?

—En efecto. Y no me hagas decirlo en voz alta.

Tiffany le lanzó una mirada de todo menos amistosa.

—Pues si no puedes mencionarlo en voz alta será que se trata de un asunto imperdonablemente sórdido.

El nudo de brea y espinas saltó hasta el pecho de Clara, luego subió a su garganta.

—Desde luego que lo es, no te quepa la menor duda. Y te concierne.

Tiffany abrió la boca para replicar, pero la señorita Times apoyó las manos en los reposabrazos y de su butaca y se puso en pie. Clara se apresuró a auxiliarla.

—Creo que me retiraré a mi alcoba hasta la hora del almuerzo. Por hoy hemos tenido suficiente. —Su mano pálida ascendió y buscó la mejilla de Clara—. Cuídate, querida, cuídate mucho.

Había sonado a advertencia. Clara se tensó mientras la veía abandonar la sala de recibir en compañía de una doncella a la que Tiffany ordenó cerrar la puerta. Acto seguido tomó asiento con desgana.

—¿Y bien? ¿De qué se trata eso tan importante que quieres discutir? Ya debe de serlo si te ha movido a visitarme, no es algo que hagas con frecuencia. Pero qué tonta soy, no nos has visitado nunca, ¿verdad que no?

—Déjate de juegucitos, no me queda humor para ellos y por si quieres saberlo, jamás has tenido la menor gracia.

Tiffany negó con un gesto de aburrimiento, mostrando su aparente superioridad.

—Está visto que no nos entendemos. ¿Bueno? ¿Qué es?

Clara dio un par de pasos en su dirección y siguió sin sentarse.

—¿Se puede saber qué clase de sucia mentira le has contado sobre mí a Gail Barton?

—¿Yo? —Compuso un gesto de inocencia que no había quién se creyera— ¿Al señor Barton? Oh, vuestro pequeño idilio. Me temo que no va por buen camino, ¿cierto?

—Acerca de Amy.

—Ignoro a qué te refieres. ¿Te apetece un té?

—¡Tiffany! —se desesperó—. ¿Tuviste la sangre fría de decirle que yo induje a Amy a quitarse la vida?

—No sé, tú sabrás... —Estiró una arruga imaginaria de su falda— ¿Lo hiciste?

—Jamás tuve una conversación de esa categoría con Amy, ¡jamás! Siempre cuidé mucho que las palabras que salían de mi boca la hicieran sentir bien, segura y en calma. En cambio tú,

su hermana... —Abrió con desmesura los ojos—. ¡Fuiste tú!

Tiffany se señaló a sí misma con un ademán descarado y burlón. Clara perdió los nervios y se plantó delante de ella tentada de abofetearla.

—¿Cómo te atreves a acusarme de un crimen del que solo tú eres culpable?

—¿De qué hablas? Has debido de volverte completamente loca, prima.

—Estabas endemoniada, celosa porque ella sí tenía un pretendiente enamorado, y no podías permitir que tu hermana, tullida y más joven que tú, se casara mientras permanecías soltera. Fue eso, ¿verdad? La atormentaste y seguramente la hiciste sentir infame, no merecedora de la felicidad... ¿Qué diablos le dijiste para afectarla tanto?

—Querida, ¿qué formas de hablar son esas? Se te nota el hospicio, queda claro que careces de modales.

Clara avanzó otro paso. En sus pupilas ardía una hoguera de cólera viva.

—Mira esta palma abierta. Como sigas mintiendo vas a comprobar hasta qué punto sé perder los modales.

Tiffany escapó de su radio de acción poniéndose en pie de un brinco, rodeando el sofá. Se quedó detrás, atrincherada y con las manos apoyadas en el respaldo.

—Es posible que mi hermanita y yo tuviéramos una conversación acerca de las conveniencias de su futuro, lo admito.

—Y después de esa charla... ¿Amy se quitó la vida?

—Eso no lo sabe nadie más que tú y yo.

—Eres la responsable de su muerte. Eres un monstruo.

Tiffany sintió que se le caldeaba la sangre de puro placer. No recordaba haber visto a Clara tan vencida, tan devastada. No estaba solo en entredicho su honestidad y la bondad de su corazón. También su amor desmedido por Amy y su reputación ante el hombre al que, obviamente, amaba. Tantos años tratando de borrarla del tablero de juego y ahora, de un único movimiento, casi por casualidad, todo encajaba de un modo perfecto.

Un regalo de su mente prodigiosa digna del mejor estratega. La satisfacción trepó desde

sus pies como un burbujeo. Se sintió invencible.

—No puedes probarlo. No podrías, aunque quisieras, ¿sabes el motivo? Yo soy la única que guarda las pruebas.

—¿Pruebas?

—Piensas que Amy te lo contaba todo, sin embargo, había alguien, más bien algo, en lo que Amy confiaba incluso por encima de ti, querida. Su diario. Mi pobre hermana dejaba allí constancia de lo que sentía y pensaba. Como supondrás, ese día fatídico no fue una excepción.

Clara la contempló boquiabierta.

—¿Quieres decir que...?

—Exacto. Toda la explicación de lo sucedido. Esas líneas de su puño y letra señalan a la causante de todo, la culpable de su desgracia. La prueba definitiva que nunca verán tus ojos.

Clara se llevó una mano al cuello, los ojos desencajados, impactada por sus palabras. No podía ser que aquella mujer estuviera regodeándose tan fríamente en una desgracia familiar, cercana y abominable. Su malevolencia, su capacidad para retorcer las cosas había crecido con ella hasta límites insospechados.

Por otra parte..., su prepotencia, la innegable arrogancia de la propia Tiffany, sin ella saberlo, le acababa de echar la soga al cuello.

Porque ahora Clara sabía cómo vencerla.

—¿Quién dices que la ha traído? —inquirió Gail atónito con la nota abierta en la mano.

—Un mozalbete de los recados, señor —informó el lacayo—. Ignoro si sirve en algún establecimiento o es un mozo de esos, de la calle.

—De acuerdo, puedes retirarte. Dile a Pepper que venga.

—Como ordene el señor.

En menos de dos minutos tenía frente a él a su mejor confidente rehusando con suma educación aceptar el vaso de whisky que su jefe le ofrecía.

—Lee y sorpréndete. —Le tendió la nota.

Pepper titubeó antes de aceptarla y leerla. Por más años que pasara junto a su patrón, jamás llegaría a acostumbrarse a su campechanía, a que lo considerase casi un igual en el trato, que lo hiciera partícipe de prácticamente todas sus intimidades. Tras repasar las líneas, su rostro denotó perplejidad absoluta. Gail respondió con otro gesto de connivencia.

—¿Qué te parece el giro de los acontecimientos?

—He de decir que no me esperaba algo así, señor, desde luego que no.

—¿Debería aceptar?

—Imagino que sí..., siempre que siga interesado.

El escoces arrugó los labios en una sonrisa torcida.

—Pongo ciertos reparos a bailar al son que me tocan, ya me conoces.

—Piense solo en su conveniencia, señor. El método, a veces, es lo de menos.

—¿Sabes qué? Como casi siempre, tienes razón, Pepper. Con franqueza, me carcome la curiosidad. —Alzó el papel y lo agitó en el aire—. Esta noche averiguaremos qué ha desencadenado el envío de esta extraña nota de llamamiento.

Había que dejar claro que seguía irritado por cómo lo trataron la última vez que estuvo allí. No olvidaría con facilidad, en sus peores borracheras y reyertas el comportamiento de sus oponentes había sido más considerado y noble que el de los matones cuando lo expulsaron del club. No le causaba ningún regocijo cruzar por delante de ellos, perseguido por sus escrutadoras pupilas. Seguramente, aquellos tipos también se preguntaban qué había cambiado para que de repente se consintiera su presencia en el Martín's.

Y no conseguía desterrar la sensación de que alguien le hacía un favor.

La puerta de los aposentos de la sultana se abrió para él, pero Gail permaneció estático en el umbral. La mujer se encontraba al fondo de la estancia, acabando de encender unas velas intensamente perfumadas. Giró para mirarlo y con una seña silenciosa le indicó que entrara.

—Sed bienvenido, señor del norte —saludó aquella voz gutural y susurrante que tan bien conocía.

A Gail lo enervó su desfachatez, que actuara como si no hubiese ocurrido nada entre ellos.

—¿Por qué me ha llamado? —la abordó malhumorado y un poco confuso.

—Echaba de menos vuestra compañía y vuestra destreza sobre el tablero. ¿Os parece una razón censurable?

—Desde luego que sí, sobre todo después de ordenar que me expulsaran del local con todos los deshones y golpes imaginables.

—Simples matices, ¿no os parece?

—No, nada de matices, sultana —refunfuñó.

—Dejad de haceros el ofendido y tomad asiento. ¿Una copa? ¿Una partida?

El escocés la miró atravesado. Después de pensárselo un rato, a regañadientes, aceptó tanto la butaca como el licor.

—No me gusta que jueguen conmigo.

—Puedo imaginarlo. No tenéis el aspecto de alguien que se permite ser un títere.

—Pues dígame qué se le ofrece, porque algo quiere, de otro modo su nota no tendría sentido.

La sultana flotó sobre el suelo alfombrado hasta colocarse a su lado. Se inclinó ligeramente sobre Gail y su perfume oriental lo envolvió aturdiéndolo.

—¿Y si estuviera dispuesta a daros eso que con tanto afán ansiáis?

Gail experimentó una sacudida que le recorrió la espalda como la punta de un dedo helado.

—¿Cómo dice?

En lugar de responderle, antes de que pudiera impedirlo, la sultana estaba a su espalda con un pañuelo de seda en las manos enguantadas, apartando sus mechones de la frente con suma delicadeza.

—¿Qué hace?

—Juguemos una partida de lo más interesante —susurró ella cerca de su cuello.

Gail se dejó vendar los ojos porque el ímpetu por saber qué As guardaba la mujer en la manga superaba su prudencia y todo lo demás. El olor a flores blancas de la seda se coló por su nariz, lo hipnotizó. El tacto suave del tejido acarició sus párpados. Todo se mantenía a un nivel razonablemente aceptable, hasta que la sultana se inclinó sobre él y Gail notó el roce de su aliento cerca de los labios.

La fuerza del instinto lo empujó hacia atrás y con una mano se arrancó la banda de los ojos. Seguramente, bajo su tupido velo, la sultana acababa de quedarse boquiabierta.

—¿Qué haces, mujer? ¿Qué es lo que se supone que pretendes?

—¿No es lo que deseáis?

—¡No! ¡Claro que no! ¡Solo quiero saber quién eres!

—¿Acaso no buscabais...?

—¡Ver tu cara! ¡Únicamente necesito ver tu cara!

—Un comportamiento poco habitual en un hombre. Debéis estar profundamente enamorado si rechazáis una oferta así —musitó la sultana, entre ofendida y desencantada.

—No te equivocas, lo estoy —admitió él con más honestidad de la que esperaba mostrar.

—Vaya. Entonces llego tarde.

—Nunca he pretendido este tipo de relación contigo. —De repente fue consciente de que la tuteaba—. Con usted. Es solo, solo...

La sultana se alejó de Gail dejando caer el pañuelo de seda a la alfombra por el camino. El escocés se pasó la mano por el denso cabello, alborotándolo aún más de lo acostumbrado. La misteriosa mujer lo observó por encima del hombro. Aquel aspecto rudo y un poco salvaje de hombre del norte pese a sus refinadas vestimentas, su porte, su altura, el brillo de su pelo cobrizo a la luz de las velas. Era absolutamente irresistible.

—Nunca pretendió llevarme a la cama —resumió ella abandonando su formal y anticuado tratamiento.

—No, creo que ya lo dije en su momento. Y lamento si algo en mi actitud o comportamiento la ha llevado a deducir que mentía... —Ella levantó una mano y la agitó en el aire indicando que no siguiera por ese camino—. Supongo que es lo que intentan todos los caballeros que la visitan.

—Ha dicho bien. Lo intentan. No soy una meretriz, señor Barton.

—Yo. No he dicho...

—Sin embargo, lo ha pensado. E intentó averiguarlo. No lo culpo. Es en un burdel donde me reúno con ustedes, ¿quién en su sano juicio pensaría otra cosa?

—Bueno, yo nunca la he tocado.

—Los demás tampoco. Se sorprendería de saber los motivos que inducen a esos

caballeros a visitarme. Todos son conscientes de que si lo que buscan son placeres de la carne, su lugar está en la planta baja. Al primer piso solo suben personas dignas exquisitamente seleccionadas. Charlas, consejos, escribo cartas de amor en su nombre a sus esposas, les leo en voz alta, o disputamos reñidas batallas al ajedrez, como es su caso.

Gail suspiró apretando las mandíbulas.

—¿Podría ofrecerme de nuevo esa copa? Creo que la necesito.

Se dejó caer en la butaca frente a la mesa. En su sobre, el tablero de ajedrez con las piezas meticulosamente ordenadas. La sultana se aproximó a pasos cortos con dos vasos de licor. Luego regresó al fondo de la estancia y trajo la botella. La colocó junto a las copas.

—Por si las honduras de la conversación nos obligan a repetir.

Barton tomó su vaso, hizo un gesto de brindis en su dirección y la apuró de un solo trago. Esperaba que el alcohol directo en vena le ayudara a lanzar la pregunta cuya respuesta tanto temía.

—Dígame algo, necesito que no me mienta. ¿Eres Amy?

La sultana estaba a punto de rellenar su copa y quedó paralizada, con la botella en el aire. Enseguida se repuso de la impresión, colmó el vaso y la posó con cuidado en la mesa.

—¿Quién es Amy?

—Mi hermana.

—Me temo que no soy su Amy. Pero me gustaría mucho que me contase qué lo ha llevado a deducir que pudiera serlo.

Gail clavó las pupilas en la mesa y sus dedos tamborilearon sobre la cara madera.

—Su forma de jugar al ajedrez. Ella..., ella era una maestra en este juego, dominaba a la perfección técnicas y tácticas que solo he visto repetidas en usted.

—¿Desde cuándo la busca?

—Suenas como si quisiera conocer toda la historia. ¿Quiere?

—Por favor, la noche es suya, señor Barton, la tiene reservada.

—Amy murió hace casi seis años. La versión oficial fue que su salud debilitada no logró superar un resfriado, cuando lo cierto es que se quitó la vida de un modo trágico y terriblemente injusto, envenenada por las palabras de la persona en quien más confiaba.

La sultana respetó con paciencia la larga pausa que el noble escocés marcó tras su primera confesión.

—Éramos amigos desde niños. Vecinos, nos criamos juntos. Ella..., ella estaba enferma, no podía caminar y yo me convertí en su mejor valedor. No obstante, tras la noticia de su muerte, las cosas cambiaron, y de qué manera. Mi padre me llamó a su despacho dos noches después de

conocer la noticia y me puso al corriente de algo que jamás habría imaginado y que seguramente aún no sabría de no haber muerto ella.

—Que eran hermanos —dedujo la voz rasposa de la sultana.

Barton asintió con la cabeza.

—De ahí el empeño de nuestros padres porque tuviéramos un trato cercano. No podía creerlo. Había perdido a una hermana sin haberle dicho que la quería. La última vez que nos vimos solo entendí que ya no éramos los críos que solíamos ser, todo era diferente, yo ya no sabía bien cómo tratarla. Y desperdicié mi oportunidad. Fue frío y distante cuando debió ser una explosión de afecto y abrazos.

La voz de Gail se quebró en un sollozo. Agachó la cabeza para que la sultana no lo viese llorar, aunque la mano de ella se posó en su antebrazo con un apretoncito de consuelo.

—No se flagele por lo que ignoraba. Hubiera sido hermoso poder confesárselo, pero no lo sabía. No tiene nada de lo que culparse.

—Desde ese momento... Me obsesioné pensando que quizá ella hubiera sobrevivido a sus heridas, ¿y si después de todo Amy no estaba muerta, solo escondida? Escondida del mundo y de la persona que la empujó a no querer seguir viviendo. Si era así, yo la encontraría, no cejaría hasta dar con ella. Y en esas, entré en este club.

—Buscando distracciones, me figuro.

—Se figura usted bien, no soy ningún santo, eso lo sabe todo el mundo. No estoy comprometido y me siento libre de disfrutar de cuantos placeres se me ofrecen.

—No está comprometido, pero está enamorado, al menos, eso me ha dicho.

—Sí, bueno, solo el cielo sabe en qué acabará esa truculenta historia. Se trata de alguien con quien no solía llevarme demasiado bien. El caso es que un camarero del club me ofreció una experiencia distinta, nada que ver con el sexo, aseguró. Y ya sabe lo que cuentan de la curiosidad.

—¿Qué mató al gato?

—Cuando la vi jugar... El modo en que sus dedos sujetan las piezas, cómo sobrevuelan

el tablero, casi danzando, antes de cada movimiento... en fin, tiene que disculparme, creo que perdí la cabeza. No lo negaré, soy muy dado a ofuscarme.

—El tesón y la imperturbabilidad son dos grandes virtudes, señor.

—Me temo que lo mío se parece más bien a la testarudez. Y me trae más quebraderos de cabeza que alegrías, eso también puedo asegurárselo. —Levantó el mentón y sus ojos húmedos la traspasaron—. Por favor, dígame que me concede su perdón. Antes de salir de esta estancia necesito saber que no la he ofendido.

—¿Acaso no piensa volver? No me decepcione, señor Barton, por lo que más quiera.

—Bueno, ya no tiene demasiado sentido, dado que no es quien busco.

—No obstante, juego al ajedrez de forma magnífica.

—Eso es cierto. —Sonrió amplio—. Sí que podría visitarla de vez en cuando y dejar que me machaque.

—No crea que es sencillo, nunca lo admití para no inflar su ego, pero es usted un rival más que digno. ¿Una partida?

—Ella lo tiene, Dottie, tiene el diario de Amy. ¿Puedes imaginar dónde?

—En su alcoba, señorita, en uno de los múltiples cajones de su escritorio o su tocador. Estoy convencida, no puede estar en otra parte.

—Tengo que hacerme con él.

—¿Con el diario? ¡Válgame, señorita! ¿Y cómo piensa hacerlo?

—Entrando en la casa cuando nadie me vea y robándolo.

Soltó aquello con tan tranquila naturalidad que Dottie se tambaleó sobre sus tacones de doncella.

—¿Cómo dice?

—Hay que esperar la ocasión propicia, un momento en que Tiffany no se encuentre en la

casa y todos duerman. Entonces yo...

—¿Cómo no va a estar la señorita Tiffany en su cama a esas horas? ¿Dónde pretende usted que esté?

Clara se permitió unos segundos de reflexión. Solo cabía una respuesta.

—No sé, viajando, por ejemplo.

—Pero ¿de qué manera va a conseguir usted que la señorita...?

Clara York se tapó las orejas con las manos.

—¡Dottie! Ya pensaremos en eso cuando llegue el momento. Ahora lo importante es encontrar el modo de colarme en la casa sin que nadie sospeche. No puedo ir de visita, ¿lo entiendes?

—¿Entonces? —De repente la muchacha cayó en la cuenta de lo que su señorita insinuaba y sus ojos se abrieron como platos— Dice usted, ¿entrar igual que los ladrones?

—Sí, algo así.

La muchacha desencajó la cara y se persignó tres veces seguidas a endemoniada velocidad.

—¡Válgame el señor del cielo con todos sus santos! No he oído nada, nada de nada, qué desatino.

Clara la sorprendió con una alegre carcajada.

—Adoro tu acento, Dottie, me pone de buen humor.

—Déjese de chanzas y de lisonjas, señorita, que no sé qué cara poner a lo que tiene usted en mente. Es que no parece que le provoque el más mínimo remordimiento —observó con escándalo.

—El fin justifica los medios. Mi prima es una ponzoñosa embustera sin escrúpulos, causante de la muerte de Amy. Debe pagar por lo que hizo.

Dottieladeó el cuello, meditabunda.

—Y de camino, lavaremos su reputación a ojos del señor Barton, que no es poco.

—El señor Barton parece íntimamente unido a la arpía Tiffany en estas últimas semanas.

—¿Puede que hasta anden enamoriscados?

—Puede. Si es lo que desea, allá él, no pienso mover un dedo para distanciarlos. Pero sabrá qué clase de alma negra tiene al lado, de eso no te quepa la menor duda. —Giró hacia ella súbitamente animada—. Dottie, ¿conoces a alguien que se dedique a...?

—¿A...?

—Ya sabes...

—No, señorita, no sé. Y tampoco sé si quiero saber.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

—Claro está, señorita, que no quiero malentendidos.

Clara bufó resignada.

—A apropiarse de lo ajeno. Alguien que pueda enseñarme cómo entrar en Times House sin ser vista.

—Pues ahora que lo dice...

El rostro de Clara se iluminó como un sol de primavera.

—¿Conoces a alguien?

—Conozco a un mozo que tiene un primo, cuyo abuelo se dedicaba...

—¿Ya estamos con tus interminables cadenas de conocidos?

—La última vez funcionó, ¿se acuerda? Más o menos.

—Bueno, supongo que es lo único que tenemos, como de costumbre. Concertemos una cita cuanto antes, que venga, quiero conocerlo.

—Tómese el té, señor Maxwell. Tenga cuidado, no vaya a quemarse. Las asas de estas tazas son tan diminutas y traicioneras... Y su mano es grande.

Dottie osó reprender a su señorita con un vaivén de cabeza. Resultaba gracioso verla tan excitada, entre descompuesta y curiosa. En cuanto al anciano, colorado como un tomate de huerta, turbado y torpe en sus movimientos, apenas se atrevía a moverse por miedo a manchar los lujosos asientos, el mantel, o quebrar un platillo.

—Me cae bien este señor, Dottie —prosiguió Clara animosa—. Parece..., parece..., un abuelo.

—Bueno, no le quepa duda de que debo ser el abuelo de alguien, señorita —murmuró azorado el hombre.

Clara se apresuró a borrar el efecto de sus frases.

—Por favor, no pretendía ofenderle. Quiero decir que no parece usted..., no parece...

—¿Un criminal?

La joven York se mordió la lengua. ¿Cuándo dejaría de ser tan atolondrada y empezaría a saber medir sus palabras?

—No debería sentirse mal, señorita, eso es lo que he sido gran parte de mi vida, un ladrón. Y la ley castiga a los que roban y los llama criminales.

La muchacha bajó la mirada embargada de vergüenza. Si los delincuentes tenían rostro, no era, desde luego, el de aquel viejecito venerable.

—Verá, señorita, me convertí en ladrón porque mis hijos y mi difunta esposa, que en gloria esté, se morían de hambre. No disponíamos de un chusco de pan que llevarnos a la boca. Bien sabe Dios que cada día que pasa me arrepiento de haber tomado el camino más fácil.

—Es el más difícil... cuando se tiene conciencia —replicó ella.

El peso de aquellos ojos enmarcados en arrugas fijos en ella la hizo empequeñecer. Una mirada intensa que olía a incompreensión.

—Pero ¿usted?

Clara agitó frenética las manos delante de la cara.

—Oh, no, yo no. Solo lo haré esta vez, se lo prometo.

—No tiene que prometerme nada, señorita, yo no soy nadie. ¿Puedo coger un pastelillo?

Clara agarró la cesta completa y se la colocó bajo la nariz.

—Tome, tome los que quiera. Le daré algunos para que se los lleve a casa. Puede parecerle sumamente extraño lo que le pido, es comprensible, pero tiene mi palabra, señor, de que también me mueve un objetivo noble.

El anciano sonrió benevolente.

—Mirándola, no me atrevo a dudarlo.

Los hoyuelos de Clara hicieron su aparición una vez más.

—¿No chismorreará la gente cuando me vean entrar de esta guisa en su casa? —apuntó a sus ropas ajadas, casi harapos.

—Nada de eso. Usted viene a casa a reparar..., ciertas cosas rotas. Me va a permitir comprarle un buen traje. Y el que quiera murmurar, que lo haga hasta quedarse ronco. Señor Maxwell —se inclinó agitada hacia adelante—, es tan importante para alguien que ya no está y a quien quería con toda mi alma esto que debo hacer, que me compensa cualquier riesgo.

El viejo movió la cabeza arriba y abajo.

—Cuente con todo mi saber, señorita que, sin querer alardear, es mucho. En mis tiempos

no había cerradura que se me resistiera. Puertas, ventanas, cajones, muebles, cajas fuertes... Lo que precise. Empecemos por lo básico: ¿sabe usted qué es una ganzúa?

El viejo Eduard no esperaba que una rica heredera resultara ser tan increíblemente habilidosa con las ganzúas. Clara York parecía haber nacido para ser ratera, solía decirle.

Y ella se ruborizaba hasta el nacimiento del pelo.

Sus finos dedos manejaban las ganzúas como si de un delicado instrumento musical se tratase. Y aunque tras casi mes y medio de entrenamiento el señor Maxwell juraba y perjuraba que ya estaba lista, que la alumna incluso había aventajado al maestro, ella no se decidía a dar por acabada la formación hasta esa mañana en que, sirviendo el desayuno, Dottie dejó caer la noticia mágica que lo cambió todo de un plumazo.

—¿Sabe que el señor Barton viaja en breve a Escocia con su madre y sus tres hermanas?

—No tengo conocimiento de nada de lo que hace últimamente el señor Barton, salvo que parece estar cortejando a mi prima Tiffany —replicó agria.

—Dicen por ahí que ahora que ha recuperado su fortuna, tiene intención de adquirir de nuevo el castillo familiar, ese que perdieron cuando se arruinaron, ¿sabe de cuál le hablo?

—No lo he visto en mi vida... —fue la distraída contestación de Clara, cuyo cerebro inquieto empezaba, contra su voluntad, a moldear una idea.

—Comentan que es una promesa que le hizo a las mujeres de su familia antes de que el padre muriera. ¿No le parece bonito de hartarse de llorar?

—Enternecedor...

—Aunque seguirán viviendo en Londres, al menos el señor, hasta que se case. Eso se rumorea. En cuanto a las señoras, es posible que pasen más tiempo en Escocia que aquí, en Inglaterra. Aunque las señoritas también tendrán que buscar marido...

—Ummm.

—Es probable que las ladies prefieran desposar caballeros escoceses. Me refiero a las hermanas Barton.

Del fondo de la garganta de Clara saltó un gruñido.

—¿Y cuándo se supone que viajan?

—En un puñado de días, señorita. Quién pudiera visitar esas tierras, las montañas, la naturaleza salvaje, los hombretones altos y fuertes que te miran y te arrancan la ropa a mordiscos... Lo siento. —Sus mejillas explotaron en rojo vivo—. Me he dejado llevar.

—Ya lo veo, Dottie, ya lo veo. —Clara aguantó la risa—. ¿No te parece que ese desplazamiento puede venirnos, pero que rematadamente bien?

—Pues no sé yo... No sé bien a qué quiere referirse la señorita.

—A que sería una idea magnífica que la prima Tiffany supiera de ese viaje y se ofreciera a acompañar a las damas.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque pasaría tiempo a solas con el señor Barton y eso no nos conviene. No le conviene a usted, quiero decir.

Clara asintió abstraída. La sola idea se cerró como un cepo afilado en torno a su corazón. Y apretaba. Cómo apretaba.

—Sin embargo, la quitaríamos de en medio unas cuantas noches. Es un riesgo que debo correr si quiero recuperar el diario —expuso casi sin voz.

—¿Y si ocurre algo irremediable? Ya sabe las ganas tremendas de la señorita Times por pillar esposo. Y el señor Barton, permítame decírselo, es una presa de lo más apetecible. Encima de apuesto es rico, muy rico. Y aseguran que es cuestión de semanas que también recupere su título de duque. ¡Ay, señorita!

Clara se insufló un valor que estaba lejos de sentir. Sus dedos estrujaron la servilleta de hilo.

—¿Qué te aflige tanto, Dottie? Si él está interesado en ella no hay nada que yo pueda

hacer. Parece enamorado, no quiere saber nada de mí y de ella no se separa.

—Podría ser por otros motivos.

—¿Qué motivos? Ella y su semilla maligna me han convertido en la villana de la historia. Yo soy la mala, ella es la buena. A mí no debe ni dirigirme la palabra, a ella debería incluso considerarla como candidata a esposa.

—El señor nos libre. —Dottie se persignó a toda prisa.

—Tiffany Times, duquesa. Su más ambiciosa meta cumplida.

—¿Va a rendirse?

—No está en mi condición hacerlo, pero empiezo a considerarlo.

—No lo haga, señorita, ni lo piense siquiera. El señor Barton tiene que ser para usted, convertirse en su marido.

La doncella observó los ojos empañados de su señorita. Clara estaba irremediablemente enamorada, renunciar a Gail Barton era como arrancarle un pedazo de alma. No obstante, al mismo tiempo era fuerte y voluntariosa, dispuesta a cualquier sacrificio con tal de que se hiciera justicia.

—Son ustedes tal para cual —insistió—, lo eran desde críos, todo el servicio lo comentaba. Era algo... algo invisible entre ustedes dos que podía palparse.

Clara sonrió ante la conmovedora ingenuidad de su doncella, que más que sirvienta se había convertido en su mejor amiga. Ojalá pudiera confirmar sus deseos, asegurarle que una unión entre ambos sucedería, porque ella también lo anhelaba con cada fibra de su ser. La realidad parecía ser otra bien distinta. Bastante más amarga.

—De momento, pon a trabajar tu red de criados, Dottie. Asegúrate que mi prima conoce con todo lujo de detalles el plan viajero de los Barton. Y reza para que no sea tan estúpida como para pasarlo por alto.

Dicho y hecho.

¿Boba? ¡No! Ni por asomo.

En cuanto Tiffany Times supo de la oportunidad de oro que se le presentaba, se dijo a sí misma que no podía dejarla escapar. El camino a Escocia en compañía de la madre y hermanas de Gail aseguraba la protección de su honra y cortaba de cuajo cualquier habladuría que pudiera comprometer su reputación. Al mismo tiempo, le permitiría intimar con ellas, adularlas, ponerlas de su parte. Es una verdad mundialmente conocida que la mejor forma de cazar a un caballero es enamorando a su madre.

Se hizo coser ocho trajes nuevos. A cada cual más suntuoso, siguiendo la última moda en tierras escocesas, con algún que otro detalle folklórico, deslizado como por casualidad, que ablandara el corazón de su futura suegra y cuñadas.

No obstante, quedaba lo más complicado, el peor escollo a saltar. Coincidir con ellas, autoinvitarse y que todo sonara natural. A través de su doncella espía supo de las visitas y encuentros sociales que frecuentaban las Barton, anotó el nombre de sus salones de té preferidos y aquella tarde, tras un buen rato vagabundeando por Bond Street fingiendo comprar telas, anhelando coincidir con ellas en alguna tienda, acompañada de su leal compinche, se dejó caer por el salón adecuado como por mano del destino.

Tal cual entró, divisó a las damas Barton en una mesa al fondo de la estancia. Parecían muy animadas y felices. Quién no lo estaría, se dijo Tiffany, a punto de convertirse de nuevo en duquesa viuda, hermanas de un duque, a nada de recuperar el castillo de sus ancestros, con más fortuna de la que podrían gastar en sus insulsas vidas. La señorita Times forzó una sonrisa encantadora y se dirigió directamente a ellas.

—Señora Barton, señoritas Barton, cómo me alegro de verlas después de tanto tiempo...

La matriarca tardó en entender que el entusiasta saludo iba dirigido a ellas.

—Soy Tiffany Times, la hija del conde de Mist, señora, ¿no recuerda?

La dama dobló el cuello de forma llamativa, sin acabar de entender tanta efusividad en una joven cuyo rostro apenas si le resultaba familiar.

—Nuestros señoríos eran vecinos cuando éramos pequeños —agregó la recién llegada.

Las hermanas Barton se miraron un tanto confusas. Recordaban a Amy, la chiquilla en silla de ruedas, pero no a su distante hermana mayor, que siempre se había considerado demasiado madura para sus juegos infantiles.

—Pero el conde murió, ¿no es cierto? —tanteó la señora Barton.

—Sí, por desdicha, hace ya mucho. Mi hermana y yo fuimos a vivir a casa de mi tía Cecile.

—Tengo entendido que... que su hermana también...

—En efecto. Estaba muy enferma, su salud siempre fue delicada en extremo, señora. Cualquier malestar en ella se multiplicaba y se transformaba en complejo. De hecho, un ligero resfriado al que nadie concedió de entrada importancia alguna terminó convirtiéndose en letal.

—Vaya, lamento oír eso. Habíamos tenido noticia al respecto a través de mi hijo. Aprovecho este encuentro para transmitirle nuestras condolencias.

Tiffany sacó un pañuelito del bolsito que llevaba colgado del antebrazo y se secó una lágrima imaginaria.

—Lo cierto es que en su lecho de muerte prometí a mi difunta hermana visitar las bellas tierras de Escocia, un viaje que siempre planeamos hacer juntas. Ahora, tras el triste desenlace, lo

haría sola, acompañada de su espíritu. Contemplando las hermosas montañas del norte le rendiría el homenaje pendiente...

Tiffany marcó una pausa dramática y observó el resultado de su exposición. Las cuatro Barton la observaban con una pizca de curiosidad en las pupilas, pero ninguna despegó los labios.

—El caso es que hasta ahora no he podido cumplir con mi palabra, no puedo viajar tan lejos en solitario, me expondría a terribles peligros. Y vivo atormentada imaginando que el alma de mi pobre hermana no descansa en paz.

Otra pausa. Ominoso silencio.

—Como saben, una dama siempre debe cumplir sus promesas.

—Podría venir con nosotras —ofreció impulsivamente la menor y más ingenua de las Barton.

Su madre le lanzó una mirada reprobadora. Pero Tiffany ya había enganchado el cabo que le tendían y no iba a soltarlo.

—Oh, ¿en serio? ¿En serio viajan ustedes a Escocia? ¿Cuándo?

—En breve —murmuró seca la dama mayor.

—Entonces, yo podría... Disculpen, ¿les molesta que tome asiento?

Antes de que pudieran responderle, ya había ocupado una silla tapizada en terciopelo, visiblemente alborotada y feliz.

—Eso sería tan magnífico, por fin podría cumplir la promesa que hice y cuya inobservancia está rompiéndome el corazón.

—Quizá la zona a la que nos dirigimos no sea de su conveniencia... —dejó caer la matriarca con aire algo más resignado.

—Lo cierto, señora mía, es que cualquier punto de esa excepcional tierra me vale. Mi hermanita y yo teníamos la intención de recorrerla entera. —De nuevo el pañuelito, un gimoteo y el llanto fingido que logró desasosegar a las Barton.

La joven que había extendido la invitación sin consultar con su madre hundió la mirada

en su taza de té. Las tres restantes se observaron confundidas, sin articular palabra. Iba a resultar que, sin comerlo ni beberlo, acababan de sumar una viajera más al periplo. Aquella muchacha no les agradaba especialmente, aunque tampoco es que el detalle tuviera, a esas alturas, mucha importancia. La recordaban casi de niña, bastante impertinente, puede que hubiera madurado y cambiado hasta convertirse en una mujercita amable y sofisticada con la que diera gusto conversar.

¿Por qué no?

—Bueno, pues parece que tenemos un inesperado acuerdo —silabeó la señora Barton con gesto ambiguo—. Pensamos partir en tres días, muy de mañana. Si tiene a bien disponer su equipaje y nos facilita sus señas, enviaremos a nuestro cochero a que la recoja.

Sin poder dominar la emoción que la embargaba, saltándose toda regla de protocolo, Tiffany tomó la mano de la matriarca Barton entre las suyas y la apretó con acalorado brío.

—Señora, señora, no imagina lo mucho que le agradezco el detalle. Solo yendo en su compañía podré sentirme segura y cumplir los votos que tengo pendientes y que tanto daño me hacen. Le debo la vida.

La señora Barton recuperó su mano atrapada con un suave tironcito.

—No hace falta ser tan extremista. Es un favor sin importancia entre vecinos, nada más, no se apure.

Tiffany volvió a hacer uso del pañuelito, se despidió de todas con impostado agradecimiento y cortesía y salió por la puerta del salón de té como si hubiera olvidado que entró para merendar. La señora Barton arqueó las cejas con la mirada fija en el punto por el que la muchacha había desaparecido.

—Esta jovencita... Tiene algo que no me gusta. No sé decir, es una impresión personal. —Lanzó a su hija menor una mirada de advertencia—. Procura mantener cerrada la boca la próxima vez, Serena, no te anticipes. Me constan tus buenas intenciones, pero nos has metido a todas en un compromiso, querida.

—¿No iremos demasiado apretados en el carruaje, madre? —preguntó la mayor de las

Barton.

La dama se encogió ligeramente de hombros y acto seguido se ocupó por entero de su té que empezaba a enfriarse.

—Evidentemente. Menos mal que a tu hermano le gusta cabalgar.

Dottie entraba por la puerta farfullando, quejándose del mal verano que estaban sufriendo, con tan escasos días de sol y temperaturas tan desagradables que más parecía un otoño suave. Soltó la cesta colmada de hortalizas sobre la mesa de la cocina y corrió al encuentro de su señorita con las mejillas como dos amapolas.

—Ya, señorita York —anunció radiante—. Ya.

Los ojos ámbar de Clara soltaron un chispazo de excitación.

—¿Ya?

—Ya está sola la casa. Bueno, con el servicio y la vieja señorita Times. Pero ella no cuenta, porque no sale de su alcoba.

—Además la visita será esta noche, es de suponer que todos duerman.

Dottie se retorció las manos con nerviosismo mal disimulado.

—¿Está usted segura de eso que quiere hacer? Mire que como la descubran...

—Lo positivo es que todos los criados de esa casa me conocen, no es como que te sorprendan robando en casa ajena.

—Es que se trata de una casa ajena, señorita —le recordó la abnegada doncella.

—Bueno, ya me entiendes.

—No, no la entiendo, porque lo que usted pretende se llama robar. —Fue bajando el volumen de la voz hasta llegar a la última palabra, apenas susurrada—. Si usted misma lo ha dicho.

—No estando Tiffany, el resto de los ocupantes de esa casa no me infunden ningún miedo.

—Entonces, ¿a qué ir por la noche abriendo puertas como una delincuente? Podríamos ir de visita, juntas, como quien no quiere la cosa, igual que he hecho yo hoy. Y mientras distraigo a las criadas, usted se cuela en el dormitorio de la señorita Tiffany y...

—Agradezco tu ofrecimiento, Dottie, de veras que lo aprecio. Pero es mucho más seguro entrar de noche. Nadie va a enterarse, iré y volveré como el humo, sin hacer el menor ruido. Y cuando Tiffany eche de menos el diario e interrogue al servicio, que lo hará, y de modo contundente, ya la conocemos, nadie se verá comprometido ni en un aprieto.

—Pero señorita...

Clara le sujetó el brazo y le dio un apretoncito.

—Entiende que durante el día es mucho más probable que alguien me descubra. Y callarían por el cariño que me tienen. No quiero poner en peligro el sustento de nadie, esos criados necesitan de su puesto de trabajo, tienen familias que mantener.

—Permita al menos que la acompañe.

—¿Con qué objeto? Iré más rápido y ligera sola.

Dottie arrugó su naricilla pecosa. Agobiada y muerta de miedo.

—Todo va a salir bien, muchacha, no te aflijas. Ese libro es la única llave de mi salvación y de la justicia que le debemos a Amy.

—¿Piensa mostrárselo al señor Barton?

—Por supuesto que sí, en cuanto pueda reunirme con él.

—¿Y se comprometerán entonces?

La sonrisa se congeló en el bello rostro de Clara. Hasta los deliciosos hoyuelos de sus

mejillas se borraron.

—Ni soñarlo. Él ha creído a Tiffany sin ningún fundamento más allá de su palabra. La ha creído y a mí me ha apartado. No pienso perdonar semejante afrenta. Le restregaré su grave error por la cara y después de eso, nunca más volveré a dirigirle la mirada.

—No entiendo, señorita, usted... Usted lo ama.

Clara tragó saliva con sumo esfuerzo. Solo pensarlo, solo reparar en aquello a lo que tendría que renunciar, sentía que le ardía el pecho.

—Tendré que guardarme ese sentimiento en el bolsillo. Ya se me pasará. Con el tiempo.

—Señorita...

—Con el tiempo, Dottie, con el tiempo todo se pasa.

«Espléndida noche para romper cerraduras».

Esa había sido la frase de despedida de la señorita Clara al abandonar la mansión, vestida como un mozo de faena, íntegramente de negro, ante la mirada compungida de la insobornable Dottie que no comprendía su empeño de jugársela a solas.

—Vuelva pronto, señorita —rogó—. Y no corra riesgos innecesarios.

—Queda tranquila, Dottie, conozco Times House como la palma de mi mano.

Un hondo suspiro que se quedó pegado a su oído y no la abandonó mientras el coupé callejeaba hasta la casa de su tía. Era noche cerrada, sin luna que alumbrara sus pasos. Clara lo prefería así, tampoco la delataría. Tras apearse del carruaje indicó al cochero que la esperase a dos calles de distancia para no ser visto ni identificado. El hombre, más horrorizado que confuso, obedeció sin rechistar. No hubo preguntas, solo una fusta restallando en el aire y el golpeteo de los cascos de los caballos contra el suelo.

La primera cerradura a la que se enfrentó la joven fue la de la verja lateral, medio oculta por los sicomoros. Le sorprendió comprobar lo fácil que resultaba. Desde ahí, cruzó un jardín

poco ancho a oscuras y se apostó junto a la puerta de la cocina, la entrada por la que llegaban los suministros y las provisiones desde el mercado. Sus ganzúas manipularon la vieja cerradura que con un chasquido seco cedió. En un abrir y cerrar de ojos, Clara puso un pie dentro de Times House.

La cocina olía tal y como la recordaba. El aroma de los guisos de la señora Pomfry impregnaba las paredes como un perfume de calidad. Allí había transcurrido parte de su infancia y sus recuerdos, rodeada de mozas de cocina y fregonas, riendo con sus historias, eran entrañables. Su tía y su prima mayor no habían sido, lo que se dice una familia amorosa, pero el resto de los ocupantes de aquella mansión, sí. Y con ternura y afecto los recordaba.

Subió la escalera de puntillas sin hacer el menor ruido y se dirigió a la alcoba de Tiffany, rezando para que siguiera usando la misma. Revisar todos los cuartos hasta dar con el suyo implicaría perder un tiempo precioso. Por fortuna, su prima era una joven de escasa imaginación y su dormitorio se mantenía exactamente igual a como lo recordaba. Frío y sin personalidad. Hasta los mismos colores.

Clara sacudió la cabeza impresionada. Aún no daba crédito al repentino interés de Gail por ella. ¿Se habría declarado? ¿Estarían a punto de comprometerse? ¿Qué estaría sucediendo en Escocia en aquellos momentos? Una punzada de dolor le atravesó la columna. No había creído en ella. Anunció un cortejo que jamás llegó, y enseguida había estado bien dispuesto a dar pábulo a una historia espeluznante con ella como ángel exterminador. Qué injusto. Él que conocía su alma y lo más íntimo de su ser a través de tantas cartas, como ella conocía la de él. Qué decepcionante, qué amargo desengaño.

No lo perdonaría mientras viviera.

La alcoba de su prima también olía a lo de siempre. Un perfume denso y algo pesado que Tiffany encargaba a un perfumista oriental afincado en Londres que únicamente servía a clientas octogenarias. Tiffany era rancia, desde niña. La maldijo unas cuantas veces mientras a tientas, sus manos registraban el fondo de los cajones. Localizó una palmatoria pequeña, con un cabo corto de vela y lo prendió para ver mejor tras correr del todo las gruesas cortinas y clausurar bien

la puerta.

El secreter. La mesita pequeña junto a la cama. Los cajoncitos del tocador. El armario grande, entre los vestidos, las camisolas y las faldas. Nada.

Se oyó resoplar. Con las manos apoyadas en las caderas miró alrededor sin distinguir más que bultos borrosos, preguntándose dónde podría ocultar su prima algo tan valioso...

—Entonces, esos documentos con el sello real que llegaron a casa justo antes de partir...
¿Son...?

—¿Es cierto, hermano? ¿Significa que todo está listo?

La señora Barton lanzó a sus dos hijas una mirada censuradora que recomendaba silencio.

—Queridas, bajad la voz. No es preciso que todo el mundo en la posada sepa de nuestras componendas familiares.

Serena gruñó. Pese a haberle inculcado una radical obediencia a los mandatos de su madre, cuando la jovencita se excitaba, nunca cerraba la boca demasiado tiempo. Era impulsiva, vehemente, pasional. Y solo tenía doce años. Más que vivir la vida, Serena Barton la devoraba.

—Sí, hermanitas —sonrió Gail en un susurro—. Todo está en marcha ya.

Los ojos de la matriarca se pasearon nerviosos por la bulliciosa estancia, aliviada de comprobar que cada cual iba a lo suyo sin atenderlos a ellos, deteniéndose un instante muy breve en Tiffany. Gail entendió a la perfección las cautelas de la dama.

—Se lo prometiste a madre y has cumplido, hermano, no podemos estar más orgullosas de ti —agregó efusiva Peyton, la segunda de las hijas.

Gail carraspeó ligeramente incomodo.

—Habrá que empezar a llamarlo excelencia, milord —canturreó Tiffany dando a

entender que estaba al tanto de toda la historia—. No tengo por menos que darle mi enhorabuena, el título de duque de Montrose vuelve al lugar de donde nunca debió salir.

—Deberíamos celebrarlo —exclamó dichosa la pequeña Serena.

Su madre hizo un gesto de silencio con la mano.

—Ya lo celebraremos cuando regresemos a casa. En la intimidad y sin extraños, como debe ser.

Gail se removió inquieto en su silla. Miró su plato vacío, su copa de vino a medio apurar y de repente, el ambiente se le antojó asfixiante. Las conversaciones en murmullos mezclados, el calor de la chimenea, el olor a guiso casero, Tiffany fingiendo no darse por aludida con la frase de su madre. Se puso en pie de un brinco.

—Salgo un momento a tomar el aire.

—Aún es temprano —observó la señora Barton—, pero creo que nos retiraremos a descansar. Hay poco que hacer por aquí y mañana nos espera otra jornada de duro viaje.

Con un cabeceo de asentimiento, el joven escocés se despidió de las damas y buscó la puerta como quien busca el oxígeno después de ahogarse. Minuto y medio después, Tiffany abandonó su silla con una sonrisa desmedida en el rostro.

—Yo no conozco el pueblo así que, si me lo permiten, iré a dar una vuelta, tengo cierta curiosidad.

—¿Sola? —se escandalizó la señora— ¿A estas horas? ¿No avisa a su doncella?

—Sí, claro, ella vendrá conmigo. No tema, no pienso alejarme demasiado de la posada.

—En cualquier caso, no es procedente que una señorita de su edad deambule sola por mitad del campo, podría pasar cualquier desgracia o verse implicada en alguna situación poco decorosa.

Tiffany sonrió lobuna.

—Por fortuna esto no es Londres, milady, estamos en Escocia, la libertad manda.

Y dejándolas con la réplica en la boca, salió a paso firme del comedor, sin detenerse en la mesa cercana donde cenaba el servicio. Su doncella, a pique de atragantarse con el último

bocado, separó su silla y la persiguió como si su honra dependiera de que no se le escapara.

—Forzaré un encuentro con el duque. Procura extremar la discreción, mantener las distancias y no molestar —aleccionó Tiffany entre dientes cuando la muchacha se puso a su altura—. Oh, míralo, allí está, bajo aquel árbol enorme.

Gail únicamente deseaba estar un rato a solas. Por lo visto, un anhelo de difícil cumplimiento estando rodeado de tantas damas. No es que Tiffany le desagradase, tampoco lo contrariaba que se hubiese sumado al viaje, si algún nombre podía ponerle a lo que le inspiraba era indiferencia. El caso era que no lograba sacarse a Clara de la cabeza, la joven York ocupaba todos sus pensamientos, le robaba la calma y aquello lo desesperaba. La desagradable sensación de querer perdonar lo que quiera que hubiese hecho y la certeza del no deber hacerlo, lo estaba ahogando.

Sin embargo, cada paisaje que divisaba, cada rayo de sol y cada nube, le recordaba su contagiosa sonrisa, el modo en que se rasgaban sus preciosos ojos al reír, el brillo de sus dientes, los hoyuelos que se formaban en sus mejillas. Clara era sinónimo de vida plena, alegría y optimismo.

Demonios, la echaba de menos.

Cuanto más se repetía que no debía pensar en ella, más espacio conquistaba en su pequeño mundo.

—¡Señor Barton! Me alegro de encontrarlo aquí fuera. Podría mostrarme algo de la zona, es un pueblo muy bonito.

—En efecto, lo es —repuso distraído.

—¿Queda muy lejos Gretna Green? Ese lugar entre legendario y prohibido al que huyen las parejas que desean casarse al margen de la ley... —insinuó con voz de falsete.

Gretna Green. Sin comprender bien el motivo, una escena cruzó como una ráfaga su mente. Se vio a sí mismo pronunciando ante el yunque unos votos de fidelidad y amor con los ojos de Clara frente a él y sus manos trenzadas.

—Me lo pregunta como si no lo supiera.

—No lo sé, de ahí que se lo pregunte.

—Estamos en el condado de Dumfriesshire y ese es justo —su dedo estirado marcó una línea invisible en el horizonte— el límite de Gretna Green. Es la aldea de al lado.

Ella soltó un carraspeo que pretendía sonar inocente.

—Entonces podríamos escapar ahora, en cualquier momento y formalizar una promesa que nos uniera en sagrado matrimonio para siempre.

—Supongo que podríamos. Si fuera eso lo que deseamos —mascó con el corazón oprimido y triste.

Tiffany empleó todo su arsenal a fin de impedir que su decepción fuera visible. Soltó una risita poco convincente.

—Es usted terrible, milord. Sabe bien cómo no adular a una dama.

—He de reconocer que me muevo de forma un poco torpe en esa fina línea entre la descortesía y el meterse en un problema, señorita Times. Será que estoy más acostumbrado al mundo de los negocios que al del galanteo.

—No es lo que cuentan los mentideros de la ciudad —dejó caer con tono sugerente.

—Los mentideros se llaman así precisamente porque mienten. No haga demasiado caso de lo que oye. Podría sufrir un desengaño.

Consciente de que en esa dirección no avanzaría mucho más, Tiffany simuló aspirar el aire perfumado y fresco de la noche que se acercaba, como si le provocara un inmenso placer.

—Habría sido maravilloso poder venir con la querida Amy. Conociendo su talante sensible, estos paisajes la habrían arrebatado. Lo planeamos tantas veces, era nuestro sueño común por cumplir. Nadie habría imaginado el desenlace...

—Es curioso —la interrumpió el caballero—, Amy siempre me dijo que visitaría Escocia en compañía de su prima Clara.

Tiffany lo fulminó con una mirada de despecho que olía a fuego y sal.

—¿No le parece de muy mal gusto mencionar a esa mujer precisamente cuando hablamos de mi hermana? Ya sabe cómo acabó todo.

Gail cabeceó ensimismado.

—Lo sé. Sé lo que usted me ha contado.

—Que por desgracia, coincide, punto por punto con la verdad. Créame, señor, ojalá la realidad no fuese tan espeluznante.

—Es que todavía me cuesta creerlo. La Clara que yo conozco habría dado la vida por Amy.

—La Clara que usted cree conocer era sumamente hábil dando a cada cual lo que esperaba recibir, consciente de que de su ingenio dependía su supervivencia. No la culpo, una muchacha abandonada en un orfanato, ambiciosa y desesperada, desarrolla las peores artes. ¿Cómo cree que se hizo un hueco en Times House? ¿Por qué piensa que tía Cecile la aceptó, la alimentó y mantuvo durante tantos años?

—Quizá..., ¿porque era la hija de su hermano mayor?

—La hija bastarda, milord, no lo olvide nunca. Clara no es ni será en la vida una Times de pleno derecho. De todas formas...

Tiffany guardó silencio cavilando qué decir a continuación. Empezaba a ver que se había pasado de optimista creyendo que todo el trabajo con Gail Barton estaba hecho y garantizado, que con la fuerza de sus acusaciones él renegaría de Clara, la aborrecería sin más. Pero el duque le estaba dando muchas vueltas. Vueltas que a ella no le convenían en absoluto.

—¿Qué iba a decir, señorita Times?

—No sabemos el modo en que sucedieron las cosas. Puede que no hubiera realmente una mala intención por su parte, solo envidia malsana, temor a que el pretendiente de Amy pidiera su mano y ella se quedase en la calle, sin señorita a la que acompañar, de nuevo sola en el mundo.

—Es una posibilidad.

—Seguramente no aventuró cuál podría ser la reacción de Amy al sentirse tan miserable. Solo Dios sabe qué maldades salieron por esa boca. Sea como fuere, no demostró misericordia, ni bondad, ni honor. Ni una pizca siquiera.

Con un entrecortado suspiro que fue más bien un rugido, Gail puso punto final a la

conversación que tan poco bien le estaba haciendo a su espíritu.

—Disculpe que no la acompañe en su paseo, señorita Times, veo que dispone de doncella. Voy a retirarme, han sido muchas horas de cabalgada y me temo que mañana mis piernas protestarán desde bien temprano.

Antes de que ella pudiera objetar algo, Gail marcó una reverencia tan cortante como respetuosa y se adentró en el sendero de regreso a la posada. La doncella oyó bufar a su ama que se había quedado con la boca abierta, furibunda por el desplante.

—No puedo permitir que recule. Está dando pasos atrás cuando pensé que salir de Londres y disponer de tiempo a solas nos beneficiaría. Tengo que pensar el modo de preparar una encerrona. Piensa algo, rápido, algo que funcione.

Clara cruzó la alcoba y se arrodilló junto a la cama con dosel. Sus manos inquietas se colaron debajo del colchón y palparon la superficie donde estaba apoyado.

Nada.

Nada.

Algo metálico, duro, en un saquito de terciopelo. Una llave.

La sacó con una mueca de perplejidad. ¿A qué cerradura podía corresponder? Todos los cajones y puertas con los que se había topado estaban abiertos. Salvo...

Fijó de nuevo la atención en el arcón a los pies de la cama. No estaba cerrado con llave y ya lo había registrado, no contenía más que sábanas y un par de vestidos viejos, pero volvió a revolver su contenido con mayor ahínco. En la base, bajo los tejidos meticulosamente doblados, sus dedos tropezaron con un saliente, una suerte de puertecita en la que no había reparado antes. A tirones vació el baúl y alumbró el interior con la vela. En efecto, todo apuntaba a la existencia de un doble fondo al que se accedía gracias a una diminuta puerta con cerradura.

Podía haberla franqueado a golpe de ganzúa, sin embargo, algo le indicaba que entre los dedos tenía la llave correcta. La pieza de metal encajó a la perfección en el orificio y cuando la giró, con un *clic* blando, la pieza de madera se desprendió de su lugar de descanso como si saltara.

El corazón de Clara se aceleró sin querer. Levantó la pequeña puerta, metió la mano hasta el codo y trasteó a ciegas en el espacio hasta dar con lo que buscaba. El libro. El diario de Amy, el corazón y el alma a pluma de su querida prima.

Una lágrima escapó mejilla abajo, el librito apretado contra el pecho. Se tomó un minuto allí, arrodillada frente al arcón abierto, una montaña de sábanas y tela revuelta a su derecha y las sombras de un dormitorio en penumbras. Luego se secó los ojos, accionó la llave para cerrar el compartimento secreto, y se dedicó a doblar concienzuda cada pieza de tejido antes de devolverlo a su sitio.

Cerró la tapa del arcón y se puso en pie con el diario de Amy todavía arropado entre los pliegues de su vestimenta, pegado al lugar donde retumbaba su latido. Y entonces, al girar sobre sus talones dispuesta a marcharse sin demora, una silueta recortada contra el umbral de la puerta la hizo respingar.

Más que eso, se le cortó la respiración. La palmatoria estuvo a punto de resbalar de sus manos al suelo.

—¿Señorita Times?

La figura de mujer avanzó hacia ella, con parsimonia, en completo silencio, hasta entrar en el reducido círculo de luz amparado por la vela. Dos ojos vidriosos la repasaron de pies a cabeza, se detuvieron un instante en el libro, luego buscaron sus pupilas y a continuación, en contra de todo lo esperado, sonrió.

—Tía Cecile. Soy tu tía Cecile —murmuró su voz cascada.

—Yo..., tía... ¿No va a preguntarme qué hago aquí?

La mujer negó con la cabeza. Su cabello recogido en un moño bajo era ya por completo blanco y desde la última vez que se habían visto, no hacía casi nada, parecía haber envejecido otro par de años.

—Sea lo que sea lo que buscas, espero que lo hayas encontrado.

Cecile apoyó su mano temblorosa en el antebrazo de Clara, peligrosamente cerca del cuaderno. No obstante, la joven no detectó en ella intención alguna de apropiárselo. Ni tan

siquiera curiosidad.

—Nunca te pedí perdón y debí hacerlo, querida. Muchas veces. Por el desamparo, por el compromiso que no cumplí, por tus años de soledad pensando que carecías de familia.

—Señorita Times, no...

—Tu padre te quería, chiquilla, eras lo más importante de su vida. Te confió a mi cuidado y lo traicioné. Por eso el cielo me castigó llevándose a Amy.

—No diga eso, tía, usted hizo todo lo que pudo.

—Pude haber hecho mucho más. Ellas se criaron como señoritas pudientes mientras tú dormías en un orfanato y fregabas suelos. Algo que no me perdonaré mientras respire.

Mucho más relajada, Clara respondió a su gesto de afecto tomándola de la mano.

—Escuche, tía, no le diré que fue fácil, pero esa vida me hizo fuerte, valiente, me hizo ser quien soy hoy, alguien que no se arredra ante las dificultades y sabe salir adelante sin ayuda.

—Debí ocuparme de las tres por igual. Traerte bajo la condición de criada fue tan mezquino...

La mujer agitó la cabeza en una rotunda negativa y lloró. Vacío su espíritu de pecados y dolor a través de los ojos. Clara rodeó sus hombros con el brazo libre y la condujo hasta la cama. Tomaron asiento en el borde del lecho y se quedaron en silencio, permitiendo que el llanto sordo de Cecile se desbordara. Tenía tanto por lo que penar y aquella era, con toda probabilidad, la primera ocasión que tenía para desahogarse. No recordaba Clara a la señorita Times como alguien sensible o emocional, de ahí que su repentino arrebato la sorprendiera. Sin embargo, respetó su duelo, su sufrimiento, se mantuvo quieta y callada a su lado, con la mano delgada y trémula sujeta, y de cuando en cuando, le acariciaba el pelo.

—Señorita Times, no sufra. A veces la vida nos pone por delante pruebas y obstáculos difíciles de salvar. No siempre acertamos. Pero Dios y yo sabemos que usted hizo lo que consideró más justo.

—Mi hermano, mi pobre hermano Roger —sollozó la mujer sin consuelo—, el llamado a heredar el título, el verdadero conde de Mist. Si el padre de Amy y Tiffany se convirtió en conde

fue gracias a la generosidad de Roger.

—No comprendo, señorita. Tengo entendido que milord... mi padre marchó a la India cuando su hermano ya había fallecido junto con su esposa.

—Antes de eso. Roger renunció al título por amor. —Giró la cabeza y en medio de la oscuridad, sus ojos negros buscaron con desasosiego los de su sobrina—. Por amor a tu madre. No es cierto lo que os dije, ella no era ninguna mujerzuela de baja cuna, era una dama respetable, de buena familia, hija de un marqués. Su único pecado, no ser la favorita de mi señor padre para convertirse en condesa de Mist. Eso era todo.

—Y milord renunció...

—A todo, querida mía, a todo por estar junto a su amada. Y yo los odié, odié ese amor intenso que los unía por encima del bien y del mal. La hermana solterona de vientre seco, la que jamás conocería la dicha de un amor parecido. Por eso te aparté. Te hice pagar el resentimiento imperdonable que guardaba contra tu padre, aunque solo eras una criatura inocente.

Clara gimió bajito, anonadada por lo que estaba descubriendo. No obstante, no fue lo suficientemente silenciosa como para que Cecile no lo percibiera.

—Tía...

—No me perdones, hija mía, no me perdones nunca. Yo no podré hacerlo por más años que viva y el señor, desde los cielos, tampoco lo hará. Lo sé a ciencia cierta. No hay penitencia que pueda lavar mis pecados, son demasiado graves.

—Está siendo demasiado dura consigo misma.

—Y tú demasiado bondadosa con alguien que no lo merece. Menos mal que has venido esta noche para que pueda suplicar tu perdón, aunque no me lo des. He querido hablar contigo tantas veces, pero Tiffany... Tiffany... Hoy no está, ¿sabes?

—¿Quiere que le prepare una tisana para los nervios?

—No, querida, no hace falta.

—Mire que en un pispás bajo a la cocina y se la alisto...

—Clara, sobrina querida. —Pasó la palma por la mano de la joven, tal que si con el tacto

quisiera transmitirle un mensaje—. Prométeme una cosa, una sola: sé feliz.

—Claro que sí, tía, se lo prometo. Ande, no sea testaruda, se la preparo. Dormiré mucho mejor si se la bebe.

—Qué dichosas habríamos sido de haber sabido cómo arrancar ese rencor monstruoso de mi corazón. Darte tu lugar en la familia, tratarte como merecías. Alimenté la maledicencia de Tiffany y ahora estamos pagando las consecuencias. ¿Sabes que ha salido de viaje?

Por alguna causa, el asunto obsesionaba a Cecile, lo repetía como si no recordara haberlo mencionado ya. Ante sus frases sin rumbo, Clara asentía paciente, sin perder la sonrisa.

—Ha ido a Escocia, a cazar a tu duque —le susurró la mujer con aire confidencial.

—No se preocupe, tía, él no es mi duque.

La dueña de la casa le besó los nudillos con cariño y luego apoyó la mejilla sobre su mano. En la otra, Clara seguía sosteniendo el diario de Amy.

—Lo es y lo será siempre. El amor no se puede sepultar y echar al olvido.

—Ahora lo que busco es limpiar mi nombre, tía. Con eso me conformo. Venga, la acompaño a su alcoba.

—Y luego te irás —vaticinó Cecile, su tono ausente.

—Y luego me iré. Pero vendré a verla siempre que usted quiera. Al fin y al cabo, es probable que Tiffany se case pronto.

Por más que le preguntaron a dónde exactamente se dirigía, la señorita Tiffany no llegó a concretar nada. Respondía con evasivas, o vaguedades, o rememoraba a su hermana ausente y lloraba en el momento perfecto para no responder, de modo que la señora Barton acabó rindiéndose. La joven iba serenándose conforme pasaban los días, ya no resultaba tan entrometida ni avasalladora, se mantenía callada la mayoría del tiempo, con una amable sonrisa entre los labios, algo tensa en ocasiones, y su objetivo principal era Gail, al que perseguía sin disimulo.

Para disgusto de su señora madre, las hermanas Barton comentaban divertidas sus pretensiones de convertirse en duquesa.

—No seáis mal pensadas, es cierto que se conocen desde niños. Y el recuerdo de la desdichada Amy es, sin duda, un fuerte lazo de unión. No me extraña que les agrade pasar tiempo juntos, probablemente hablen de ella.

—Gail no parece emocionado en exceso con su compañía —apuntó la hermana mayor.

Al eco de las palabras de su hija, la señora Barton se asomó al enorme ventanal para otear el exterior. Por fin, tras un agotador viaje que parecía no tener fin, se encontraban en Borthhouse, el castillo solariego de los Montrose, tantos años abandonado desde que el duque cayera en desgracia, y recientemente recuperado. La dama temía encontrárselo en pésimo estado, no

obstante, incluso en los peores momentos, en los de mayor escasez cuando apenas habían tenido para costear cualquier gasto que no fuese esencial, el antiguo duque había reservado fondos y pagado los sueldos de un cuerpo base de servidumbre. Fieles a la familia y al propio castillo, un puñado de voluntariosos hombres y mujeres habían hecho lo imposible por mantener el edificio en pie a la espera de su regreso.

Y allí estaban. Con los alegres fuegos prendidos en las suntuosas chimeneas. Orla Barton no daba crédito a tanta felicidad. Solo faltaba su adorado esposo para que la dicha fuera completa.

En el jardín, sombrío a aquellas horas en que el sol iniciaba su retirada, bajo un enorme tejo, Gail y Tiffany parecían conversar. La dama los espió desde la ventana. No era el tipo de joven que habría soñado para el actual duque, pero si finalmente ella era la elección de Gail, se sometería. Si algo valoraba en su vida era haber podido desposarse por amor. Ninguno de sus hijos lo haría movido por otra causa.

—¿Su madre y hermanas no salen a pasear? —indagó Tiffany después de un largo rato de silencio que empezaba a resultar incómodo.

—Lo harán en un rato. Es como como ritual, para despedirse del día —explicó el escocés aspirando el aire con placer—. Jamás me paré a pensar cuánto echaba de menos mi tierra.

—¿Piensa establecerse aquí de modo definitivo, excelencia?

—Supongo que lo haré con el tiempo. De momento hay reparaciones pendientes, esos tejados han de ser revisados minuciosamente, las cuadras están vacías y casi en ruinas, construiremos unas nuevas y se llenarán de animales felices... Serán meses de dura faena y de planes ilusionantes. Sin embargo, en dos días todos regresaremos a Londres hasta la primavera. Solo yo viajaré de cuando en cuando para asistir a la puesta en marcha de los trabajos y supervisar las obras.

Tiffany esbozó una sonrisa de compromiso. No acababa de entender que un terreno agreste cubierto de árboles y matorrales, con animales sueltos pastando a sus anchas, sin una sola tienda ni un mísero salón de té como Dios manda en los alrededores, suscitara tanta pasión. Solo

rezaba para que el duque cambiara de opinión en cuanto a lo de establecerse en Escocia. ¿De qué servía ser duquesa si te enterraban en el campo, rodeada de lugareños y sin bailes ni adecuadas reuniones sociales donde lucirse?

Entonces las vio venir. Las cuatro damas Barton se acercaban por el sendero que vinculaba la entrada lateral del castillo con aquella parte del jardín y su cerebro se puso a trabajar a toda prisa.

Lo primero que hizo fue abandonar el asiento y colocarse frente al grueso tronco. Lo acarició con las manos.

—Qué hermosura de árbol, debe de ser muy antiguo.

—Mucho. Ya era así de alto cuando yo nací. ¿Sabe que esos troncos están huecos?

Tiffany le propinó unos golpecitos con los nudillos.

—¿No me diga?

—Y son los únicos árboles que crecen del revés. Fíjese, la copa es mucho más estrecha que la base.

—¡Cierto! Qué fascinante...

—Los antiguos lo consideraban signo y reflejo de la inmortalidad. Estaban relacionados con los dioses y los rituales del espíritu.

—Vaya, la suya es una tierra plagada de misterios y leyendas. Oh, ¿qué es esto?

—¿El qué?

Gail la miró por encima del hombro, pero no acertó a ver lo que ella señalaba. De reojo, Tiffany mantenía vigilado el camino por el que las mujeres avanzaban sin ninguna prisa.

—Esto. Es... es como... ¡qué curioso! ¿Qué podrá ser?

Cargado de paciencia, con un resoplido suave, apoyando las manos en las rodillas, Gail se puso en pie y caminó hasta donde ella se encontraba dispuesto a desvelar el extraño misterio. Los dedos de la joven estaban parcialmente introducidos en una ancha grieta en la corteza del tronco y señalaban un punto que a él no le parecía nada extraordinario.

Tiffany volvió a otear el camino. Ya casi estaba. Era ahora o nunca.

—¡Oh!

Simuló que se le doblaba un tobillo, que trastabillaba y se sujetaba a Gail para no caer de bruces. El caballero, de forma instintiva, también extendió los brazos tratando de aferrarla. Quedaron íntima y estrechamente abrazados, los labios pecaminosamente cerca los unos de los otros, a la vista de las cuatro damas Barton.

Tiffany aprovechó el desconcierto del duque para pegarse más aún a su cuerpo y prolongar la escena cuanto pudo. Solo el discreto carraspeo de la señora Barton la hizo reaccionar. Se distanció de él con las mejillas arboladas y fingiendo un azoramiento que estaba lejos de sentir, se apartó con urgencia los mechones sueltos sobre la cara.

—Señora Barton, señoritas Barton, no las habíamos visto venir.

—Madre —fue todo lo que Gail dijo.

Las Barton no se inmutaron. Con sonrisas de oreja a oreja, ni asomo de escándalo. Solo la pequeña Serena contenía la risa a duras penas cubriéndose la boca con la mano.

—Cuánta humedad, ¿no os parece? —canturreó la madre.

—Y qué frondoso está el tejo —añadió Peyton desviando los ojos hacia lo alto.

Tiffany las miró de una en una sin dar crédito.

—Espero que no malinterpreten lo que acaban de ver. Sé que es extremadamente comprometido, pero... Nosotros no..., bueno, no sabíamos que estaban ustedes presentes —musitó a modo de disculpa.

Orla Barton hizo un movimiento elegante con la mano enguantada que restó hierro al asunto.

—Por favor, querida, ni siquiera sabemos a qué te refieres. —Miró a sus hijas—. ¿A que no lo sabemos?

Las muchachas negaron a coro.

—Bueno, el señor Barton, el duque y yo... Temo que nos han sorprendido en una actitud muy inapropiada.

—Yo no he visto nada. ¿Alguna de vosotras ha visto algo? —Su hijo contuvo una

carcajada—. Puede quedar tranquila, señorita Times, no hemos sido testigos de nada de lo que pueda arrepentirse.

—Pero, es tan indecoroso... Después de esto deberíamos...

—¿Obligarlos a casarse? —La dama sonrió complacida—. Bueno, como usted dijo no hace mucho, por fortuna no estamos en Londres. Esto es Escocia, querida, tierra de libertades.

—Pruebe los bollos de canela, señorita. La señora Gregory acaba de hornearlos, están deliciosos.

Clara miró divertida a Dottie.

—Suenan como si ya los hubieses probado.

—¡Qué disparate, señorita! ¿Cómo se le ocurre? —Agachó la cabeza ruborizada antes de admitir—. Pues sí, la primera.

Las dos rieron juntas. Desde que tenía el diario en su poder, los ánimos de Clara habían sido como una pluma que gira al viento. Un torbellino de emociones. El libro correspondía a la etapa de cortejo con el conde de Newest, arrancaba contando sus impresiones el día que lo conoció. Habría otros diarios, por descontado, cuadernos anteriores que recogerían sus vivencias juntas, la Amy más niña, más inocente, la Amy enamorada solo de la vida, la apasionada del ajedrez. No obstante, la mella que Thomas Bay, conde de Newest dejó en su corazón había sido lo suficientemente representativa como para merecer un nuevo diario que recogiera desde el principio la historia.

Clara lloró mucho leyendo aquello. Amy había estado de veras ilusionada, empapada por las ganas de vivir, casi borracha de felicidad. Y a juzgar por sus líneas, era cuestión de tiempo que Thomas pidiera su mano a la tía Cecile, el compromiso entre ambos era un hecho, el futuro

se abría radiante ante ellos.

Entonces llegó a aquellas sórdidas páginas que tanto daño le hicieron. Líneas irregulares con la tinta emborronada por las lágrimas que sin duda vertió escribiendo, donde Amy contaba su desengaño al descubrir las verdaderas intenciones del conde, que no se casaba por amor sino por interés y que no sentía hacia ella más que una humillante compasión. Allí exponía su escaso valor como esposa, sus nulas posibilidades de conocer otra realidad más que Times House, su entorno y la silla de ruedas a la que estaba atada.

Clara había cerrado de un golpe violento el diario muchas veces sin acabar de leer, impotente, rabiosa, odiando a Tiffany y a su retorcida maldad. ¿Cómo había podido? Por amor de Dios, era su hermana, su pequeña e indefensa hermana, un ángel incapaz de dañar a nadie, ¿cómo había podido? ¿Hasta dónde llegaba el poder destructor de su envidia?

Por eso ahora, pasados un par de jornadas, su espíritu había recuperado el equilibrio y ardía en deseos de que los Barton regresaran de su periplo para mostrarle a Gail cuán equivocado estuvo. Y sí, juró mil veces a Dottie que no lo perdonaría, aunque lo cierto era que su corazón le dictaba algo bien distinto. Si Gail se disculpaba por haber sido tan confiado y solicitaba cortejarla, como aquella vez, ella no podría negarse.

Quizá se lo pusiera un poco difícil. Al principio.

No iba a engañarse, se moría de ganas por sentir sus fuertes brazos alrededor de su cuerpo. Su aliento perfumado junto al cuello. Sus manos...

—Señorita, señorita, una nota.

—Dottie, ¿qué te tengo dicho acerca de correr dentro de la casa?

—Disculpe, señorita. Acaban de traerla.

Clara la tomó con una sonrisa cómplice. Bien le constaba que la impaciencia de su leal amiga no era más que excitación al pensar que la misiva la enviara el señor Barton, que pudiera contener buenas noticias. La desplegó, devoró las pocas frases que contenía y su rostro hermoso se descompuso. Hasta sus ojos perdieron el brillo.

—¿Suced algo, señorita?

—¿Quieres leerla? Es de Tiffany.

—¿De la señorita Times? ¿A cuento de qué...?

«Dame la enhorabuena, prima. No es preciso que me visites, sería demasiado, pero sí deberías felicitar a la próxima duquesa de Montrose. Recibe afectuosos saludos».

La mandíbula de Dottie se descolgó sin fuerzas. Dejó caer la nota sobre el mantel blanco, pendiente tan solo de su señorita y del dolor espantoso que parecía estar padeciendo.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Sabíamos que era un riesgo a correr, Dottie, lo sabíamos y lo acepté. Era el único modo de apartar a Tiffany de su casa y poder recuperar el diario. Sin embargo, también suponía dejarlos intimar a solas, en un paraje idílico y peligroso. Bueno —suspiró llorosa antes de dejar correr las lágrimas en libertad y retirárselas de la cara de un brusco movimiento—, lo peor que podía suceder ha sucedido. Ya no tiene mucho sentido reconcomerse.

—Ah, no, señorita, nada de eso. —Le alargó una servilleta para que se secara los ojos—. Usted irá y le mostrará al señor Barton la verdad encerrada en ese diario. Esa boda terrible no puede celebrarse, como que me llamo Dottie.

—¿Y destrozarle el corazón? ¿Que se entere de que la mujer a la que ama es un monstruo?

—Es mucho peor permitir que se case engañado.

—El duque ya es un adulto con capacidad de juicio y, destruyendo lo que hay entre ellos..., no podría vivir con mi conciencia.

—Pues su conciencia, permítame decirle, es un mal bicho, señorita. ¿Cómo sabe que la ama tanto? ¿Eh? ¿Cómo lo sabe?

Clara alzó un rostro demudado y sin color.

—Bueno, Dottie, van a casarse. ¿Qué otra explicación podría haber?

La sonrisa de Gail era fría y distante. En algún lugar recóndito se hallaba escondida la calidez acostumbrada, el centelleo arrebatador de sus ojos verdes. Movi6 una 6ltima pieza sobre el tablero y se retrep6 contra el respaldo de la butaca.

—No podr6a estar m6s distra6do esta noche, sin embargo, me ha dejado ganar.

Los labios de la sultana se curvaron bajo el tapiz de su velo.

—Quer6a que se llevase un buen recuerdo.

6l la observ6 suspicaz.

—Habla como si fuera a marcharse lejos, a alguna parte, y no fu6semos a volver a vernos en la vida.

Ella no respondi6. Permaneci6 vigilante y muda unos segundos y luego tom6 el tallo de su copa y lo acarici6.

—D6game una cosa, excelencia. Se lo pregunt6 hace tiempo, pero volver6 a pregunt6rselo. 6Est6 enamorado?

Gail no respondi6 de inmediato. Pero cuando lo hizo, la pasi6n m6s primitiva vibraba en su voz.

—Profundamente.

—Entonces ser6 mejor que no volvamos a vernos.

La sultana se incorpor6 y le dio la espalda. 6l admir6 su porte esbelto, su elegante caminar, su regia postura. No entend6a los motivos de aquella despedida.

—Pero...

La sultana se gir6 y al brotar de su garganta las palabras estaban te6nidas de s6plica.

—Se6or, se lo ruego, respete mi decisi6n. De no hacerlo as6, es probable que salga herida de este lance y eso es algo que seguramente, ni usted ni yo queremos.

Aquellas simples palabras dijeron mucho.

Gail sent6a cosas por la sultana, al principio solo hab6a sido curiosidad, convencimiento

ilusorio de que bajo aquellos ropajes brillantes se ocultaba su querida Amy. Más tarde admiración. Ahora echaba de menos su charla y su compañía en cuanto pasaba unos días sin verla. ¿Cómo iba a pasar sin su amiga del alma? No tenía apetitos carnales, no porque la sultana no lo mereciera, sino porque otra mujer le había robado antes el corazón y eso era algo que ya no tenía remedio.

No obstante, si ella atesoraba sentimientos hacia él, no pudiendo corresponderlos, lo decente sería acatar su petición y no volver a propiciar reuniones en la intimidad.

Gail hundió la cabeza contra el pecho.

—Nada será lo mismo sin usted, sultana.

—Le deseo toda la dicha del mundo, señor del norte. Guarde en su memoria nuestros ratos juntos como un recuerdo hermoso.

—No dude que así será. Esta estancia la siento como propia, huele a hogar, a familia. Sé que sonará demente, pero discúlpeme, es así como la percibo.

—En absoluto, oírlo es un gran honor. Y ahora —le tendió una fina mano enguantada—, si le parece bien, despedámonos como los buenos amigos que hemos llegado a ser.

El duque tomó la mano femenina y le besó los nudillos con fervor. El aroma de aquella dama, la estela de sus movimientos, hasta su voz gutural irreconocible, todo le tocaba la fibra sensible y lo alertaba sin saber la razón.

—Cabe la posibilidad de que en algún momento específico rompa mi promesa —le advirtió en un susurro.

Ella recuperó su mano tras un beso largo en exceso.

—Haga lo posible por no quebrarla. Se lo ruego en nombre de la amistad que nos une.

Gail asintió con un suspiro y abandonó la habitación con paso atormentado. La sultana permaneció de pie, inmóvil, viéndolo marchar, con un ardor insoportable en el pecho y el alma resquebrajada.

—Lo veo alicaído, excelencia.

—Echaré de menos estas veladas, Pepper. Esa mujer... ha conseguido metérseme muy dentro. No me mires así, sucio borrachín, no es nada de lo que estás pensando.

Subió al carruaje y su fiel asistente le cerró la portezuela con una sonrisa socarrona. Antes de que desapareciera del hueco de la ventanilla, el duque lanzó una propuesta.

—Vamos a la taberna a tomar una última copa juntos. A modo de despedida de una buena etapa de mi vida. ¿Quién sabe lo que me espera a continuación? Cuando uno recupera el título de duque, todo se vuelven obligaciones.

—Hasta tendrá que casarse.

—Gracias, Pepper, gracias por recordarme algo tan atractivo.

Veinte minutos más tarde, los dos brindaban como amigos de igual condición en la taberna donde solían ir y donde ya, ver bebiendo a la par a un señor de alta alcurnia y a su criado, apenas si llamaba la atención de nadie.

—Lo dicho, excelencia, lo noto afectado.

—Será porque lo estoy.

—Y pensar que hace nada lo echaron a la calle como a un perro... Y ahora se aflige porque no piensa volver. Ni siquiera llegó a plantear una reclamación ante los dueños por el

atropello...

—Ni que conociera su identidad. —Bebió un largo trago—. Todo alrededor del Martín's es misterioso y hermético.

Pepper se acomodó en la dura silla y soltó un largo gruñido que llamó la atención del duque. Lo miró interrogante, arqueando una ceja.

—¿Qué?

—La verdad, excelencia, es que cuando tuvimos aquel desagradable percance pensé que exigiría reparación, de modo que hice por mi cuenta ciertas averiguaciones...

Gail frunció el ceño conminándolo a que prosiguiera.

—No va a creerlo. Los propietarios son un honorabilísimo matrimonio de Bath.

—¿Bath?

—Se trata de una información confidencial, como puede suponer: los condes de Somersethill.

—¿Bath? —repitió el duque interesado.

—Por lo visto tenían un único hijo, impedido y enfermo, el muchacho no podía caminar. Desde el nacimiento.

—Un hijo inválido, en Bath —remachó Barton entre dientes, como una letanía.

—Murió hará unos dos años.

—Justo los que lleva abierto el club.

—La familia debió mudarse a la ciudad y aquí lo tiene, el negocio más boyante y también el más impensable en manos de un par de venerables ancianos.

Gail se puso en pie de un repentino salto arrastrando la silla. Las grandes manos apoyadas en el tablero de la mesa volcaron su copa. Miraba al vacío con los ojos desorbitados.

—Pepper.

—¿Señor?

—Tenemos que volver al club.

Seis zancadas de gigante le bastaron para cruzar la sala principal y alcanzar las escaleras que conducían a los aposentos de la sultana. La mujer estaba sola, leyendo un libro bastante antiguo cuando él irrumpió en la estancia. Ella levantó sobresaltada la cabeza cubierta con el velo.

—¿Tan pronto, excelencia? ¿Tan pronto rompe sus promesas?

Él siguió caminando hasta colocársele delante. Los ojos embravecidos, el gesto congestionado, la respiración fiera.

—¿Clara?

Ella respingó al tiempo que la mano de él, como dotada de vida propia, apartaba de un tirón el velo que la embozaba. La dulce Clara York, sus ojos del color del ámbar, sus rizos de miel. Se atragantó con su propia saliva.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Superado el primer sobresalto, la joven acabó de retirarse el tocado con mucha más sangre fría de la que cabía esperar.

—¿Qué puedo decirle, excelencia? Descubrir los colores del mundo, codearme con gente interesante, vivir experiencias maravillosas...

Se agarró desesperado la nuca antes de espetar:

—¡No me vale! ¡Eres una dama!

—Durante el día —se mofó ella—. Claro, ahora que lo pienso, también durante la noche, ya ha tenido ocasión de comprobarlo.

—¿Es necesario venir a vivir a un club —le costó pronunciar la palabra— para satisfacer tus curiosidades? Está por completo fuera de lugar.

Ella se envaró y desde lejos, con la barbilla levantada, le lanzó una mirada que era todo un reto.

—Soy una mujer soltera, excelencia, soltera e independiente. Algo tan poco común como

magnífico. Soy dueña de mis decisiones, nadie me controla.

—Aquí, viéndote a solas con todos esos hombres.

Ella le replicó con una fría mirada.

—Lo que espero, acabe de convencerlo del pernicioso influjo que soy para cualquiera.

—Siempre te consideré inocente y virginal.

Ella soltó una carcajada hiriente.

—Virgen soy. Inocente cada vez menos. Ya tiene lo que con tanto afán buscaba, la identidad de la sultana. Ya puede marcharse.

—No sé ni qué decir.

—No diga nada, nos despedimos en buenos términos hace un rato, por favor, no lo estropee.

Guiado por un impulso que no deseaba reprimir, en lugar de irse, Gail la tomó por los hombros y la giró para ponerla de frente.

—Clara.

Y entonces ocurrió. Cerraron los ojos, abrieron el corazón y se dejaron llevar por el anhelo tanto tiempo prisionero. Unieron sus labios y se devoraron el uno al otro con fiebre, con ansia, con hambre. Los dominó la urgencia, la necesidad de beberse el aliento del otro, de que las grandes manos recorrieran el talle femenino mientras los delicados dedos de Clara se apoyaban en el duro torso del escocés. Que la pasión que les llegaba a través de la boca, la lengua, se fuera desbordando sin freno y que hasta la última fibra de sus cuerpos se esponjara de placer.

Un beso interminable, cargado de promesas que no podían cumplirse porque las encadenaban un sinfín de trabas. Clara notó una punzada en mitad del esternón cuando su mente martilleó insistente con el mensaje: Gail y Tiffany iban a desposarse si un milagro o ella no lo impedían. Ella estaba más cerca. Aun así, llegaba tarde.

Por eso trató de distanciarse del hombre que la envolvía amoroso.

—No. —La negativa del duque resonó en la estancia como un cañonazo.

Gail no pensaba permitirle escapar. La estrechó contra sí con más fuerza y, deshecha

entre sus brazos, Clara se permitió aquel instante de placer prohibido que la arrancaba de este mundo. Se quedaron unidos, trenzados como dos ramas de hiedra fresca, colmándose del otro. Sin pronunciar palabra, casi sin respirar. Finalmente, la muchacha rompió el hechizo dando un paso atrás. Él ahogó un gemido triste al quedar vacío su abrazo.

—Márchese. Debe marcharse. Esto no ha debido ocurrir.

—Tú lo deseabas tanto como yo —se defendió Gail—, no lo niegues, me has devuelto el beso.

—Si es así, tómelo como una despedida de parte de la sultana.

—Esa mujer misteriosa dio a entender que me amaba.

—Eso ya no importa —murmuró ella con un rictus amargo.

—¿Cómo que no importa?

Los ojos de Clara brillaban como luceros cuando buscó los suyos.

—¿Acaso está pensando en traicionar a su corazón?

Barton retrocedió otro paso. Sin duda se refería a Amy, o a lo que su alma y sus emociones debían ordenar que pensara. Aquella mujer malvada no era digna de su amor, hasta ella lo reconocía. Sin embargo, teniéndola delante, en lo único que podía pensar era en hacerla cuya y conservarla a su lado cada amanecer hasta exhalar su último suspiro.

Mientras Gail se debatía entre salir corriendo o volver a besarla, ella se hundía en las profundidades del dolor recordando la carta de Tiffany, el compromiso entre ambos, las veces que él le había reconocido a la sultana estar enamorado. Pretender usar su identidad oculta para seducirlo había sido un gran error.

Había descubierto cosas muy dolorosas.

—Le ruego que abandone el Martín's y no regrese nunca. Es lo mejor para ambos. Esto no es posible, hay demasiadas cosas que lo impiden. No haríamos sino dañarnos. Márchese.

Él alzó lentamente una mano que parecía querer buscar su mejilla. Hubiese dado lo que tenía por acariciarla, por borrar ese pasado que los separaba, los reproches, el rencor. Le dolía tanto dejarla que apenas alcanzaba a respirar. No obstante, la bajó y apretó el brazo contra el

costado con el puño oprimido para vencer la tentación.

Dejó caer la cabeza sin fuerzas para seguir peleando. Fue difícil, sus ojos ámbar lo tenían atrapado. Seguramente, de algún modo, en el fondo, ella tenía razón.

No podía ser.

40

Hacer algo

—Ay, señora Gregory, que ya no sé qué hacer, ni qué decirle para animarla. Que vaga por la alcoba como un alma en pena y encima, cuando le pregunto, tiene la desfachatez de decirme que todo está bien. Mire usted qué disparate, todo bien, dice.

La vieja cocinera lanzó una mirada comprensiva a la doncella, cuyos ojos enormes estaban a punto de desbordarse con lágrimas de impotencia.

—Si algo ha sido la señorita desde que llegó a Times House, es la personificación misma de la alegría, no sé de otra persona que sonría con los ojos todo el tiempo igual que ella. Y ahora, tan decaída... Está irreconocible.

—Súbele este consomé y a ver si consigues que se lo tome. Si pone reparos, le dices que lleva verduras de todos los colores, como a ella le gusta. Pobre señorita, qué mala suerte ha tenido...

—Mala suerte nada —se enervó Dottie como si acabaran de pincharle con un alfiler—, una mala bicha de corazón negro pegada al costado envenenándole la existencia, eso es lo que ha tenido. Eche usted un rezo por mi fortuna —añadió tomando con ambas manos la bandeja—, a ver si triunfo en esta empresa. Aunque ya le digo yo que...

Salió rumiando por la puerta y la señora Gregory se enjugó una lagrimita que escapaba

por la esquina del ojo. Todos en aquella casa adoraban a su señorita y verla así, devastada y sin ganas de vivir, los mataba de pena.

Dottie apenas golpeó la puerta del dormitorio de Clara y desde luego, no se detuvo a esperar permiso. Abrió y entró con la mejor de sus sonrisas y el tazón humeante de caldo sobre la bandeja.

—Adivine qué le traigo. Consomé de todos los colores como a usted le gusta —se atropelló antes de pensar que igual había enredado la frase.

Desde su posición, en la butaca junto a la chimenea, con un libro en las manos que no parecía leer, Clara alzó el rostro y la miró con agradecimiento.

—Puedes dejarlo ahí, sobre la mesita.

—No, que me engaña. Es capaz de decirme que se lo ha bebido siendo mentira. Tómeselo ahora, calentito, aquí delante que yo la vea.

Las pupilas de Clara volaron hasta el precioso tazón de porcelana como si estuviera lleno de cicuta. Tragó saliva y finalmente se atrevió a dar un sorbito con la sensación de que el caldo se le quedaba atrapado en la garganta.

—¿A que está bueno?

Clara asintió con un cabeceo, sin despegar los labios.

—Señorita, insisto. Ya sé que no quiere escucharme, pero tiene en sus manos la prueba irrefutable sobre la culpa de la muerte de la señorita Amy, no es justo que se la guarde, tiene que usarla, dejaría a la otra señorita Times, a la mala, al descubierto.

Clara se libró de responder tomando otro sorbo de consomé.

—¿Va a permitir que el duque se case con esa mujer de alma oscura? Si no lo hace por usted, hágalo al menos por el pobre caballero.

Ahí sí que se revolvió la dama. Como un animal herido y enjaulado.

—Ese caballero no es ningún pobre al que compadecer, y yo no le debo nada en absoluto. Olvidas que ha tomado una decisión. Están prometidos, entre las dos la ha escogido a ella.

—No sabemos lo que la mala bicha habrá contado para engatusarlo, le aseguro que es una

lianta de primera.

—No lo dudo. Aunque él tampoco es ningún tonto. Está claro que ha preferido pensar mal de mí y recibir a Tiffany con todos los honores. No serviría de nada descubrir la verdad, Dottie, de nada.

—¿Por qué señorita? Usted siempre dice que la verdad resplandece y cura todos los males...

—Gracias a todas esas cartas que nos enviamos durante años, entre nosotros existía una conexión muy especial. Pocas personas llegan a conocerse tan a fondo. Y sin embargo, renegó de mí, una mujer cuyo interior ha visto, debería saber de qué color son mis actos.

—Señorita, la gente se ofusca, comete errores, malinterpreta...

—Después de eso y de haber dado su palabra de compromiso a alguien como mi prima, lo que pudiera haber entre los dos se ha roto, sería una estúpida sin amor propio de volver a su lado. Así que, ¿de qué me vale separarlos? Destruir lo que tienen no implicaría que nosotros nos uniéramos, esta historia ya me es ajena, Dottie.

—Pero señorita...

—Lo mejor que puedo hacer es distanciarme y olvidarlo todo, luchar por recomenzar y conquistar una nueva vida al margen de los duques de Montrose.

—¡Señorita Clara!

La joven la miró curiosa antes de sonreír con abatimiento.

—Nunca me habías llamado Clara.

—¡Es que estoy muy desesperada, señorita! No puede usted dejar las cosas así, tal cual.

Clara York se puso en pie y de forma inesperada, acarició el sonrosado moflete de su leal doncella. Alguien cuyo aprecio y fidelidad llegaron al punto de abandonar Times House cuando ella fue expulsada, renunciando a su puesto de trabajo, arriesgándose a vagar en el limbo junto con su señorita, con tal de no dejarla desamparada.

—Eres una persona maravillosa, Dottie. Tienes un corazón de oro. Me recuerdas tanto a Amy.

Tras lo cual, cimbreando su esbelta figura, abandonó la estancia dejando a la muchacha retorciéndose las manos con angustia y turbación.

—Tengo que hacer algo. Como que me llamo Dottie que haré algo.

Ese mismo día, antes de atardecer, cubierta por el resto del servicio, Dottie había escapado de la mansión y hecho un recado. Al día siguiente, por la mañana, acompañó a su señorita de compras por Bond Street. Decididamente, demasiado distraída e inquieta, ya que sus ojos recorrían ansiosos el espacio como si buscaran algo.

—¿Acaso tienes algún enamorado sin estar yo al tanto? —quiso saber Clara risueña. Le mostró un par de guantes—. Mira estos qué suaves. ¿Te gusta el color?

—No tengo enamorado, señorita, qué más quisiera yo que alguien me rondara. —Echó un rápido vistazo por los estantes de la guantería, atiborrados de cajas—. ¿No le gustaría un tono más parecido al de la capa que lleva ahora? Creo recordar que no tiene ningunos de ese azul tan pálido. Queda precioso con sus ojos.

—Tienes razón...

Mientras Clara llamaba la atención de uno de los dependientes, Dottie se alejó unos pasos y simuló revisar unos encajes. Solo cuando vio entrar al caballero en el establecimiento pudo soltar el aire que había retenido en los pulmones. Se distanció mucho más, incluso entabló conversación con otra doncella de una casa vecina, aparentando que le interesaba tremendamente la cabritilla. Por el rabillo del ojo, no perdía puntada de lo que empezaba a suceder.

El recién llegado se acercó con cortesía a Clara y se quitó el sombrero para cumplimentarla. La muchacha giró sorprendida y su boca y sus ojos se abrieron formando una O perfecta. Era indudable que no esperaba, bajo ningún concepto, encontrar allí a aquella persona.

—Señorita York, qué feliz coincidencia. Y qué placer verla después de tanto tiempo.

—Lord Neweast.

—¿Cuánto hace?

Los ojos de Clara, que hasta entonces brillaban, se oscurecieron de forma evidente.

—Casi seis años. —Forzó una sonrisa para derrumbar el muro de bruma que acababa de crearse—. ¿Ahora se dedica a comprar guantes de señora, milord?

—No, no, claro que no —repuso azorado—. Tan solo echaba un vistazo pensando en mi exigente madre. Siempre se queja de todos los que tiene, por un motivo u otro, así que pensé sorprenderla con un par nuevo. Podría aconsejarme, apuesto a que sus recomendaciones son en extremo valiosas. Y yo, a cambio, la invitaría a tomar un té si me acepta el ofrecimiento.

Clara se mordió el labio, dudosa. El rostro del conde seguía tan amable como lo recordaba. Iba vestido de oscuro y que ella supiera, desde la muerte de Amy no se le había conocido compañía femenina ni mucho menos, prometida.

—Por favor, dígame que acepta, así podríamos conversar tras una ausencia tan prolongada por ambas partes.

—En realidad, acabamos de tomar té hace unos minutos, no obstante, los jardines quedan relativamente cerca si es un hombre acostumbrado a caminar. ¿Le agradaría pasear?

—Espléndida idea. Paseemos, pues.

Se olvidaron de los guantes para la condesa viuda, hasta del par que Clara tenía pensado adquirir y, seguidos de cerca por una Dottie contenta y al trote, salieron a la calle en dirección a Kensington bajo el tenue sol de la mañana. Estar con lord Neweast era un poco como recuperar a su querida Amy.

—¿La recuerda usted tanto como yo? —preguntó con cautela el caballero, pasados unos minutos de espeso silencio.

—Cada día, milord. El vacío que dejó nuestra pequeña no puede llenarse con nada.

—Quería preguntarle... Hace años que necesitaba preguntarle... Siempre quise entrevistarme con usted por ver si sabía..., pero nunca me atreví, estaba demasiado roto. —Con un suspiro se insufló fuerzas y valor—. Señorita York, ¿qué ocurrió?

—Mi estimado amigo, me temo que no puedo despejar esa incógnita —replicó Clara con demasiada precipitación.

—Amy estaba contenta, ilusionada y feliz ante la idea de nuestro compromiso. Yo hubiera puesto el mundo a sus pies de haber podido, mi vida entera. Poco me importaba si podía o no caminar, si su salud era frágil. Amy lo iluminaba todo, igual que el sol. Era un verdadero ángel. Mi ángel.

—Lo sé. Y me consta ese dichoso entusiasmo del que habla.

El conde golpeó una piedra con la punta de la bota.

—Ella se lo contaba todo, le confiaba a usted hasta sus más íntimos secretos. ¿No le dijo nada? No puedo creer que fingiera delante de su mejor amiga si era tan desgraciada. Qué pudo empujarla a tomar medidas tan... ¿drásticas? ¿Qué la llevó a esa decisión terrible que la apartó de mi lado?

—Lamento confesarle que eso es algo que nos tortura a todos. Yo querría saberlo, por eso rezo cada noche, sin embargo, no hallo calma, ni sosiego. Tampoco respuestas.

Thomas cabeceó repetidamente a modo de asentimiento. Clara se preguntaba si estaría resultando lo bastante convincente, si la estaría creyendo, cuando de pronto, él la traspasó con

una mirada que, por afilada, le resultaba de todo punto desconocida.

—¿Es cierto que existe un diario?

El talante de Clara se moduló de manera ostensible. Sus párpados se entrecerraron con suspicacia y repasó el rictus apenado del conde antes de hablar.

—Nuestro encuentro no ha sido fruto de la casualidad, ¿verdad que no, milord? ¿Cómo se ha enterado?

Él contuvo a duras penas una sonrisa de satisfacción.

—Me conmueve su ingenuidad, señorita York. ¿Piensa que es la única que maneja las cadenas de criados? Compartiré una confidencia: los caballeros a menudo también lo hacemos, cosa distinta es que nos avengamos a admitirlo.

—Vaya, debo reconocer que supone toda una sorpresa —musitó la joven luchando por ordenar sus pensamientos.

—Llevo tratando de desentrañar los secretos de esa noche desde que aquello sucedió. Usted lo sabe y tiene que ayudarme, tiene que ayudarme a entenderlo, a perdonarme a mí mismo.

—A perdonarse, ¿por qué?

—Por no haberla protegido, por no haberla hecho sentir más segura, o más amada.

—Amy se sentía amada, lord Newest, se lo puedo garantizar.

—Es evidente que no bastó. De otro modo, ella estaría aquí ahora, con nosotros.

Ninguno de los dos agregó nada. Caminaron en silencio un buen rato, ella jugueteando con el bolsito que colgaba de su antebrazo, el conde con las manos entrelazadas elegantemente a la espalda. De su respiración, pesada e intermitente, se deducía su profunda desazón. Era obvio que alguien lo había puesto sobre aviso y Clara no sabía cómo negarle la existencia del diario. Por otro lado, ciertas líneas de aquella libreta le perjudicaban sobremanera, se decían cosas espantosas acerca de las intenciones de lord Newest y, a fin de cuentas, el crédito que Amy había concedido a aquella aberración fue lo que la impulsó a quitarse la vida. Pudiera ser que el diario, en lugar de sosegar sus tristezas, acabara de aplastarlo bajo el peso indecible de una injusta culpa.

Francamente, no sabía qué camino tomar.

—Como sabrá, no he sido capaz de rehacer mi vida, señorita York. Algunos dicen que perdí la sensatez, que aún visto de luto, que no encuentro el modo como reconducir mi futuro. ¿Piensa usted lo mismo?

—No soy quién para juzgarlo, milord. Si lo miro, únicamente veo un hombre tristemente enamorado.

—Y es que nada de lo que apuntan me importa. Tardé en encontrar el amor, sin embargo, cuando lo hice pensé que sería para siempre, que Amy y yo envejeceríamos con las manos unidas viendo pasar los días. Con hijos o sin ellos, tiene mi palabra de que no era un asunto que me desvelase.

—Imagino que se vio obligado a enfrentarse a su familia. La perpetuación del legado y la estirpe familiar no es cosa que se tome a la ligera en este país.

—Lo hice. Y lo volvería a hacer mil veces. Míreme, sigo soltero y sin hijos. El condado de Neweast pende del hilo de un futuro incierto.

—No diga eso, milord. El tiempo pasará y las heridas sanarán. Nos quedan las cicatrices, pero al menos no serán llagas abiertas que palpitan.

—Sepa que leer el diario de Amy, conocer sus razones, me ayudaría a avanzar.

Clara le dedicó un ademán suplicante.

—No descargue tal responsabilidad sobre mis hombros, milord, se lo ruego.

—Nada más lejos de mi intención que importunarla, señorita York. Pero desde que sé que ese libro existe, apenas si logro dormir.

La joven lanzó una mirada furtiva por encima de su hombro, dirigida a la pequeña Dottie que, de inmediato, se puso a contar los guijarros del suelo.

—Puedo suponer quién le facilitó tan delicada información. Sepa, mi buen señor, que no es tan sencillo de determinar, no se trata solo de decidir si le muestro o no el diario. Sus páginas encierran la intimidad de mi queridísima Amy.

—Lo entiendo y lo respeto. De hecho, meditarlo con tanta dedicación la honra.

—Entonces concédame un tiempo para resolver mi inconveniente, ponerme en paz conmigo misma y concluir qué es más beneficioso para todos. Créame, milord, tampoco está en mi ánimo perjudicarlo.

El conde asintió renunciando a batallar más en aquella fase de su particular guerra.

—Disponga del tiempo que precise, señorita York. Siempre y cuando finalmente me diga que sí y me conceda eso que tanto ansío.

—Le agradezco sobremanera que haya aceptado mi invitación —murmuró Tiffany estremecida—, ha sido muy atento, excelencia. Necesitaba hablar con usted de algo importante.

El duque de Montrose caminaba a su costado, algo más distanciado de lo que a ella le habría gustado. Su cuerpo rígido, su mandíbula tensa, el tono de su voz demasiado apático. Elementos, todos ellos, suficientes como para desalentar a cualquier dama, pero Tiffany Times no era una dama cualquiera. Se había fijado una meta, convertirse en duquesa, y nada la haría cejar en su empeño.

Esa y no otra era la razón de que sonriera estúpidamente cada vez que se cruzaban con un paseante bien vestido a quien entendía, debía impresionar. Adoptando los ademanes sueltos de una muchacha ya prometida, camino de la nobleza, con el futuro asegurado en oro. Como si el caballero que paseaba obligado a su lado lo hiciera entregado y de mil amores.

—Lamento no disponer de demasiado tiempo que ofrecerle. Me esperan mi administrador y mi abogado, la recuperación del título está trayendo aparejadas innumerables gestiones a cada cual más tediosa.

Tiffany aprovechó la buena disposición del duque al soltar un par de frases largas, lo que le hacía parecer que conversaban, para sonreír embelesada ante las dos parejas con las que se cruzaron. Incluso estuvo tentada de rozar el antebrazo de él con sus manos enguantadas. Lo

cierto es que no se atrevió.

—Es comprensible. Debe de andar usted muy complicado con tanto documento y los planes de restauración del castillo en Escocia, es...

—Dígame qué se le ofrece y en qué puedo ayudarla, señorita Times —la interrumpió abrupto.

Ella dio un respingo y tragó saliva. Había llegado el momento.

—Lo cierto, excelencia, es que mi ánimo no encuentra sosiego desde que sucedió aquello... Aquello en Borthhouse.

—¿Aquello? —Arqueó las cejas con falso desconcierto.

—Sí. No se atreva a negar que sabe a lo que me refiero. Su madre y sus hermanas...

Dejó la idea en el aire esperando que Barton la rematara, pero no lo hizo. Maldito escocés, le estaba poniendo las cosas bien difíciles.

—Las damas Barton vieron lo que vieron, aunque sean tan discretas como para desentenderse. Yo... me siento vilipendiada. Su madre, sus hermanas, encontrarnos así, en esa postura tan poco decorosa, ¿qué van a pensar?

—¿Nada? —aventuró Gail sacudiendo la cabeza tras una larga pausa.

—Podrían comentar inocentemente con cualquiera. Su hermana Serena, sin ir más lejos, es cándida y espontánea. Y de ser así arruinarían mi reputación, todo derecho a un matrimonio decente y por amor se me negaría. Quedaré mancillada para siempre.

Al margen de un profundo surco entre las cejas, ninguna fue la reacción del noble duque a su rosario de reproches y lamentos, lo que la obligó a continuar.

—Nadie pensará en mí como en una joven respetable.

—Señorita Times, habla usted como si nos hubiésemos revolcado a las puertas del Museo Británico.

Ella dejó escapar un agudo gemido de escándalo.

—No es necesario pecar de groseros, excelencia. El momento en que su familia nos sorprendió, fue igualmente inmoral, inapropiado, inaceptable...

Gail Barton frenó en seco y se volvió a mirarla. Llamas temibles ardían en sus pupilas cuando habló.

—¿Indecoroso? ¿Inmoral? Usted tropezó y yo la sujeté para que no se diera de bruces contra el suelo, ¿qué demonios significa? ¿Habría debido dejarla caer? ¿Acaso por comportarme como un caballero me verá obligado a pedir su mano? ¿Qué clase de regla ridícula es esa? Desde luego, algo que solo podrían inventar los ingleses.

—Pe... pero...

—Señorita, por favor, tomemos como modelo de comportamiento a mi madre que es, entre los tres, la más sabia: actuar como si no hubiera ocurrido nada, que es precisamente lo que sucedió, nada.

—¡Al final estas cosas terminan sabiéndose! —aulló desesperada—. Tiene que resarcirme de algún modo, no puede dejarme así.

Él reanudó el paseo con un bufido.

—Recuérdeme esta charla la próxima vez que se le ocurra tropezar. Tiene mi palabra de que no haré el menor intento por evitar que se estrelle.

Tiffany recurrió al consabido pañuelito y al gimoteo. En esta ocasión, sin embargo, el duque no se molestó en consolarla.

—Mire, señorita Times —abrió paso a sus emociones con un largo suspiro—, puedo mentirme mil veces a mí mismo, pero no la engañaré a usted. Mi corazón ya pertenece a otra persona, no espere grandes cosas de mi parte, puede desmayarse a mis pies si lo desea, pero no pediré su mano.

—¿Ama a otra? —boqueó Tiffany con irritación— ¿Clara York?

Él no respondió, se limitó a mirar los árboles del camino con aire atormentado. Tiffany chasqueó la lengua en un gesto muy poco refinado.

—Clara York. Maldigo el día en que apareció por la puerta. Debió quedarse en ese hospicio de mala muerte del que la sacó mi tía. De ese modo, aún tendríamos con nosotros a nuestra querida Amy. Y dígame, excelencia, ¿piensa retar a toda la buena sociedad desposando

al corazón más péfido de Londres?

—No, desde luego que no. Lo que hizo es imperdonable y convierte en imposible una unión entre nosotros; no obstante, no borra mis sentimientos, no los borrará mientras yo viva, porque la conexión que a través del tiempo brotó con Clara no volveré a crearla con nadie.

—Conmover. Ahora añadiré que piensa guardar su ausencia hasta envejecer, que permitirá que el linaje por el que su padre luchó con tesón se extinga, solo porque se siente incapaz de amar a otra como la ama a ella.

Gail la fulminó con la mirada. Una potencia agreste, salvaje, que solo un varón del norte manejaba con naturalidad.

—Si debo casarme, me casaré, pero no esperen que me entregue ni que ame.

—¿Entonces, excelencia? Si entre sus obligaciones como duque está el buscar a su duquesa, engendrar prole, perpetuar el apellido, el título... ¿Por qué no yo?

—Porque no —replicó tajante.

Las aletas de la nariz de Tiffany se abrieron y cerraron frenéticas. Había llegado hasta allí y tenía que agotar todos sus recursos. Se estaba humillando, se arrastraba por el suelo, suplicaba, aunque nadie salvo el propio duque y ella misma iba a saberlo. De modo que volvió a la carga.

—Casándonos, usted resolvería su dilema y de paso, salvaría mi honor, mi reputación. Le ruego que lo medite un poco más. Quizá con el tiempo... Este tipo de decisiones no deben tomarse de forma apresurada.

—No.

—A veces me planteo si no carga usted demasiado peso sobre sus espaldas... El único varón de la familia.

—He dicho que no. Y ahora, si me permite, debo excusarme. Ineludibles reuniones de negocios me esperan.

Con los pies fuertemente apoyados contra el suelo, el cuerpo tenso como una vara y los puños apretados, Tiffany lo vio alejarse. La irritación le salía como chispas por las orejas. Tanto que su doncella no se atrevió a arrimarse, desde donde estaba la oía resoplar como si los

pulmones fueran a reventar de un momento a otro.

El plan de la señorita Times había fallado.

43

Te doy un consejo

Con una sonrisa que le partía en dos el rostro y un alegre canturreo, la condesa de Somersethill despachó a la doncella que servía y le alargó la taza de té con su platillo a su visita.

—Hace mucho que no venías a vernos... A casa —especificó misteriosa.

—Últimamente mi vida se complicó bastante, milady —admitió Clara con aire melancólico.

—¿Piensas regresar al club o ese capítulo de «la sultana» es una experiencia ya finita en tu vida? —Puso los ojos en blanco al llegar al final de la frase.

—No tengo muy claro qué hacer a continuación, condesa. —Alzó unos ojos ámbar, implorantes—. Esa es una de las causas de que me haya permitido presentarme hoy aquí, abusando de su amabilidad y de su tiempo.

La dama sonrió enternecida.

—Mi querida Clara, sabes que eres bienvenida siempre y en todo lugar, que para nosotros eres como otro miembro más de la familia.

—Y ustedes representan lo más parecido a unos padres que tendré jamás —repuso la muchacha emocionada.

—Entonces, todo resuelto. Pregunta lo que quieras, sería un placer poder aconsejarte, mi

niña.

—Se trata del diario de Amy del que le hablé. Y del que un día fue prácticamente su prometido, el conde de Newest. Él desea leerlo.

—¿Y qué inconveniente tienes? Me dijiste que está por entero dedicado a su común historia de amor. De algún modo le pertenece.

—Sí.

—Es evidente que algo te lo impide. ¿Quieres saber qué haría yo en tu posición, querida?

—Por favor...

La condesa suspiró y se deshizo del servicio de té para poder agitar las manos con vehemencia y libertad. Si algo caracterizaba a aquella mujer era ser en extremo expresiva.

—Líbrate de ese peso, pequeña. Mientras lo conserves seguirás vinculada al recuerdo del duque y eso acabará destrozándote.

—También incluye las memorias de Amy.

La dama negó categóricamente con ambas manos.

—No, no, a Amy no la olvidarás jamás. Como tampoco arrinconaremos a nuestro adorado Philip —agregó refiriéndose a su difunto hijo—. Ellos continuarán vivos en nuestros corazones, nadie necesita un diario para algo así. El amor es infinito sin estar escrito en ninguna parte.

Mientras pensaba en voz alta, Mathilda, condesa de Somersethill miraba al vacío. Quizá por eso no advirtió cuándo los diques cuidadosamente mantenidos por Clara estallaban, se venían abajo y dejaban correr libres las lágrimas más amargas. La dama se apresuró a cambiar de posición, acomodándose en el sofá brocado junto a la joven que tanto había hecho por su hijo impedido, el único ser humano que logró arrancar de Philip una sonrisa y la frase que tanto anhelaban oír sus padres: «tengo ganas de vivir».

Rodeó sus hombros con un brazo y la atrajo hacia sí. Besó su cabello como haría con una niña, con su propia hija, y le permitió desahogarse.

—Llora, querida, llora y limpia esos rincones. Siempre pensé que entregabas demasiado

sin guardar nada para ti. Que tenías cuentas pendientes con el pasado, penurias sin curar que tarde o temprano se cobrarían su deuda. Por eso, ni mi esposo ni yo pusimos objeciones a ese extraño capricho tuyo de convertirte en la sultana. Al fin y al cabo, mantenías tu identidad oculta, no comprometías tu honorabilidad y quizá, solo quizá, escuchar las condenas de otros ayudase a sanar las tuyas. ¿Me equivoco?

La muchacha sorbió con desconsuelo, incapaz de expresarse.

—Nunca dejaste de amarlo, ¿verdad?

Clara la buscó con los ojos y negó entre sollozos; se comprendían sin necesidad de más explicaciones.

—¿Y no estás dispuesta a intentarlo una última vez?

En esta ocasión, la cabeza de la joven se movió en sentido negativo.

—Es un hombre prometido que ya me ha olvidado. No serviría de nada mantenerlo latiendo en un corazón que se apaga por momentos. Milady, debo cerrar esta puerta de una vez por todas y empezar de nuevo.

—Entonces, querida niña, ya sabes cuál es el siguiente paso a dar.

Acordó reunirse con lord Newest en un discreto rinconcito de los jardines de Kensington, mucho menos concurridos que Hyde Park, área frecuentada por todo aquel que deseara ser visto. Justo lo contrario de lo que ellos perseguían. El conde acudió ansioso y esperanzado. Clara le propuso sentarse en un pequeño establecimiento a tomar un té que compensara la frialdad de la brisa de un otoño que se acercaba de puntillas.

—¿Lo pensó, señorita York? ¿Tomó una decisión al fin?

Por toda respuesta, ella extrajo el diario de un bolsillo interior de su capa y lo colocó sobre la mesa. Sin tocarlo, los ojos de Thomas Bay se humedecieron mirándolo, a causa de la emoción.

—He sopesado pros y contras de entregárselo, milord. Y observe que no he dicho permitirle leerlo, sino entregárselo. El caso es que este librito —acarició las tapas con la punta de los dedos— está dedicado por entero a su persona. Habla de cuando se conocieron, de lo que sentía cuando conversaban, del efecto de sus caricias, de la semilla de esperanza que logró sembrar en su corazón de vivir una vida más feliz que la que hasta entonces le había tocado en suerte. No puedo imaginar otro lugar mejor para este diario que entre sus manos, milord.

El caballero quiso decir algo, aunque el nudo recién formado en su garganta lo impidió.

—De camino evitaré la tentación de mostrárselo a quien no debo. Urge retomar mi vida, que las viejas heridas comiencen su proceso de cerrado, ser capaz de mirar adelante con una pizca más de valentía.

—Señorita York...

—Leerá cosas que lo romperán en pedazos. Sea indulgente, piense únicamente en que Amy era frágil, insegura, confiada respecto de aquellos a los que amaba y que se suponía, la amaban a ella. No la juzgue. Y sobre todas las cosas, no se juzgue a sí mismo en base a lo que está aquí escrito.

El conde tomó el diario con reverencia, sin atreverse a abrirlo. Como quien recibe la reliquia de un santo. Clara adivinó que traería consigo muchas noches en vela, algún que otro reproche, asombro y más lágrimas. No obstante, era él quien debía custodiarlo.

La joven se puso en pie respetando el conmovido silencio del caballero.

—Lo dejo a solas con sus pensamientos, milord. Lo que tenía que hacer está hecho y sé que no voy a arrepentirme. Ahora, si me disculpa, debo marcharme.

—¿Una invitación a una fiesta? Dottie, no hará falta que te diga que mis ánimos no están para recepciones.

—Es el cumpleaños de la abuela de lord Neweast. Le ruega encarecidamente su asistencia. ¡Qué palabra más difícil! Encarecidamente.

La ocurrencia de Dottie arrancó de Clara una sonrisa mientras desdoblaba la nota y repasaba las líneas.

—Se ofrece a enviarle un coche —informó la doncella con deje inocente.

—Vaya, veo que estás informadísima acerca de los detalles.

—La nota venía abierta, señorita —se justificó a media voz—. El caso es que la condesa de Somersethill también piensa acudir y sugiere recogerla con su cochero. De ese modo llegarán juntas.

—¿El conde se queda en casa? —quiso saber Clara con la mano extendida en espera de que Dottie le entregase esa segunda carta.

—No, señorita —la muchacha la sacó del bolsillo del delantal y se la tendió—, por lo visto asiste junto con su esposa. Irán los tres en buena compañía.

—Eso parece. Esta invitación es una muestra del agradecimiento de lord Neweast tras recibir el diario. Me indica que, pese a todo, tras leerlo su alma va camino de alcanzar la paz,

algo que me consuela.

—Haría usted bien yendo.

—¿Te parece?

La muchacha asintió con vigor.

—¿Podemos subir a elegir vestido? Señorita, diga que sí, hace tantísimo tiempo que no tengo oportunidad de engalanarla para un baile...

Clara se rindió a su febril entusiasmo con un suspiro divertido.

—Vamos a ello. Solo te pido una cosa: que sea un traje cómodo, por favor.

Dottie podía ser metomentodo, atolondrada y poco juiciosa, pero nadie se atrevería a discutir su envidiable sentido del gusto. Su mente combinaba adornos y colores con una maestría impecable. De esta manera, el resultado de su obra convirtió a Clara York en la joven más hermosa de aquel festejo, con un vestido de gasa tornasol color ámbar, igual que sus ojos, y discretas joyas de zafiro en las orejas y el escote. Su abundante cabellera del tono de la miel fresca recogida en una cascada de rizos brillantes como estrellas.

Todos los invitados se giraban a mirarla, del brazo de la condesa de Somersethill, flanqueada por el orgulloso conde. Para la joven York, dispuesta a retornar a Bath donde tan feliz había sido junto a Philip y sus padres, aquella fiesta de cumpleaños propiciaba la perfecta despedida de la alta sociedad londinense. Esperaba no regresar jamás; no tener que enfrentar sus miradas escrutadoras y, sobre todo, no correr el peligro de coincidir en ningún momento con los nuevos duques de Montrose.

—Mira, parece que el marqués de Aliane vuelve a cortejar a su esposa. La pobre mujer, de nuevo le brillan los ojos —cuchicheó la condesa junto al oído de Clara—. La sultana hizo un inmejorable trabajo aconsejando a ese caballero.

—Un matrimonio que merecía ser salvado —apuntó Clara no sin cierto orgullo.

—¿Y qué me dicen del padre de los gemelos? Por fin el señor Twist ha reconocido a los niños, qué alivio.

—Era una cuestión de ley —abogó la muchacha con un centelleo en las pupilas.

—Londres nunca sabrá agradecerte lo bastante todo lo que has hecho por sus ciudadanos perdidos desde debajo de esos velos, querida —reivindicó la condesa con un mohín.

—Una lástima no poder gritarlo a los cuatro vientos —coincidió su esposo.

Clara les indicó con un gesto que guardaran el secreto. Que siguieran guardándolo como habían hecho hasta entonces. La sultana era un personaje que le permitió brindar consuelo a mucha gente desdichada y a ella le trajo muchas alegrías, si bien acababa de disolverse en el humo. Jamás nadie volvería a ver ni saber de la misteriosa dama, puede que la mencionaran, sin embargo, en pocos meses quedaría en el olvido como el retazo de un sueño que no terminas de componer en la memoria.

—Más de la mitad de las personas presentes en este salón te deben su felicidad. Al don de saber escuchar, a tus sabios consejos, a tu infinita paciencia.

—No exagere, condesa —rio Clara abrumada, deseosa de cambiar de tema. Y entonces...

En cuestión de segundos se formó el peor y más temido triángulo de miradas; uno que, ¡en nombre del cielo!, no deseaba experimentar. Ella y sus acompañantes ocupaban un punto relativamente próximo a la orquesta. Casi frente a ellos, en el extremo opuesto, el flamante duque de Montrose con su señora madre y sus tres bellas hermanas. Y al fondo de la sala, con pupilas como saetas envenenadas, Tiffany Times vestida de estridente escarlata.

Gail la perforaba con una mirada intensa e insoportable. Ella buscaba respuestas en el rostro de su prima preguntándose la razón de que no estuviera junto a su futura familia política. En cuanto a Tiffany, los fulminaba por igual, a Clara y a Barton, paseando su mirada furiosa sin tregua de un grupo a otro.

—Ahí llega la homenajead.

La exclamación de Mathilda la trajo de nuevo de vuelta a la consciencia. Sin encontrar explicación que justificara el distanciamiento entre los prometidos, se unió a la ovación general

que recibía a la anciana aristócrata del brazo de su nieto más querido.

—Noventa y cuatro primaveras cumple la buena señora y su aspecto sigue siendo magnífico —comentó el conde embelesado.

—¿Qué comerá, esposo?

Los condes rieron a dúo su broma, mientras las pupilas inquietas de Clara viajaban de un punto a otro del salón, topándose con la atención de cuatro ojos que no habría querido desafiar, sintiendo en las tripas que algo iba mal.

Algo iba muy mal. Podía percibirlo.

La anfitriona recibió encantada el cumplimento de sus invitados, la orquesta desgranaba alegres melodías y todo el mundo, menos aquellas tres personas que se vigilaban rígidas parecía divertirse, hasta que Thomas Bay ascendió el par de peldaños que suponía la tarima donde se aposentaban los músicos. Desde allí detuvo con un gesto la pieza que sonaba en aquel momento y llamó la atención de los presentes, decidido a entretenerlos con un pequeño discurso.

—Excelencias, señorías, lores, ladies, damas y caballeros, bienvenidos todos a esta noche de sorpresas. Como saben, mi adorada abuela cumple noventa y cuatro años y aunque ella no está del todo conforme con que tal dato se divulgue —se propagó un murmullo general de risas —, su familia insiste en que se haga público, dado que no ha perdido un ápice de su impresionante belleza, su afortunadamente espléndido estado de salud y los muchos cumpleaños que aún nos quedan por celebrar.

«De mi abuela, que es muy sabia, he aprendido casi todo lo que sé. Y una de sus más sustanciales enseñanzas radica en el auténtico valor de la franqueza. Ser sinceros con nosotros mismos y con la gente que nos importa nos deparará gozo y honor. Sin embargo, qué difícil ser honesto cuando quienes nos rodean se entregan a la maledicencia, la perfidia y el odio. ¿Verdad señorita Times?».

Sus ojos y a continuación todos los demás se volvieron hacia Tiffany que sufrió un sobresalto.

—Como muchos de ustedes recordarán, hace años estuve a punto de prometerme con la

hermana menor de la señorita aquí presente, mi querida Amy Times. Nadie que conociera a ese ángel habrá podido olvidarlo, estoy convencido de ello.

El conde se interrumpió visiblemente emocionado. De alguna forma, el ambiente festivo había marcado una pausa y en el mar de rostros, incluida la anciana que cumplía años, se leía tensa expectación. En todos menos en el de Tiffany que había palidecido y estaba desencajada, terriblemente consciente de su posición al final de la amplia sala y su imposibilidad material de huir.

—Esta dama a la que hoy he tenido el gusto de invitar para poder decirle ante ustedes lo que esta familia piensa de ella, se encargó de robarle a ese ángel las ganas de vivir. Era su hermana, pensarán, ¿cómo es posible? Yo se lo diré, siendo retorcida y maligna. No sintiendo ningún deleite por la fortuna ajena. Alimentando una envidia destructiva que devoró hasta el último de sus escrúpulos. ¿Se reconoce, señorita Times? Usted arrastró por el suelo mi honorabilidad y mi reputación, tergiversó mis buenas intenciones. Destruyó a su hermana sin el menor atisbo de compasión...

Tiffany entreabrió los labios, pero no articuló palabra. Clara se dejó ir en un llanto silencioso, con la mano en el pecho y el corazón dando brincos que cortaban su respiración. Thomas Bay se giró a mirarla con un rictus de pesar en la expresión.

—Lamento el espectáculo, señorita York, siento que de algún modo he defraudado su confianza. Sin embargo, alguien tenía que hacerlo, hay asuntos que son pura impartición de justicia.

La muchacha no pudo soportar la tensión ni un segundo más. Cruzó el salón a la carrera y se dirigió a la puerta de acceso más cercana mientras el duque de Montrose se disculpaba con las damas de su familia y salía tras ella. Mirando a un lado y otro, comprobando por completo trastornada que los invitados que la rodeaban empezaban a alejarse con discreción, Tiffany se desmayó.

Solo los lacayos de servicio se molestaron en recogerla del suelo.

—¡Clara! ¡Clara, aguarda! —gritó Gail con un nudo en la garganta.

La alcanzó al pie de la escalinata que conducía a los jardines, cerca de donde esperaban los carruajes con sus cocheros. Sin detenerse en protocolos ni florituras la aferró por el brazo y la obligó a frenar. Ella llevaba los ojos arrasados en lágrimas que corrían salvajes por sus mejillas. Gail nunca olvidaría el modo en que ella lo enfrentó.

Una mirada cortante que anunciaba el final absoluto.

—¡No te atrevas!

Para cuando terminó de exclamar aquello, los condes de Somersethill ya habían aparecido haciéndose cargo de ella, liberándola del cepo que la inmovilizaba, conduciéndola hacia la berlina, amorosos y protectores. El duque de Montrose quedó allí, inmóvil y sacudido. Tan confuso como vapuleado, observando cómo la mujer que amaba y con la que había cometido la peor de las injusticias desaparecía de su vista.

Dentro del carruaje, los condes ofrecieron cada uno su pañuelo a Clara. Por no desairar su gesto, la muchacha los tomó los dos, uno con cada mano.

—Entendemos que estés devastada, hija —expuso el conde afligido—. Todo lo que ha sucedido en esa reunión ha sido tan inconveniente...

—Trágico... —convino su esposa.

—Bochornoso...

—Condenadamente justo.

Los ojos de Clara se alzaron sorprendidos. La condesa aprovechó para enjugarle una gruesa lágrima que rodaba por su mejilla.

—Mis disculpas por mostrarme de acuerdo con lord Neweast, querida; alguien tenía que hacerlo, es la mano de Dios en la tierra, justicia divina que esa mujer horrible no se salga con la suya.

—Después del desastre de esta noche solo le queda exiliarse o ingresar en un convento —farfulló el conde entre pesaroso y divertido—. Pobre diablo.

—Oh, por favor, no hablen así de Tiffany.

Los condes fruncieron los labios con desagrado y a la par.

—¿Ni siquiera en estas condiciones eres capaz de sentir una chispa de antipatía?

—¿Resentimiento? —sumó el conde.

—¿Ansias de venganza?

—No.

Mathilda sacudió incrédula la cabeza.

—No se puede ser tan benevolente, Clara, me vas a perdonar, pero lo tuyo raya la estupidez.

—¡Querida!

—Soy franca, Apolonie, franca y sincera, algo que no está, en este mundo nuestro, lo suficientemente recompensado ni bien visto. ¿Traes la petaca? Dale un buen sorbo a la muchacha, a ver si se repone.

Aquella noche, Clara apenas logró descansar. Su memoria reproducía una y otra vez la imagen descompuesta de Tiffany enfrentando las acusaciones de Thomas Bay, y la de Gail, imponente y destruido mirándola ir de aquel modo. No lograba evitar preguntarse qué sería de su prima tras el catastrófico incidente.

En cualquier caso, ella no estaría presente para verlo. La decisión estaba tomada y los

adorables condes de Somersethill, de acuerdo con ella: se mudaría a la casa que la familia tenía cerca de Bath, allí donde los conoció y entregó los últimos años antes del regreso a Londres a cuidar de Philip. Lady Mathilda se mudaría con ella y el conde iría y vendría a la ciudad por tareas de mera supervisión y esparcimiento, ya que todos sabían que el club Martín's marchaba solo.

Allí quedaría enterrado su pasado, sus recuerdos, su pobre tía Cecile a la que deseaba la mejor de las suertes, y la mayor parte de su niñez. Los Barton, tarde o temprano, retornarían a Escocia y el duque terminaría desposando a alguna idílica jovencita a la altura de su rango.

Círculo cerrado.

Ella podría dedicarse a ayudar a los vecinos de Bath que perdieran las llaves de sus cerraduras gracias a la pericia desarrollada con las ganzúas, y aconsejando a los más descarriados. Tenía un plan de futuro, una misión en la vida, una razón de ser. Con mucha probabilidad no sería esposa ni madre, pero podía ser feliz.

Razonablemente feliz.

No llevaba en Bath ni dos semanas cuando llegó la primera carta.

«Mi respetada señorita York.

No sé cómo dar comienzo a esta misiva, tampoco el modo como encauzar mis pensamientos, pues son turbios y están enredados. De poder resumirlos en una única palabra sería, sin duda, arrepentimiento. Fui con usted tremendamente injusto. A sabiendas de su enorme corazón y su alma pura, di crédito a embustes deleznales tan inconsistentes como inmorales. Sonaría cortés afirmar que no espero que me perdone, pero lo cierto es que sí. Lo espero y lo anhele con cada fibra de mi ser. Quizá algún día pueda acceder a ese perdón suyo que me devolverá la vida.

Atentamente, Gail Barton».

El ánimo de Clara se llenó de luz. Una carta que no solo traía remordimientos y

penitencia, también un rayito de esperanza. No obstante, en ningún momento pensó en responderla.

Semana y media más tarde, llegó la segunda.

«Mi estimada señorita York.

Por favor, concédame la licencia de llamarla así, pues sepa que la tengo en gran estima; mucho más que eso, no creo conocer, ni ahora ni en el futuro, a ningún ser humano de su valía, con una generosidad y grandeza de espíritu que pueda comparársele. Este clan escocés abandona Londres, volvemos a nuestra tierra de la que muchos dirán, no deberíamos haber salido. Para mí, sin embargo, sí fue un acto recompensado que me permitió conocerla y gozar de su amistad hasta que mi torpeza y mis muchos errores lo destruyeron todo.

Atentamente, Gail Barton.

Un alma atormentada».

Desde ese día, cada semana o dos a lo sumo, Clara recibía carta del duque. En ellas narraba sus vicisitudes, las incidencias del traslado familiar a las tierras altas, la reconstrucción de Borthhouse. Levantaba palmo a palmo el velo de sus emociones, se arrodillaba y pedía perdón una y otra vez, para terminar acercándose a ella con letras más relajadas. A medida que avanzaban los meses, las cartas de Gail se asemejaron a las que intercambiaron de jóvenes, dos amigos que se lo contaban todo. Solo que en este caso, él no obtenía respuesta, aunque pareció acostumbrarse a la danza en solitario y sus misivas eran una suerte de pensamientos huérfanos expresados en voz alta.

Con el correr de los días, Clara se sorprendió aguardando impaciente la llegada de su carta, desazonándose si se retrasaba, releendo las que ya tenía una y mil veces, recreada en el firme trazo de la pluma sobre el papel.

Y de todo ello eran complacidos testigos Dottie y los condes de Somersethill. Porque como bien afirmaba Mathilda, las conexiones entre almas, cuando son auténticas, se enfrían,

pero nunca mueren.

«Querida, mi queridísima Clara.

Oso tomarme la libertad de emplear ciertas palabras comprometidas, dado que pese a haberlo hecho con anterioridad, usted no me ha devuelto las cartas. Entenderá que me considere con ciertos derechos después de casi un año de correspondencia continuada y si bien le aseguré que no esperaba respuesta de su parte, ahora debo confesar que muero de deseo ante la idea de recibir unas letras. Solo unas líneas que prueben que su corazón me ha perdonado, que hay un mañana escrito para este hoy nuestro. Que existe un quizá.

Yo no la he olvidado.

Con amor, Gail Barton».

Clara apretó la carta contra su pecho y le ordenó a su latido que se apaciguara. En aquel momento era tan indescriptiblemente feliz que nada de lo que sucediera podría robarle la dicha. La cercanía de Gail, creciendo a través de sus cartas, trajo de vuelta los sentimientos con los que nacieron sus lazos. Ahora conocía palmo a palmo la heredad de Borthhouse, el modo y orden en que sus viejos tejados fueron reparados. La manera en que se construían las cuadras, dónde se compraron los animales y el modo en que el duque cuidaba de que vivieran en buenas condiciones. No le era ajeno el carácter de las tres hermanas Barton, las conocía al punto de ser

capaz de distinguirlas en una multitud: Lana, Peyton y Serena. Y a la duquesa viuda, Orla Barton, orgullosa de sus hijos, madre protectora siempre presente.

La joven entrecerró los ojos con un suspiro. El duquesito. No solo representaba el único amor de su vida, deseo y pasión con mayúsculas. También la familia a la que siempre aspiró y nunca tuvo, ese círculo infinito de afecto y lealtad que ella sustituyó en su momento con el servicio de Times House. Cocinera, lacayos y criadas a modo de hermanos. La imagen de una madre, que había acabado identificando con la condesa de Somersethill. Clara hizo del mundo ahí fuera su familia y a todos ayudaba con desprendida generosidad.

Pero no se engañaba, cada cual tenía sus propios parientes y no eran ella.

Con el remolino de la excitación todavía volando en su vientre, se asomó al ventanal. Distinguió a Dottie junto a la cerca de la entrada conversando con un joven que no le resultó del todo desconocido. En la expresión de la chica se leía arrobó y complacencia, no sabía bien dónde colocar las manos y sacudía la cabeza con ese aire tontorrón de las muchachas impresionadas. Otro tanto cabía decir de él, que sonreía y esquivaba los ojos de la pecosa. Clara se fijó en su rostro, le resultaba familiar, seguramente se trataba de algún joven del pueblo con el que habría coincidido en varias ocasiones.

¿Acaso estaba enamorándose su pequeña Dottie? Sonrió conmovida. Aquel momento llegaría y sería como revivir de nuevo el cortejo de Amy. La acompañaría al altar como si de su propia hermana se tratase. Giró con los ojos húmedos por la emoción y una alta figura recortada en el umbral de la puerta, estática, observándola con fijeza, la sobresaltó. Instintivamente, la mano que sujetaba la carta de Gail se ocultó a su espalda.

—¿Señorita York? —preguntó el joven— ¿Es usted?

Con la boca abierta, incapaz de articular palabra, Clara asintió.

—Me han dicho en el pueblo que se le da bien aconsejar a la gente, que ayuda a todo el que se lo pide. Verá, creo que ando muy necesitado de su opinión. Aunque en mis condiciones puede que sea mejor llamarlo *consuelo*. ¿Le importa que me siente?

El caballero llevaba el sombrero en las manos. Lo depositó en una butaca vacía junto con

su gabán y se acomodó en un sofá que parecía demasiado pequeño para sus hechuras. A Clara se le había secado la boca. Sus pies pegados a la alfombra no se movieron una pulgada. Lo estudió en silencio desde su posición.

—Si me permite exponerlo así, señorita, de forma cruda y franca, estoy enamorado. Profunda, irreversible e irremediablemente enamorado. Ella... Bueno, ella es posible que me deteste. No le digo que le falte razón. Fui torpe, ciego y todas esas cosas absurdas en las que podemos caer los hombres cuando la hondura de nuestros sentimientos nos provoca miedo.

Los ojos verde bosque la miraban directos. Clara avanzó un par de pasos, frenó y siguió de pie.

—¿Sabe cuando alguien es de forma inequívoca nuestra alma gemela, la vida te la pone por delante y se mete aquí dentro —se señaló con el puño el ancho pecho, ahí donde anidaba el corazón— sin vuelta atrás? No importa lo que intentes, ni el tiempo que transcurra sin verla. No importa lo terribles que puedan parecer sus actos. Queda algo en el tuétano de tus huesos que te grita que si no es ella no será nadie. Que podrías perdonar cualquier acto porque vivir sin ella es mucho más terrible, el peor de los castigos. ¿No prefiere sentarse, señorita York? Me pregunto si será capaz de aconsejarme estando tan incómoda.

Ella asintió con torpeza y manteniendo la carta fuera de la vista, ocupó la butaca frente al caballero. Durante unos pocos segundos, el único sonido en la estancia fue el chisporroteo de los troncos ardiendo en la chimenea.

—¿Qué quiere...? ¿Qué quiere que le aconseje? —logró balbucir con mucho esfuerzo.

Los ojos verdes se llenaron de chispas amarillas.

—El modo de acercarme a ella. La manera de conseguir de una vez por todas su perdón. Que olvide, si es posible, que fui un necio, mi comportamiento inaceptable. ¿Cómo puedo hacer que perdone lo imperdonable si yo mismo no lo hago?

—¿No está siendo muy duro? —preguntó Clara con un hilo de voz.

El caballero negó rotundo y su cabello del color del cobre danzó a uno y otro lado.

—Nunca lo suficiente. Verá, señorita, tengo una casa en Escocia, una familia, un hogar

que la espera con los brazos abiertos. ¿Cómo podría convencerla para que me acepte como esposo y me acompañe? Ella solía decir que vivir en el campo le parecía idílico.

—Silvestre y pastoril —rectificó con una tímida sonrisa.

—Rústico.

—Hermoso.

—¿Sería un comienzo asegurarle que su doncella y mi ayuda de cámara han congeniado a las mil maravillas? Pepper es un muchacho excelente, respondo por su honorabilidad y sus muchos talentos.

—Ella respondería de igual modo por su estimada Dottie.

—Son como familia —dijeron Gail y Clara a la par.

La coincidencia les arrancó una sonrisa. Envalentonado, Barton saltó del butacón para hincar una rodilla en el suelo. Tomó la mano libre de Clara y acarició con suavidad sus nudillos. No llevaba guantes, era una de las pocas ocasiones en las que resultaba posible disfrutar del tacto sedoso de su piel.

—Siéntase libre de usar la otra mano. Ya conozco el contenido de esa carta —susurró él con gravedad.

Las mejillas de la joven se encendieron. Un hormigueo desconocido recorrió su vientre y su pecho, notó el tirón en los pezones, una sensación urgente y deliciosa como no había notado jamás. Gail llevó sus dedos hasta su boca y aquellos labios deseables dibujaron una caricia sobre la piel que la estremeció de pies a cabeza.

—Dígame, señorita York, ¿cree que será posible que mi amada me acepte?

La joven lo miró y sus ojos ámbar centellearon. Gail tuvo la demente tentación de rodearla con sus brazos, estrecharla y besarla hasta dejarla sin aliento. Tuvo que echar mano de su escaso autocontrol para permanecer allí, arrodillado ante ella sin tocarle otra cosa que la mano.

—Digamos que no se trata de una aspiración descabellada en exceso, señor.

—¿Entonces?

—Usted verá cómo debe pedirlo —repuso ella con una chispa de picardía.

—¿Se casará conmigo? ¿Me aceptará como esposo?

—Estoy tentada de decirle que piensa acceder.

Gail ya no pudo contenerse por más tiempo. Si los condes de Somersethill se habían regocijado tanto viéndolo llegar y le habían permitido entrar y permanecer a solas en aquella estancia con Clara, no se opondrían a que besara con arrebatadora pasión a su futura esposa. Rodeó su cintura con ambas manos al tiempo que se incorporaba arrastrando a la esbelta muchacha consigo.

La carta voló unos segundos antes de planear hasta el suelo igual que la pluma de un ave. Ninguno de los dos le prestó atención, estaban demasiado embebidos en las caricias que sus labios se prodigaban. Sus lenguas se encontraron con plena libertad por primera vez y no quedó resquicio de sus bocas por explorar.

Las grandes manos de Gail resiguieron la línea del nacimiento de su pelo, su mejilla, el marco de la mandíbula, en tanto sus ojos la devoraban con infinito amor.

—Te amo, sultana. No veo el momento en que vengas a Borthhouse conmigo. Pienso hacerte la mujer más dichosa de la tierra y amarte noches completas bajo las mantas con los cuadros de mi clan.

—Una promesa que me encargaré de hacerte cumplir paso por paso, no lo dudes, señor del norte. Y ahora, bésame de nuevo.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela.

Te dejo el link que debes pinchar. De nuevo ¡¡GRACIAS!!

Deja tu valoración u opinión: <https://acortar.link/3KgcIf>

Si prefieres hacerlo con un código QR:



PRÓXIMA ENTREGA:

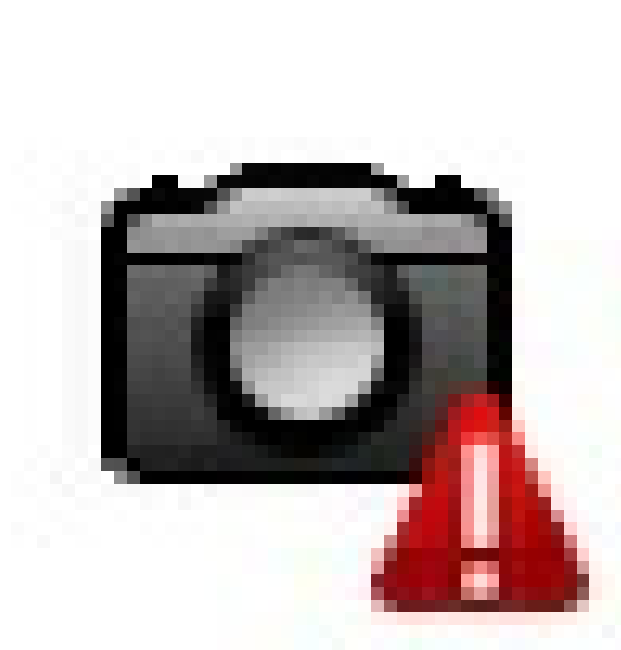
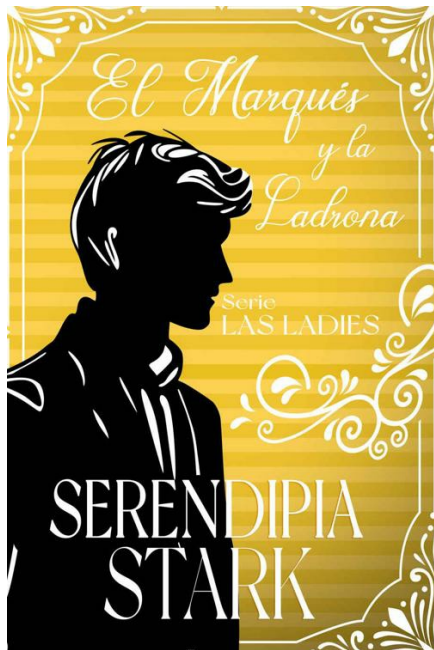
«Los deseos de milord»

Disponible el 29 de mayo, 2024

OTROS TÍTULOS
DE LA SERIE
«LAS LADIES»:

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

Enlace Universal: <https://goo.su/RXphI>

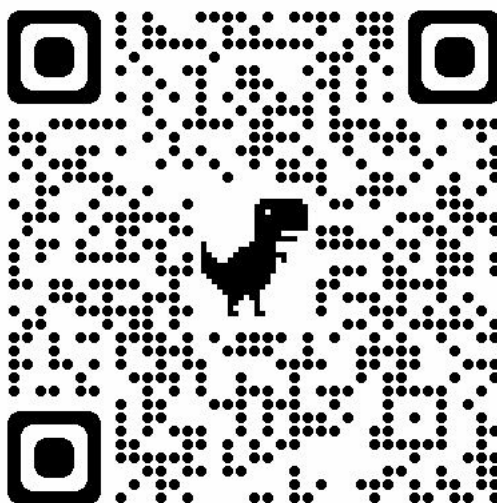
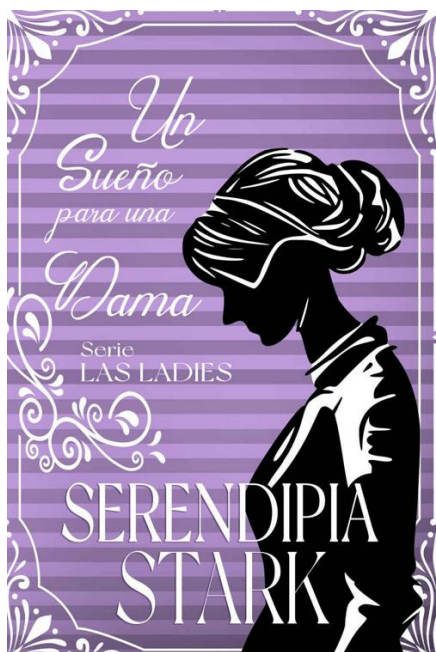


[Empieza a leer GRATIS:](#)

<https://goo.su/7yNvS>

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

Enlace Universal: <https://mybook.to/suenoparaunadama>



[Empieza a leer GRATIS:](#)

<https://acortar.link/MHPm3I>

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE «GUANTE DE SEDA»

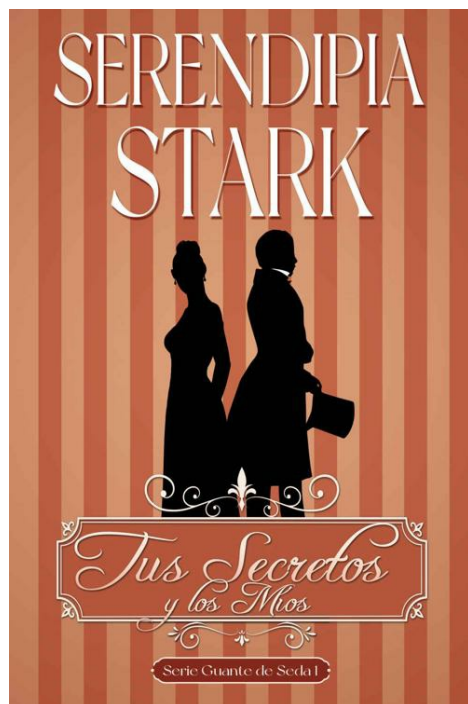
Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos
familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin
embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil,
diversión asegurada

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

Enlace Universal: <https://mybook.to/tussecretosylosmios>

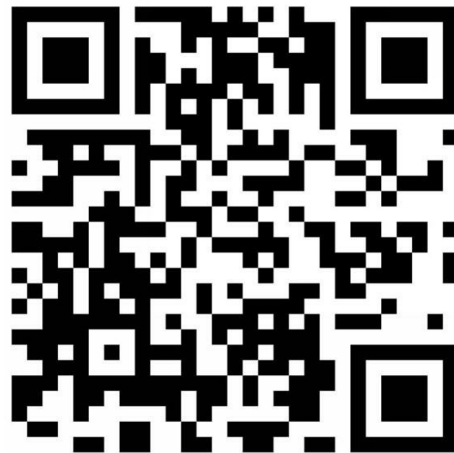
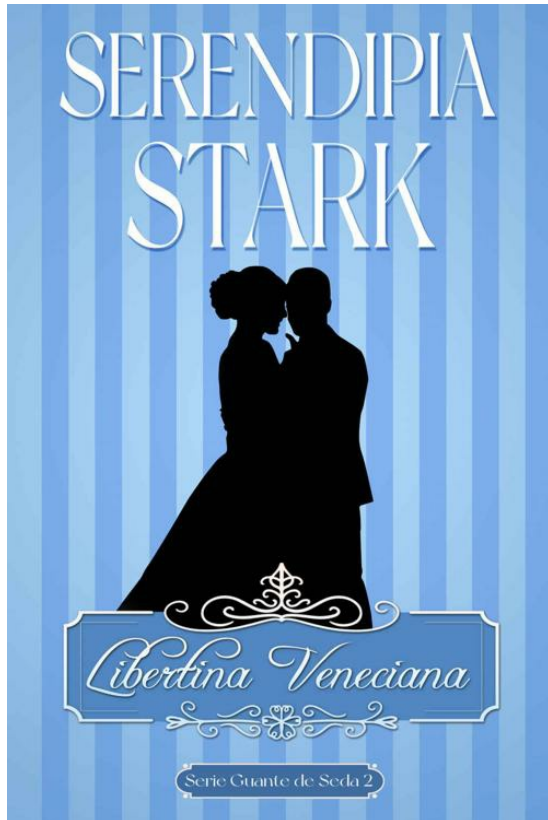


[Empieza a leer GRATIS:](#)

<https://acortar.link/Yp80Sv>

LIBERTINA VENECIANA:

Enlace Universal: <https://mybook.to/libertinaveneciana>

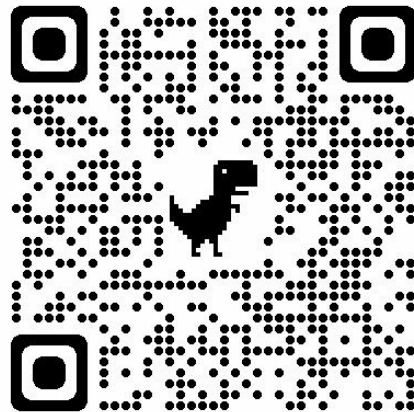
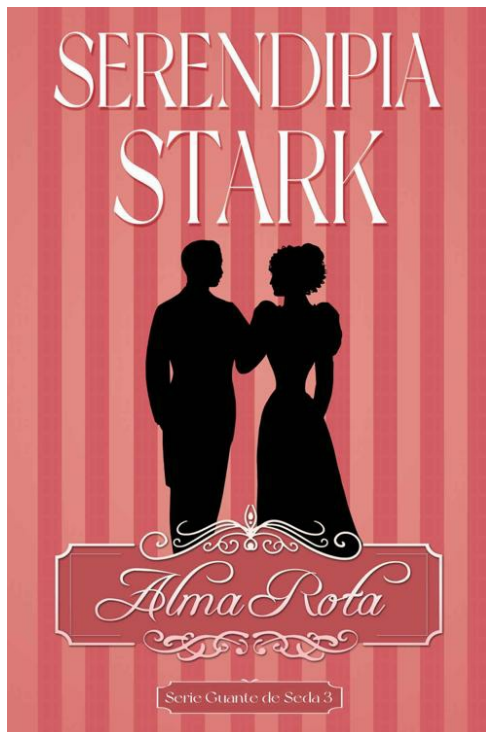


Empieza a leer GRATIS:

<https://acortar.link/FioXD8>

ALMA ROTA:

Enlace universal: <https://mybook.to/almarota>

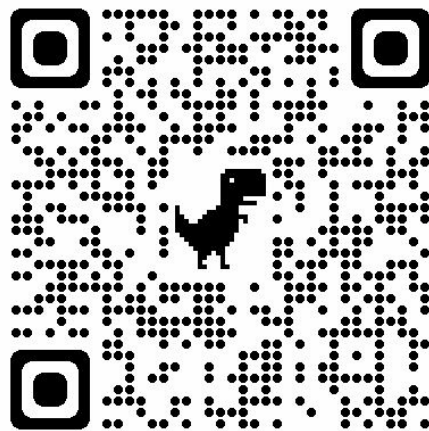
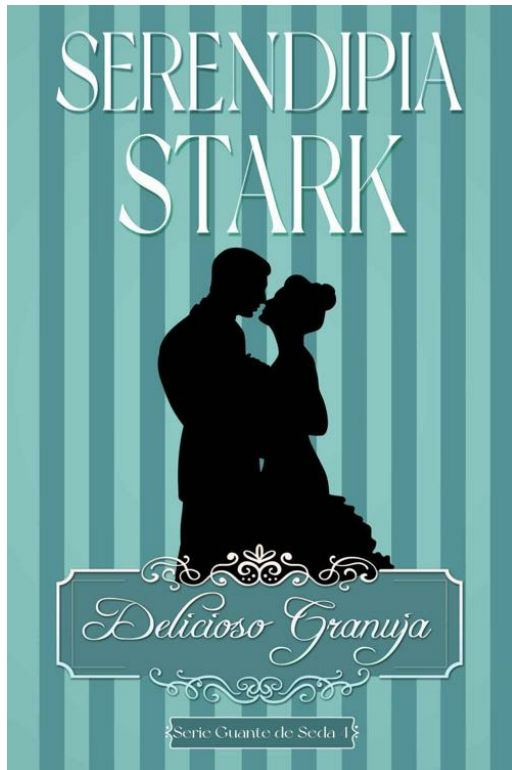


Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/WjfpE>

DELICIOSO GRANUJA:

Enlace Universal: [Comprar aquí](#)



Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/m87EcW>

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela.

Te dejo el link que debes pinchar. ¡¡GRACIAS!!

<https://acortar.link/3KgcIf>



Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.

Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Jaque al caballero» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu comentario:

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/?hl=es

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>